

B. González Arrili

Deliciosa Jujuy...



B. Bullazzoni
Editor - Jujuy

González Arrili

Deliciosa Jujuy...



OBRAS DE
GONZALEZ ARRILI

NOVELA

Protasio Lucero
Tierra mojada
La venus calchaquí
Los charcos rojos

VARIAS

América para los yanquis
La Rp. Dominicana y los E. Unidos
El magistrado Vidaurre
Deliciosa Jujuy . . .

EN PREPARACIÓN

La invasión de los herejes (novela)
La muy amada.
La muchacha de los tacos torcidos (novela)
Pelusita. — (cuentos de niños).

Jujuy es maravilla que los argentinos desconocen. No recordamos cuál de los cronistas de la época bizarra de la Conquista americana llamóla « deliciosa nación »; nosotros titulámosla ahora « deliciosa Jujuy », y así queremos bautizar a este libro formado con algunas pocas de las muchas páginas que desde Jujuy escribimos y de las muchas más pergeñadas después, cuando, desde lejos, la contemplábamos con los ojos del recuerdo, (mujer querida y lejana, acrecienta su subyugante hermosura en la distancia que separa y une; sus ojos, que ya no nos miran, ahondan su misterio de negrura y resplandecen en los nuestros, electrizándolos; su voz, con ser tan suave y dulce, más se endulza y suaviza en nuestros oídos; y sus labios — hace apenas quince días que no nos besan, — están haciendo falta, jugosos, sobre los labios nuestros...)

No contiene este volumen el caudal de datos históricos y geográficos que nos hubiera sido fácil encontrar por ahí; ni la biografía de los jujeños merecedores de recordación; ni siquiera

las cifras estadísticas referentes a la riqueza industrial, ganadera o agrícola de provincia tan rica. Sólo contiene las impresiones de un viajero que ama poco los números, sonríe ante una estadística pues conoce su secreto y deja la encantadora historia para otra ocasión; sólo las impresiones de un viajero que ha mirado con cariño cordial el paisaje inmenso y maravilloso...

En lo substancial de estas notas está la Jujuy que el viajero contempló, admiró y amó, la misma que desea de todo corazón, volver a contemplar y admirar...

Creemos que llegará un día en que los argentinos — los argentinos de veras, — comprenderán la necesidad de conocer su país. En constante peregrinaje ellos irán hasta los jujeños valles y sus ojos, y su alma se llenarán de inolvidable belleza. Entonces, este libro estará de más, pero, mientras tanto, queremos acuciar el deseo de nuestros compatriotas, repitiéndoles: es Jujuy deliciosa.....

I

NOTAS DE VIAJE



I. — SIEMPRE LAS MISMAS MUJERES

En todas las estaciones ferroviarias se encuentran siempre, presenciando el paso del tren que viene de la «fabulosa e imposible» Buenos Aires, a las mismas mujeres con sus chicos en brazos, la «guaga» de pocos meses que asoma su carita chata, asombrada y de cobre, por entre los dobleces y los extremos de mantas de matices indefinibles y de ponchos rabiosos de color.

A estas mismas mujeres, con estas mismas «guagas» e idénticos atavíos, las hemos visto hace dos, hace tres, hace cinco años...

¿Son siempre ellas mismas? ¿Es que estas criaturas no crecen, mantiénense eternamente sucias y apelotonadas en brazos o a la espalda de las madres ?

Todo esto es ilógico, claro está, pero todo es igual. Un año tras otro, al empujarnos la vida hacia los cerros amigos—buenos, excelentes amigos invariables,—al cruzar en tren estas estaciones polvorientas, vacías, sin importancia, nos esperan para vernos pasar, de pie, inexpresivas, verdaderamente absurdas, estas mujeres con su cría en brazos.

Las contemplamos desde la ventanilla con cierta sorpresa. Las conocemos... Diferéncianse, sin duda. No es la misma aquella de *Trancas* que esotra de *Perico*, pero para individualizarlas necesitaríamos esforzarnos, conocerlas de cerca, acaso oírlas hablar. Desde la ventanilla, al paso del tren, son siempre iguales estas mujeres que se vienen a la estación todos los días y que hace ya tantos años contemplamos invariables, de pie, inexpresivas, absurdas...

2. — ¿QUIÉN SERÁ ESTE AMIGO ?

— ¿ Para dónde va usted ?

— Para Jujuy ...

— ¡Vaya, vaya! ¡Cuánto me alegro! Tanto tiem-

po sin vernos. ¿Cómo está? ¿Bien? ¿Qué hace? ¿Siempre escribe? ¿Se casó? ¿Ahora vive en Buenos Aires? ¡Vaya, vaya!...

El amigo con quien hemos topado en el angosto pasillo de un coche dormitorio, nos abruma a preguntas y nos salpica de exclamaciones.

¿Quién es este amigo? Apenas lo recordamos. Ignoramos su nombre y nos es imposible ubicarlo certeramente en la memoria. ¿Le conocimos aquí, allí, más lejos, más cerca?

— Bueno, amigo. Conversaremos... Nos quedan más de veinte horas de viaje... Yo voy a Humahuaca. Usté bajará antes... Ocho horas antes. Charlaremos. ¡Cómo no! ¡Vaya, vaya con el amigo!... Hasta luego, eh, hasta luego...

— Hasta luego... Tanto gusto...

Y se va, inseguro sobre sus pasos, como un ebrio, por el pasillo del vagón en marcha.

¿Quién será este amigo? No lo sabremos bien nunca. Durante las veinte horas restantes no volveremos a encontrarlo. Ignoraremos si ha descendido en el camino, si está durmiendo, si efectivamente viaja con nosotros, si no fué pura imaginación su encuentro en el pasillo del coche dormitorio.

3.— AL DETENERSE EL TREN, EN LA NOCHE.

Al detenerse el tren nos despertamos. Está a oscuras el estrecho camarote. Un resplandor,—de foco eléctrico o de luna, —baña en leche el vidrio de la ventana. Se oye ruido de pasos, algunas puertas que se cierran con esa recia, esa formidable manera que tienen las puertas de los vagones para cerrarse. A lo lejos, un chocar de cadenas y un ladrido largo y triste del perro infaltable. Luego, un espacio de silencio. En seguida, las palabras de un hombre, que no se entienden. Pasos, cadenas, para-golpes que chocan, palabras sueltas, el resplandor de un farol como un chicotazo sobre el vidrio de la ventana, el ladrido de un perro, un pitido, una sacudida, y en marcha...

—¿Donde estaremos?—nos preguntamos. Son las tres de la mañana. Si el tren no marcha con atraso, estaremos en... Y mientras procuramos acertar con el nombre del lugar que vamos dejando atrás, volvemos a quedarnos dormidos, hasta la otra estación donde tornaremos a oír los mismos pasos, las mismas palabras ininteligibles, los mismos ruidos y el resplandor blancuzco en la ventana, la luz del farol que pasa y el ladrido interminable del perro que llora porque no lo llevan a pasear en tren...

4. — COMPAÑERO DE CAMAROTE.

Se duerme poco y mal en estas crujías de los camarotes. Se cierran los ojos solos, de puro cansancio, pero nos sacuden en la cama como a muñecos, y un retintín y un frotar de hierros nos va cantando para que permanezcamos despiertos.

Después, nuestro compañero. ¿Quién será este compañero de camarote que ni nos saludó, llenó todos los espacios libres con sus cajas y valijas, colgó de cada percha una de sus prendas de vestir y ahora ronca como un bendito mal educado o se queja, suspira y hace gárgaras igual que un condenado? Suponémoslo un «viajante de comercio». Los viajantes de comercio, eternos expedicionarios, que van y vienen heroicos e indiferentes por todas las líneas de ferrocarriles del país, son los únicos que duermen en el tren, y, habituados al viaje inacabable, los que saben aprovechar todas esas comodidades más o menos ilusorias de los coches dormitorios.

Nuestro compañero a ratos quejoso, ronca de «manera harto desagradable», y cuando interrumpe sus gárgaras es para echar fuera pedazos de palabras, sílabas graves, llenas de una

angustia que se queda en el camarote acompañando el crujir de la marcha.

Damos vuelta una llave, y enciéndese una luz. Acaso, pensamos, convenga despertarlo. Recordamos una cosa sencilla, de esas aprendidas en la niñez y que nunca se olvidan. «Cuando uno se duerme con la mano puesta sobre el corazón, sufre pesadillas»... En la hipótesis de que un roncadador como éste tenga corazón...

Pero la luz no lo despierta, ni una palabra que le dirigimos, tampoco. El hombre sigue roncando. Decepcionados, tornamos a dar vuelta la llave. Un par de botines nos saluda, desde el piso, como dos caras de perros, chatas, agresivas, extrañadas de nuestra presencia junto a su amo. Un cinturón, pendiente de un clavo, va y viene, y su hebilla al golpear sobre una tabla, produce un ruido simpático y alegre entre todos aquellos rumores.

Procuramos volver a dormir, rascándonos suavemente la barba con la burda frazada de lana que nos cubre...

5. — LA LLEGADA.

Da el camarero unos golpecitos sobre la puerta del camarote. Aquellos golpes, al sumarse a los muchos ruidos que nos vienen acompañan-

do durante tantas horas, nos despiertan. Apenas incorporados en la cama, estiramos un brazo, hacemos saltar la falleba, y la puerta se corre. El camarero asoma su cabeza engorrada y nos dice:

— Señor, falta una media hora, poco más o menos . . .

Nos sentamos en la cama y corremos la enrejada ventanilla. Un sol inquieto, alegre, chacotón, nos llena los ojos, nos obliga a cerrar apresuradamente los párpados. Al abrirlos de nuevo, un paisaje maravilloso, un viejo paisaje amigo y amable, nos llena el corazón de cascabels y nos lo rejuvenece! Cinco, diez años menos!

— Los cerros, los cerros . . . — nos repetimos.

Efectivamente, los cerros están frente a nuestra ventanilla amediados de luz y amediados de sombras, con su incomparable vegetación que parece irse hacia arriba invitándonos a ascender . . . ¡Si pudiéramos! Ya estábamos allá con un pañuelo lleno de naranjas, dispuestos a pasarnos las horas, boca arriba, las manos en la nuca, viendo el ovillarse y el desovillarse, lento, armónico, de las nubes . . .

Nos vestimos. Nuestro compañero ya no está, ni están sus abundantes valijas y paquetes, y las perchas han quedado libres . . .

Hemos terminado de vestirnos, mal lavados,

mal peinados, después de diez minutos largos perdidos en buscar un botón del cuello de la camisa, que no encontraremos más...

Salimos al pasillo; consultamos la hora en nuestro reloj. Hombre: ¡vamos a horario! ¡Esto sí que es raro! ¡A las siete en punto llegaremos! Y nos volvemos al camarote para cerrar el maletín...

Y unos minutos después, Jujuy.

Está la estación sin gente. Estos trenes que llegan por la mañana temprano, no los espera nadie. Pero a nosotros, aunque llegaramos al medio día o a la noche, ¿quién nos iba a esperar?

Nos trepamos a un coche que no hemos elegido, pero en el que vemos nuestro maletín, allá en el pescante, entre las piernas del cochero, que viste un saco de barracán:

—Al hotel... — decimos, inútilmente, porque el cochero sabe de sobra que nos dirigimos al hotel. ¿Adónde vamos a ir a dar sinó al Hotel, no conociéndonos el cochero?

Y en tanto el caballejo sale del trozo de calle empedrada y entramos a lo asfaltado, quedase nuestra vista clavada en aquellas espaldas del auriga forradas en «barracán».

—¡Barracán — nos decimos, — barracán! No conocen nuestros amigos de por allá el barra-

cán. Los pocos que lo conocen, lo aprecian, saben que, bataneado, lavado, teñido, pasa por un buen género «inglés», «legítimo» con el cual se mandan a confeccionar unos sobretodos que luego se confunden en las calles de Buenos Aires muy lindamente. Barracán, barracán... Cualquier gobierno que le toque en suerte a esta provincia y que se empeñe en hacerla prosperar no olvidará los tejidos nativos, los excelentes tejidos de por aquí...

Echamos fuera del coche la mirada, como quien arroja, desde la orilla, un anzuelo.

Ahora cruzamos la Plaza. Cuanto nos permite ver la antipática capota de la vieja «victoria» continúa llenándonos de alegría el corazón, pero, no obstante, esa alegría que quiere darnos el sol derramado sobre la bella plaza, sobre las piedras de sus aceras, los naranjos de sus bordes, o el quiosco de la «banda» nos convencemos de que va, poquito a poco, muriendo el retintín de los cascabeles de que creíamos adornado ya para siempre el corazón...

La calle, las casas, la iglesia... Todo, bajo el sol mañanero obliganos a recordar unos días hermosos, unos días gratísimos, unos días inolvidables...

Al detenerse el coche frente al Hotel ad-

vertimos — vaya si nos conocemos ! — que nos vamos poniendo tristes. Y al enfrentarnos con la camita de hierro pintada de verde, o de azul, que llena la mitad de la habitación donde se nos introduce, ya está una melancólica polvareda de recuerdos invadiéndonos y unas estúpidas ganas de no sabemos qué — acaso de llorar, — nublándonos los ojos y forrándonos en papel de lija la garganta.

Para distraernos, abrimos nuestro maletín de viaje, buscamos en él la brocha, el jabón, la « maquinita » y nos afeitamos. En un dedo de agua nos lavamos la cara. Inexpertos, llamamos al mozo para que nos desocupe el « lavador ». Llega el hombre. Toma la palangana y desde el umbral del cuarto, con un movimiento exacto, medido, arroja el agua sobre los pedrones del patio, formando una perfecta C negra...

Más o menos cepillados, sin ningún deseo de mudarnos, huyéndole a la pieza, a la camita de hierro pintada de verde, o de azul, al piso de ladrillos desiguales y rotos, al frasco de aceitunas que está, amediado de agua, sobre el velador, a la bombilla de luz cubierta por el tul que forman sobre el vidrio la poca vergüenza de las moscas, a la escena de pastores tocando el caramillo, que está sobre una pared encua-

drada en un marco de oro rabioso, al retrato en colores de un Victorio Emanuele que nos hace un gesto autoritario, y al gato flaco que se ha colado allí enarcando el lomo y retorciendo la cola como invitándonos a que le matemos las pulgas, huyéndole a todo, nos ponemos el sombrero y salimos a caminar...

Las siete y media de la mañana. En treinta minutos parecemos haber vivido veinticuatro horas íntegras.

Se azogan las calles de asfalto bajo el derroche solar. Los trozos de sombra son grandes manchas negras, en cuyos bordes las tejas antiguas de alguna techumbre dibujan la suave serpentina del festón de una enagua...

6. — VIDA DE HOTEL.

En todos los hoteles, la mayor parte de las cerraduras están colocadas al revés, el agua escasea, las toallas son muy chicas y el timbre para « llamar al mozo » no funciona.

Las mentiras más comunes y aceptadas en todos los hoteles son: el café; la sopa; los « buen provecho » del patrón de la casa y las sonrisas y las obsequiosidades del camarero.

Los largos días que se pasan en un hotel no tienen más que una finalidad: esperar las car-

tas que deben llegar de Buenos Aires. Cuando llegan, después de varios días de espera, demoran más en hacer el trayecto desde el mostrador hasta la habitación ocupada por nosotros, que en el viaje. Las cartas vienen con el nombre escrito en la correspondiente cubierta, pero en el mostrador nuestro nombre desaparece agobiado por un número: el de la pieza que ocupamos. En el hotel no somos nada más que «El 14», y todos nos quedamos conformes, el hotelero, los mozos y nosotros.

Cuando el camarero comienza a gritar, en mitad del grande y sucio patio cuadrado: «El baño para el 14!» — nosotros podemos, tranquilamente sentarnos en una silla o a los pies de la cama y leernos un buen capítulo de un mal libro. Desde que el camarero grita: «¡El baño para el 14!», hasta que viene a decirnos: «Ya está señor»... transcurren de cuarenta a sesenta minutos.

7. — EL BAÑO

Y, nos vamos al baño provistos de todo lo necesario: la muda de ropa, las toallas, el jabón, el cepillito....

Los cuartos de baño de hotel se asemejan mucho en todas partes. Tienen un inconfundible «aire de familia», rasgos típicos. Sin embargo, como no terminais nunca de conocer-

los — igual que a vuestros amigos políticos, — os metéis en ellos con muy explicables recelos. El espejito — por ejemplo — que pende debajo de la percha está casi siempre empañado. El día que no lo encontráis empañado os sorprende ingratamente reflejando vuestro semblante deformado. Si sois flacos, os enseñará como serías si fueseis gordos; si mofletudos, qué tal quedaríais con la cara sumida. Esta sorpresa os hará sonreír y os meteréis sonrientes al baño, y al abrir la canilla comprobaréis que «hay agua» y después de mojaros cuidadosamente la cabeza, según el precepto, comenzaréis a jabonaros, si así os parece bien... Cuando estéis jabonados se ahuyentará la sonrisa de vosotros por largo espacio de tiempo. Al abrir la canilla otra vez con la santa intención de enjuagaros, quedaréis «en seco». En ese mismo momento «se acabó el agua»... Si eso os acaece, ya podéis resignaros y esperar. El timbre para llamar al camarero allí está, junto a la puerta, a cinco pasos de distancia, — cinco pasos que daréis sobre el mosaico del piso, con buen cuidado de no resbalar y pensando: «no es la primera vez que se rompe uno las costillas en el cuarto de baño»... Podéis hacer la prueba, si queréis. Desde ahora os aseguro de que el timbre «no funciona».... Si gritáis, también os digo,

que por mucha voz que pongáis en el grito, no seréis oídos. Estos hoteles están instalados en unas casas muy grandes y los camareros están siempre en « el otro » extremo de la casa...

No hay que impacientarse, ni pensar en una traidora enfermedad. Lo mejor es continuar jabonándose para no dejar enfriar el cuerpo y evitar que el jabón, al secarse os encoja mucho la piel. El agua vendrá antes que el camarero y antes que la pulmonía, sin llamarla. De pronto — un cuarto de hora después, cuarenta minutos después, cuando ella quiera, — oiréis un ruidillo especial en la cañería, como si el caño y la canilla hubiéranse dedicado a hacer gárgaras, y, al instante, os podréis enjuagar..., con agua fría si habéis comenzado a bañaros con agua caliente, con agua hirviendo si habéis empezado con agua fría...

Al ir a vestiros, encontraréis que todo esta mojado. El baño pierde y llena el piso de agua. Están empapados los botines. También lo está la muda de ropa que dejasteis sobre la silla. Nunca se sabe por qué en estos baños de hotel el agua que cae de la « flor », al pegar sobre vuestro cuerpo, brinca de manera tan extraordinaria, salpicándolo todo...

Bien o mal os bañasteis, y a medio vestir os vais a vuestro cuarto...

El camarero está siempre en la puerta del cuarto de baño cuando ya no lo necesitáis para nada. Está allí sencillamente para insultaros por vuestra demora en bañaros. Tiene que «preparar el baño para el 21», y os llena de diatribas en cuanto le dais la espalda y oís que da un recio golpe a la inútil «alfombra de madera», que suena siempre igual, con sus cruzadas tablillas flojas.

8.— ¿QUIÉN SE ATREVERÁ A DISCUTIR?

El sábado, en la cuenta que dan en la Caja, encontraremos anotadas todas las veces que fuimos al baño. La exacta estadística dice: «Un baño caliente, 1 peso». Nadie sabe, ni nosotros mismos, si el baño fué caliente o no. Pero, ¿quién se atreve a discutir peso más o menos, si para ello es necesario acordarse otra vez del cuarto de baño?...

9.— LOS MUÑECOS AUTOMÁTICOS.

Obsesiónanos, en los hoteles, el temor de olvidarnos de dar oportunamente las propinas. Sabemos que tales olvidos pueden costarnos muy caros, hacer peligrar nuestra vida, fracasar en muchas cosas... Entramos en los hoteles con miedo, buscando en los semblantes

de los camareros el alma que deben llevar dentro. Hay camareros, lo sabemos bien, con el alma negrísima. Para mantenerla en su lugar, sin dejarla asomar a la cara, sin mover las manos, sin motivar funestos pensamientos, es necesario echarle monedas.

Los camareros en los hoteles son unos muñecos automáticos que no funcionan si no se les coloca algunos discos de níquel en las ranuras que a ese objeto tienen en ambas manos. Su mecanismo especialísimo echa a andar con mayor prontitud, va y viene con diligencia, o se os queda atrancado a mitad del camino y no regresa nunca, según sea la cantidad de discos de níquel que le echéis. Además, en proporción al número de monedas, acertará con vuestros gustos y os traerá el te helado o caliente, tomable o intomable; vendrá a barrer la habitación en hora oportuna o inoportuna; equivocará o no la entrega de vuestras cartas y diarios; cuidará de vuestras valijas; llamará a vuestra puerta a la hora que indicasteis o se olvidará de hacerlo, y dejándoos dormir perderéis el tren o no concurriréis a una cita... ¡Todo el bien y todo el mal que puede hacer uno de estos muñecos automáticos!...

Nos obsesiona en los hoteles el temor de olvidarnos el echar a estos aparatos los discos

de níquel necesarios para que funcionen sin inconvenientes . . .

IO — TODO SABE A LO MISMO.

En este hotel todo sabe a lo mismo. Un plato de la lista es igual a otro. No hay por qué molestarse en escoger. Hoy, mañana, pasado mañana, comeremos de una manera idéntica, y el paladar quedará percutido de ese gusto especial e inconfundible. En el postre, en el café con leche del desayuno, en el te de la merienda, y hasta en el vaso de cerveza que bebamos para apagar la sed, hallaremos el sabor de la salsa endemoniada . . ., la salsa única del hotel, que es, como la inspiración de algunos poetas, tocadores de violín chino, de una sola cuerda.

II. — EL POSTRE NACIONAL.

En todos los hoteles de la República sirve-se un postre que es para nosotros « una institución »: el queso y dulce.

¡Qué sería de nosotros si no existiera ese postre! Con queso y dulce al final de todos los platos, nos forjamos la ilusión de haber comido,

nos quedamos contentos, con el estómago agradecido . . .

Un amigo nos dice: «Este postre es igual a «un completo». Efectivamente, el pedazo de queso y el trozo de dulce de membrillo que comemos con abundante pan, en substitución de todo lo que hemos tenido que dejar en los platos por incomible, hace las veces de esa buena taza de café con leche, del pan y de la manteca, de eso que se llama «un completo» en Buenos Aires.

Andando los días, tendrá un poeta que cantar al «postre nacional» y al «completo» si es que desea ahondar eficazmente en la vida argentina actual. Señalemos el tema a los que andan por ahí buscando la oportunidad de emplear la superproducción de sus ripios . . .

12 — SOBRAN O FALTAN AGUJEROS.

A un mosquitero pueden sobrarle o faltarle agujeros. Esto no se sabe, ni se comprende, hasta el momento de usar un mosquitero de hotel. No existe mosquitero de hotel que tenga sus agujeros cabales. Cada desgarrón multiplica los agujerillos naturales del tul, y cada des-

garrón zurcido por la lavandera cierra doscientos o trescientos de esos mismos agujerillos. En realidad, el mosquitero que colocan sobre el testero de la cama en estos hoteles, la mayoría de las veces, no viene a ser más que un nuevo « adorno », uno de esos simpáticos « adornos » que sólo sirven para molestar y juntar polvo. Los mosquitos se ríen de ellos, con una formidable recrudescencia de su trompeteo wagneriano. Y cuantos temen al « chucho » experimentan una franca diminución de su personalidad, acobardándose y abandonando muchísimos optimismos junto a los botines y a los calcetines...

13 — NO SOMOS JUSTICIEROS CON EL DUEÑO DEL MESÓN.

El dueño del hotel es una persona que se nos presenta de distintas maneras, formas y colores, hasta el punto de no poder decir cómo es en realidad. Un día se nos ofrece como hombre simpático, digno de nuestra amistad; al otro día como el ser más antipático y odioso de cuantos echó Dios sobre este mundo...

Bien es verdad, que nosotros somos injustos, poco ecuánimes. Al fin y al cabo, el dueño del mesón no tiene la culpa de todo lo malo que

nos acaece en su casa. No es él quien da sabor a la salsa única, ni quien endurece la carne, deja cruda las papas, convierte en engrudo los fideos, quita del árbol la fruta verde o la deja pasar de punto en el canasto, hace chirle el café, añade agua al vino y a la leche, corta el dulce, mide el queso, desafila los cuchillos, tuerce los dientes del tenedor, ensucia las servilletas, falsifica los licores, prepara las ensaladas con aceite de nabo, cría ratones y cucarachas, deja caer moscas en el caldo, se olvida de recordarnos a la hora indicada, extravía nuestras cartas, añade « extras » en las « adiciones », ni por fin, quien se entretiene en agrandar los agujerillos del tul de nuestro mosquitero ¡No, no es él! Pero, ¿en quién podremos personificar el geniecillo entrometido que nos mortifica en el mesón, sino en el « dueño »? ¿No es él quien todos los sábados invariablemente, obliganos a cambiar un montoncito de pesos por un papelito alargado, cubierto de cifras mal dibujadas?

14 — ESO QUISIÉRAMOS, PRECISAMENTE.

— Dónde pára Ud. ? — nos preguntan.
Nosotros contestamos:

— En el Hotel de la Paz ...

— ¡ Eso quisiéramos ! ...

15 — EL MUDO.

— ¿ No ha visto usted al mudo ? ... — preguntaban a todos los forasteros de la ciudad en cuanto comenzaban a agotarse *las cosas* dignas de admiración según opinaban la mayoría de los habitantes.

— No, no hemos visto al mudo ...

— Pues, vale la pena ... Esta noche iremos a verlo, si usted quiere. Es *mozo* del Café « La Mariposa dorada ». Verá qué tipo interesante ...

El forastero terminaba de mal comer el contenido de los platos que poníanle por delante, sin ceremonias, los camareros desgreñados del hotel, y en unión de tres o cuatro improvisados amigos íntimos, se marchaba al suburbano Café de « La Mariposa dorada ».

Tres o, todo lo más, cuatro mesas ocupadas de las treinta vacías, ofrecían cómoda oportunidad para escoger ubicación. Entonces el más locuaz de los acompañantes del forastero daba sus explicaciones innecesarias como todas las explicaciones:

— Ahora hay muy poca gente, porque la orquesta se fué ...

Un dedo en alto, inclinado ligeramente a un lado, indicaba el «palco» de los músicos, con dos viejos atriles, tres sillas y el piano enfundado como sus congéneres de «casas ricas» durante los veraneos.

— Cuando hay orquesta esto se llena de manera que, si no se viene temprano, no se halla ni una silla...

El forastero contempla indiferente las sillas que tiene más próximas. Todas ellas ofrecen la lustrada esterilla de sus asientos como si sufrieran de melancolía: las patas levemente arqueadas parecen haber quedado de pronto paralizadas al comenzar el contoneo de un tango, y los respaldares, abiertos en grandes ceros, no son más que bocas bostezando...

Se aproxima un mozo que lleva un viejo mapa a guisa de delantal; la parte correspondiente a Europa debe ser esa enorme mancha vinosa de su centro.

— ¿Qué van a tomar?...

— ¿Qué va a servirse?...

Los amigos del forastero, dispuestos a cobrarle la molestia de acompañarlo «por todas partes», reflexionan un instante, y piden, sin prisa, cada cual lo suyo.

Como el forastero no sabe qué pedir, se inquieta la obsecuencia de sus buenos amigos.

— Tome cerveza . . .

— ¿ Un café ? . . .

— ¿ Por qué nó, un anis ? . . .

El forastero piensa:

— Si hubiera sánviches . . .

Pero abandona al instante una idea tan peregrina para quien hace apenas un cuarto de hora que « ha terminado de cenar », y efectuando un esfuerzo increíble, ordena:

— Déme una taza de te.

Los amigos sonríen, como si estuvieran en algún secreto.

Y el mozo se marcha con su mapa azotándole las piernas.



Cuando el mozo regresa con lo pedido, uno se acuerda del mudo.

— Che, ¿ no está por aquí el mudo ? . . .

— Sí, debe de estar . . .

— Llámelo, ¿ quiere ?

— Enseguida, señor

— Ahora verá, qué tipo interesante

— Usté se va a reír con el mudo !

El forastero da ligeros cabezazos de asentimiento sin dejar de observar a las sillas vacías que tiene más cerca.

Pero, como el mudo tarda en venir, un amigo se decide a descorrer dos o tres puntas del velo que cubre a la estatua próxima a inaugurarse.

— Es un gran mímico. Con sus gestos realiza cuanto se le ocurra. ¡Habla por teléono arrimado a una pared o un marco de puerta, que hay que verlo para creerlo! Imita a los hombres más conocidos de la ciudad... Lo ve al mudo y le parece estar contemplando caminar a don Eusebio, el jefe político, o a don Luis, el jefe de los disidentes, o a don Julio, el Jefe de los conformistas. Imita a cuanto jefe se le pone por delante, pero de una manera inimitable...

— ¡Eso es, en sus imitaciones es inimitable!

El forastero continúa dando cabezadas de asentimiento, y sorbe su descolorido te.

— Usted no podrá apreciarlo en todo su valer porque todavía no conoce a los jefes, pero lo verá fingir otras cosas, tomar mate, por ejemplo... Y se reirá, se reirá sin poderlo evitar. ¡Qué mudo! ¡Qué gracioso! Es capaz de hacer reír a un difunto... Lava el mate, ceba el mate, sorbe el mate, con sus manos vacías, en una forma que Ud. ve el mate y la bombilla que no existen. ¡Hay que reírse!

El forastero no interrumpe ni su silencio ni sus gestos afirmativos. Pero interrumpe de una

manera definitiva la ingurgitación del incoloro brebaje.



Tres cuartos de hora después, el mozo del mapa regresa dando zancadas para anunciar que el mudo no está en el Café.

— ¡Cómo! No decía usted que ...

— Sí, señor ... Yo decía ... Yo dije ... Pero se ha ido ...

— Adónde?

— No sé... Puede que el patrón sepa...

— A ver. Vaya a preguntarle al patrón.

El forastero continúa moviendo la cabeza afirmativamente y enciende el décimo cigarrillo de la noche.

El mozo se va y regresa unos minutos después:

— Dice el patrón que el mudo debe de estar en la retreta.

— ¡Ah!

— Cierto, hoy es día de retreta en la Plaza ...
¿Vamos a ver las chicas?

El forastero asiente. Paga ... Y se marchan todos rumbo a la Plaza, a ver las chicas.

Por el camino, aun se empeña uno de los

simpáticos acompañantes del forastero en detallarle las habilidades del mudo.

Y a lo largo del arroyo callejero, la sombra del forastero que pasa va diciendo que sí con lentos y pausados cabezazos...

16— EL MOSQUITERO, LA QUININA Y... EL CHUCHO.

La obsesión de los hombres del litoral que por primera vez vienen al norte, es el mosquitero. Ninguno de ellos ha pensado anteriormente gran cosa en el mosquitero. En su ciudad o en su pueblo, el tul más o menos blanco, que se arrolla melancólicamente a la cabecera de la cama y de noche se abre y esponja como si cubriera quesos y fiambres, con su agujereada tela en la que enredan sus patas las moscas — el dichoso tul — no ha adquirido jamás importancia alguna. Pero, al llegar por aquí, el mosquitero parece convertirse de pronto en cosa absolutamente indispensable, como el « wínces-ter » para atravesar la selva, o el bicarbonato después del banquete.

Obsesiona el mosquitero por culpa de los médicos y de los nativos que no lo usan. Ellos han hablado tanto del famoso « anofeles », del

zancudo transmisor del paludismo que, para los que llegan del sur, el mosquito asume proporciones de monstruo. Vívase pensando en él, buscándolo con ahinco, adivinándolo, con un escondido terror inconfesable. Durante el día está siempre listo el manotón que lo ahuyente o lo aplaste sobre un cachete, pero ¡de noche! ¿No dicen que en el Chaco duermen todos con dos y tres mosquiteros superpuestos?

Los mesoneros son los únicos que ríen de buena gana. En la valija o en el baúl de cada «pasajero» ellos saben que viene siempre, bien envuelto y flamante, un mosquitero, y ellos tienen todas las camas, sin excepción, adornadas ya con mosquiteros mucho más anchos, aunque remendados, pero suficiente para dejar sorprendidos a los recién llegados.

Los viajeros preguntan al dueño, al camarero y al lavaplatos, una, dos, cien veces.

— ¿Hay muchos mosquitos? ... ¿Ud. sufre de paludismo?

— No, no señor — dice invariablemente el dueño; — este año no se han visto ...

— ¿El chucho? — dice el camarero, ante la misma pregunta, sonriéndose — A mi me jorbó cuando vine ...

— ¿Sí? ... ¡¿En seguida que llegó? — interroga con asombro el viajero.

Y el camarero, medio andaluz, erizadas sus frases de exclamaciones, se complace en meterle miedo al huésped.

— ¡ En quantito llegué ! — dice. — No hacía dos horas que había puesto el pie en esta pusilánime casa, cuando ya estaba yo temblando de frío y sudando de calor como un descosío...

— ¿ Y no se le ha ido ?

— ¡ Qué se va ir, si se pega como el cariño !

— Pero Ud. ¿ no ha visto médicos, no se ha puesto en tratamiento, no toma quinina ?

— ¡ Quinina ! ¡ Médicos ! ¡ Tratamientos !
Tate, tate... ¡ Cómo se conoce que el señor no sabe lo que son estas cosas ! ¡ Pues, vaya !
Un médico me tomó por su cuenta para curarme, y a la primera inyección casi me quedo sin brazo y me dejó en cama dando gritos por quince días. ¿ Qué le parece a Ud. ? Pues desde entonces, no he querido saber nada más con los médicos...

— ¿ Y entonces ?

— Me curo solo...

— ¿ Con quinina ?

— Nada, nada de quinina... En cuanto comienzo a sentir que me viene el chucho, me voy a la cantina y me bebo dos, o tres, o cuatro copas de *ferné*... y hasta ahora, me quedo nuevo...

El pasajero quédase desconcertado una vez más, y el camarero, jugando con la servilleta que lleva en las manos, se marcha muy complacido. Narra la historia de su chucho crónico, diez veces por día, a diez viajeros distintos, y a todos les recomienda sinceramente que no tomen quinina ni se la dejen inyectar.

El lavaplatos, por su parte, al ser interrogado, responde a lo coya:

— ¿Chucho? He tenido chucho yo...

— ¿Y ahora?

— Ahora no tengo...

— ¿Se lo curaron? ¿Con qué? ¿Usted es de aquí? Cambió de clima?

El lavaplatos mira al preguntón y sonríe sin responder ni una sílaba.

— Pero ¿cómo ha hecho para no tenerlo más? Dígalo, hombre...

— Cuando me viene — dice allá a las cansadas, — me voy yo a lo del dispensario y me saben dar a mí unas pildoritas coloraditas...

— Pero entonces ¿usted tiene el chucho?

— Ahorita no, señor. Hace muy mucho que no lo he tenido...

— ¿Desde cuándo?

— ¡Hu! La última vez que fui a lo del dispensario por las pildoritas coloraditas que

me saben dar jué... el viernes de la otra semana...

El viajero se va a su pieza echando diablos y pónese a leer un folletito oficial que se reparte gratuitamente, titulado « ¿Qué es el chuchó? ¿Cómo se evita? ¿Cómo se combate? » según el cual, y en síntesis, ¡hay que dormir invierno y verano con mosquitero y quininizarse!

El hombre del sur contempla el mosquitero mustiamente arrollado como un velamen de tul a la cabecera de su cama de hierro pintada de verde. Después toma el sombrero y se marcha en busca del Dispensario Antipalúdico. De allí vuelve con una cajita llena de unas bolillas rosadas. Y por la noche, antes de acostarse a soñar con los mosquitos famosos, se traga una o dos de aquellas pelotillas y un gran vaso de agua...

A los tres días de miedo, le zumban los oídos formidablemente, nota que pierde apetito y que una aspereza y una agriedad, hasta entonces desconocidas, le invaden el estómago.

« ¡El chuchó! » piensa y se repite machaconamente como con temor de olvidárselo: — « ¡El chuchó! ¡He oído decir que existe paludismo al estómago! »

Y refuerza por la noche su dosis de quinina y enciende y apaga cinco o diez veces la luz,

porque siempre le parece que se ha colado dentro del acampanado mosquitero algún monstruo con cornetilla...

Una mañana, al levantarse, lo verá el camarero amarillo, ojeroso, sin deseos de desayunarse y tornará a repetirle paternalmente:

— No tome esa porquería. Se va a arruinar el estómago, a quedarse sordo, y calvo, y sin dientes... Cuando sienta usted que le viene el chucho, haga lo que hago yo; váyase a la cantina y...

17— MÁNDEME CHIRIMOYAS...

Muchas veces he venido hacia el Norte. Mis amigos saben, que de pronto, me acerco a ellos para apretarles cariñosamente las manos y decirles: « Me marchó pasado mañana para Tucumán, o para Salta, o para Jujuy ». Porteño enamorado de cerros y montañas, experimento nostalgias serranas en la Avenida de Mayo y sufro nostalgias ciudadanas cuando trepo a una cumbre. Busco, pues, la oportunidad, nunca desperdiciada, de ubicarme en un asiento de ferrocarril y marcharme. Después de un año o dos de pasear mi curiosidad por los escaparates de Florida, o revolver la poca tierra del jardinillo de mi casa, necesito llenarme los ojos

con las maravillas de este Norte que tanto desconocen mis compatriotas, o matar algunas horas arrancando berros a las márgenes de algún arroyuelo de estos que se encuentran por aquí... Mis pocos amigos lo saben. Para unos, mis periódicas despedidas carecen de importancia—naturalmente,—pero para otros, mi afán de cabra que tira al monte, merece sonrisas. Confieso que para todos yo tengo mi explicación. «¡Cuando ellos conozcan ésto!»

Pues bien, vamos al caso, que no a humo de pajas me pongo a ensuciar papel.

Cada vez que he anunciado a alguno un viaje de éstos, he recibido, invariablemente, un encargo amistoso:

—Mándeme chirimoyas...

Y yo he dicho a todos, invariablemente:

—Con mucho gusto, en cuanto llegue...

Pero no he mandado nunca a nadie ni una chirimoya, y eso merece una aclaración en obsequio a mis pocos y buenos amigos que aun están esperando las prometidas.

18—LA CHIRIMOYA EXISTE...

La chirimoya es una fruta riquísima, delicada, exquisita, pero ridículamente escasa. Un

norteño camina detrás de una chirimoya un día entero si se la prometen, y si la compra, págala al mismo precio al pie del árbol que la produce que el pagado a mil quinientos kilómetros de distancia, al pie de un puesto en el Mercado del Plata, pongo por caso.

Ni en Tucumán, ni en Salta, ni en Jujuy, se ven chirimoyas... hasta después de comenzado el otoño, puesto que es fruto otoñal. Los amigos de Buenos Aires piden chirimoyas lo mismo en enero que en junio. Cuando llega el otoño y con él las chirimoyas, llega también el convencimiento de que no se trata de un mito. La fruta verdinegra y furunculosa que se come con cucharilla y sabe a media docena de frutas diversas, existe. Dicen una verdad indiscutible los salteños y los jujeños cuando al referirse a ellas aseguran que una chirimoya madura es un manjar de dioses. Creemos nosotros que Eva debió pecar comiéndose una chirimoya, no una manzana. ¡Pero, vaya uno a saber si en el Paraíso eran tan escasas las chirimoyas como lo son por estos pagos!

No hay chirimoyas durante todo el año. Esto conviene que lo sepan mis amigos. La chirimoya es de otoño. Pero, más que del otoño es de los «fruteros». Los fruteros son unos señores que se vienen por estos lares muchos

meses antes de que las chirimoyas se desarrollen en sus respectivas ramas. Conversan con los dueños de los «chirimoyos», y después de esa conversación ya son ellos los exclusivos propietarios de todas las chirimoyas. Cosa sencilla, como se ve. Esos señores preparan unos cajoncitos, arrancan la fruta mucho antes que madure, la meten dentro de esos cajoncitos, con gran cuidado y se marchan con ellos en el tren...

Y por aquí queda el recuerdo de las chirimoyas, avivado por uno que otro ejemplar salvado por manos, generalmente, de ancianos lugareños, golosos, o más, que Eva.

Por eso, amigos míos, una chirimoya cuesta aquí exactamente igual que ahí, y es siempre más chica...

19—NO LAS COSECHA QUIEN QUIERE...

Desde luego, presumo, que mis amigos se preguntarán, por qué siendo la chirimoya fruta tan apetecida y de tan fácil comercio, no se cultiva en mayor cantidad.

Tal pregunta me la he formulado y la he

formulado a otros, muchísimas veces. Por mi parte no he podido responderme satisfactoriamente, y los demás interrogados se han apresurado a darme respuestas distintas, de donde deduzco que todos están en el « secreto » igual que yo. No obstante, he encontrado algunos muy entendidos en la materia, universalmente reconocidos como « autoridades en chirimoye-rías », y ellos me han dado tan abundantes y convincentes razones que no seré yo quien las refute.

Algunas de esas indiscutibles razones son las siguientes:

1ª. — Coséchanse pocas chirimoyas, porque existen pocos chirimoyos.

2ª. — El chirimoyo escasea porque tarda mucho en crecer; porque necesita clima cálido especial, suelo arenoso especial y cuidado especial.

3ª. — Nadie planta chirimoyos porque teme perder árbol, trabajo y tiempo. Hace mucho, un cambio atmosférico imprevisto perdió dos docenas de árbo'es plantados hacía poco. Este contratiempo alarmó al agrónomo oficial y descorazonó, ya sin remedio, a los afincados en los lugares en que el clima y el suelo son aptos para la reproducción del chirimoyo.

4ª. — Además, para lograr una buena chirimoya « macho » — con pocas semillas, — hace

falta que el árbol esté colocado al lado de otro árbol que dé chirimoyas « hembras », y de añadidura, muchos cuernos Formando círculo, se clavan astas vacunas entre las raíces del chirimoyo. Ello asegura en el maridaje perfecto, fruta abundante y substanciosa, según dicen. Como puede advertirse, no cosecha chirimoyas quien quiere, sino quien puede y tiene cuernos, puesto que cada arbolito necesita una carrada ...

5ª. — Nadie se acuerda de las chirimoyas hasta que no comiencen a cargarse de ellas los pocos árboles que van quedando, etc. etc. . . .

20— UN CONSEJO A LOS QUE DESEAN COMER CHIRIMOYAS.

Otras cinco o seis razones más, por el estilo de las apuntadas, completarían la información al respecto. Pero bastan las antedichas, ya que son buenas como lo son todas las « razones científicas » y ya que, por ahí, complacen a todos. Ignoro, amigos míos, si ustedes quedarán a su vez complacidos. De no, en el Ministerio respectivo han de encontrar unas papeletas numeradas donde se explica en otros términos lo mismo. Y si eso aun no bastara, ya

no les quedará otro remedio que creermelo y aceptarme este consejo: « Las mejores chirimoyas están en el Mercado del Plata (Buenos Aires). Son pocas — y caras, — pero buenas Y, precisamente, ahora es el otoño . . . »

21. — EL JARDÍN DE LA REPÚBLICA ?

¿ Quién fué el primero en titular a Tucumán el « Jardín de la República » ? Lo ignoramos en realidad, pero, fuera quien fuera, la vulgarizada denominación que viene repitiéndose desde hace tantos años, es inexacta. Que nos perdonen los tucumanos. No nos guía el afán de quitarles el poético apodo, ni un mezquino amorcillo lugareño nos empuja. Conocemos a Tucumán, a la hermosa Tucumán, pero . . . Seamos justicieros, nada más que justicieros. Cuando se dijo por vez primera la bella frase de que se enorgullecen los tucumanos, los hombres de otras provincias, especialmente los del litoral, sólo llegaban hasta Tucumán en su camino hacia el Norte. Allí terminaban, en un tiempo, los buenos caminos, y después, el recorrido ferroviario. Cruzadas las llanuras santafesinas y las yermas planicies santiagueñas, llegaban los viajeros, con los ojos cansados de la monotonía

de lo plano, a Tucumán. El trueque es tan grande, tan maravilloso, que nos explicamos perfectamente el entusiasmo motivo del apelativo. Las hermosuras que hacinó en la pequeña Tucumán la Naturaleza, lo justifican ampliamente. Mas, ¿hubiérase dicho lo mismo si aquellos viajeros continuando su camino hubiesen cruzado a Salta y llegado hasta Jujuy?

Acaso Tucumán no sea más que la puerta de entrada a ese sorprendente «jardín», un jardín enorme, admirable, cuya descripción ocuparía la pluma del más poeta de los poetas durante mucho tiempo y el pincel de cien artistas que agotarían antes de lo que ellos quisieran los colores de sus paletas.

Recordamos — recordamos por haberlo leído hace muy poco tiempo—que el inglés Edmundo Temple, justamente un siglo ha, decía: «Tucumán, por su situación y las ventajas que la rodean, pudiera hacerse y posiblemente pueda llegar a ser el centro de las artes y comercio de una gran nación en la futura historia del mundo», y, unos años después el entonces joven Mantegazza, que viajó por el continente «sin socorro de ningún gobierno y sin más capital que mi lanceta y mi diploma de médico», anotaba: «Tucumán ha ganado el nombre de jardín de la república y bien lo merece por la

vegetación lujuriente que cubre sus cerros con espléndido verdor, por la alternativa frecuente y pintoresca de las colinas y de los llanos, por la hierba de esmeralda que crece alta y robusta en un suelo húmedo y caliente, alegrando con sus flores cada palmo de la llanura, cada grieta de la montaña; esta escena resulta aun más jovial cuando se viene del árido Santiago...

Vean por lo transcripto, los tucumanos, cómo conocemos y queremos a Tucumán...

22. — UN VIAJE EN DILIGENCIA, SEGÚN MANTEGAZZA.

¿Cómo se viajaba de Tucumán hacia el norte antes que se tendieran las primeras vías?

Abandonado Tucumán, cuyas maravillas vegetales Mantegazza describe con calor de poeta y minuciosidad de hombre de ciencia, pasado Trancas «que es la última tierra de la provincia» se pasa un río sin puente, sin aduana y sin pasaporte, dice. «Los postillones dan un espulazo más a los seis parejeros, y la carroza cae al vado, y en menos tiempo del que se emplea en contarlo se llega a la otra orilla, y a la provincia de Salta». «Al recorrer este país en diligencia creo haber realizado obra heroica,

porque he llegado al término de mi viaje, con la cabeza sobre los hombros, y los huesos en sus correspondientes articulaciones. Hasta antes de ir a Salta, había creído siempre que los caminos se construían primero que los coches, especialmente donde la naturaleza no ha hecho las carreteras llanas y herbosas de la Pampa; pero estaba equivocado. Los coches, hace pocos años, llegaban hasta Tucumán porque la naturaleza de su suelo permitía que lo hiciesen sin caminos; pero un buen día, los empresarios de las diligencias dijeron: se irá hasta Salta, y los viajeros repitieron en coro: iremos en coche hasta allí. ¿Qué importa que la naturaleza haya levantado un largo sistema de jorobas chicas y grandes y las haya cubierto con espeso abrigo de bosques?; ¿qué importa que las cuestas de los cerros se alternen con los más rápidos declives, que los torrentes hayan cubierto con una granizada de guijarros los valles más abiertos? Eso no es nada; *valenti nil difficile*. La diligencia irá a Salta... Yo, que fui víctima inocente de la pretensión extraordinaria de construir los coches antes que los caminos, confieso que tuve verdadero miedo en ese viaje y que me vi en mayor peligro que en todas mis correrías terrestres y marítimas juntas. Ni la prudencia ni el coraje, servían

para modificar mi situación. Con las vísceras revueltas por tanta sacudida, después de haber golpeado cien veces con la cabeza en el techo de la diligencia, encontraba a cada momento nuevas combinaciones de dificultades que me parecían insuperables. En más de una ocasión, vi, desde la ventanilla, dos ruedas suspendidas un instante en el aire y si las otras no las imitaron fué por un triunfo de audacia o un milagro de la suerte. Otras veces eran tan rápidos los descensos que todos los pasajeros se apeaban y a la trasera del coche se enganchaba un robusto caballo dirigido por un gaucho, el que, remontando la cuesta impedía que la diligencia se despeñase. Otras, veces a pesar de todo el buen deseo de hombres y caballos, nuestro vehículo protestaba y no quería moverse más; entonces, pasajeros y postillones, con picos, azadas y sogas, se transformaban en pontoneros, y cavando la tierra hacían posible la prosecución del borrascoso viaje. Pero nuestras desdichas no han concluido aún. Cuando, enfadado de tanta audacia, me arrojaba al fondo del coche, cerraba los ojos y me esforzaba en meditar en la filosofía de Mahoma, volviéndome fatalista, una insolente rama de quebracho o una mimosa nudosa, me hacía sobre las me-

jillas una insolente caricia, dejándome el recuerdo de un arañazo».

¿Qué dice Mantegazza de esta tierra a la que le costó tantos disgustos llegar?

Habla, primero, de los hombres que la pueblan. Las exactas observaciones del gran psicólogo no nos interesan por ahora. Copiamos solamente estas palabras: «A cada instante os sentís estimulados a cantar y a gritar, a bendecir la Naturaleza, a besar esa tierra de luces y perfumes . . . »

23. — LA EXTENSIÓN DE TUCUMÁN.

Pues bien: no crean los argentinos que es Tucumán el «jardín de la república». Sólo es la puerta de entrada. El jardín — si es que la palabra no disminuye el concepto, — es mucho más extenso . . .

Azcarate du Biscay, en la Relación de sus viajes, anotaba (año de 1698):— «A doce leguas de allí (Salta) está Xuxuy, que es el último pueblo de Tucumán del lado del Perú . . . »

En 1745, el padre Pedro Lozano, en su Historia, da la siguiente noticia de la «tierra que tiene» la provincia de Tucumán:

«Por el oriente, parte Tucumán sus límites con el famoso Río de la Plata y la provincia

del Paraguay, confinando por este rumbo con la jurisdicción de la ciudad de la Concepción del Bermejo; porque aunque al fundarse ésta, pretendieron los vecinos de Esteco que caía en su distrito, por el derecho de haberla fundado los de la Asunción se le agregó entonces al gobierno del Paraguay Por la parte del sur, se dilata hasta la jurisdicción de Buenos Aires, que se termina hoy en la Cruz Alta y aun corre hasta confirmar con las tierras de los patagones, por las interminables pampas despobladas que le corresponden. Por la banda del occidente, se extiende hasta las espaldas del reino de Chile y el Perú, desde la derecera de Coquimbo a la del despoblado de Atacama. Por el norte toca con el mismo Perú por la provincia de los Chichas, tierra de los chiriguanoes infieles y otras naciones bárbaras que están por conquistar. »

Pero cien años después, « la tierra que tiene Tucumán » ha disminuído notablemente. En su Memoria Descriptiva, Alberdi anotaba que su provincia, en toda su extensión territorial, no pasa de sesenta leguas de N. a S. y cincuenta de E. a O. Al disminuir su tamaño geográfico para dar expresión política a Jujuy y a Salta, quedó Tucumán, como hemos dicho, convertido en la entrada del « jardín » maravilloso.

Sólo comprendiendo su extensión hacia el norte y el oeste como la anotó Lozano, podía-se darle en justicia el nombre de «jardín de la república». ¿Por qué, pues, continuamos llamándola de esa manera, sin reparar en nuestras palabras? La denominación es demasiado poética, en verdad, pero resulta, en nuestros días, harto injusta. Salta y Jujuy merecen igualmente el hermoso apelativo, siempre que — claro está — nos pongamos todos de acuerdo para seguir llamando jardín al conjunto admirable que forman las enormes plantaciones, los bosques formidables, la lujuriente naturaleza derramada de las montañas a los valles en forma que no hay aquí «más monotonía que la de la variedad, pues cada paso nos pone en nueva escena», al decir del mismo Alberdi.

Si el dulce título diósele al extenso Tucumán de la Conquista, no existe razón para que lo usufructúe la pequeña parte de territorio nor-teño que nosotros conocemos con aquel mismo nombre. Pero si, como presumimos, comenzó a generalizarse el llamarla así después de la Revolución, conforme nos lo indica la palabra «República» que completa el apodo, la razón estriba en los medios de comunicación que facilitaban la llegada de algunos curiosos hasta el «sepulcro de los tiranos» y dificultaba la continuación

del viaje hacia lo verdaderamente hermoso, hacia lo admirable y sorprendente de todo aquel extremo dilatadísimo del país, que nace en Tucumán y alcanza hasta los límites con Bolivia.

24. — LA ABUNDANTE BIBLIOGRAFÍA.

Grande es la bibliografía con que cuenta el Norte Argentino, especialmente la que forman los Diarios de Viajes, los informes científicos y comerciales de viajeros extranjeros de paso por esta tierra, en épocas coloniales o en los primeros años de vida republicana y anárquica.

Al correr de la pluma, y nada más que para aparentar ante el lector que robustecíamos nuestras opiniones, hemos citado a algunos de esos autores. Acaso citemos a otros, más adelante. No embargante, creemos que será práctico advertir que el viajero de nuestros días, decidido a conocer los innumerables encantos nortños, no necesita leer a ninguno de esos autores, como innecesario es — por contraproducente — guiarse por los informes que facilita la administración de los, en otro sentido, « maravillosos » ferrocarriles del Estado

Vaya el viajero argentino a conocer su país sin prejuicios, ni favorables ni contrarios. Vaya.

con los ojos del cuerpo y los ojos del espíritu bien abiertos, y eso basta.

Después de efectuado el viaje, sí que puede resultarle amena la lectura de algunos de esos autores, especialmente los ingleses que « descubrieron » el país en el primer cuarto del décimo noveno siglo



II

**JUJUY: LA HERMOSA CIUDAD QUE
TODOS IMAGINAN POBRE, PA-
LÚDICA Y CALUROSA**



I — JUJUY

Todo forastero llega a Jujuy equivocado. Jujuy visto desde Buenos Aires es la capital de una provincia lejana, pobre, palúdica y calurosa. Por eso las madres, las esposas, las novias, se preocupan especialmente en llenar las valijas de los que preparan un viaje a Jujuy de cosas tan bonitas como inútiles: trajes de playa, camisetas caladas, pijamas de seda, medio kilogramo de cápsulas de quinina, pantallas, sombrillas Pero el forastero, al llegar a Jujuy, convencido de que en pleno ene-

ro, en cuanto se descuide, quedará derretido, se lleva el gran chasco. « En Jujuy no hace calor ». Los días más bravos, más insoportables, apenas sube la columnita de los termómetros al número 25 ó 26, en las horas del medio día. Al obscurecer, de los cerros cercanos y de las montañas distantes, que ofrecen el perenne espectáculo de sus picos blancos de nieve, llega un airecillo fresco que, ya entrada la noche, generalmente, hace olvidar el verano. Y en algunas partes, en pueblecillos cercanos, en la Quebrada, en cuanto « se va el sol » necesario se hace recurrir al sobretodo o al poncho.

La ciudad pobre y fea que todos imaginan, preséntase al forastero, simpática, coqueta, siempre vestida de fiesta. Le sirve de marco una maravillosa perspectiva de cerros y montañas, una vegetación indescriptible, dos ríos con tan poca agua como abundante hermosura.

La mayor parte de las casas viejas, están pintadas de blanco, de celeste, de rosa. Las casas modernas que existen son iguales a las de Buenos Aires, y están todas las calles asfaltadas ... con asfalto de Jujuy ...

Es Jujuy pequeñita, tiene escasos habitantes, está un poco lejos de la Capital Federal Todo eso es verdad; pero no ha de buscar to-

do viajero que abandone la metrópoli otra ciudad como Buenos Aires, ni ha de querer hallar a diez kilómetros de su barrio el confín argentino.

¡Vale la pena un viaje a Jujuy, señores de Mar del Plata y de la Avenida de Mayo, vale la pena un viaje a Jujuy! . . .

Igual que con los «pijamas de seda» y con las pantallas que se traen los forasteros mal informados, sucede con la quinina recetada a pasto por los médicos. ¡Ah, la caja de cápsulas de quinina! ¡Con qué premura se utilizan los primeros días, y cómo se va olvidando luego en el fondo de la maleta! ¡Los dolores de oído, el zumbido interminable y molesto de moscardones implacables que proporcionan a los forasteros las dichas capsulitas! ¡Hasta que todos se resignan a esperar el «chucho» sin estropearse más el estómago con quinina, y se va perdiendo, poco a poco, el miedo a los zancudos!

El paludismo ya no se «pesca» en la ciudad de Jujuy. Jujuy es una ciudad de las más limpias que tenemos en todo el país, sin excluir a Buenos Aires. El [asfaltado [de sus calles ha terminado con los charcos, y por tanto, con los anopheles «ciudadanos». El agua corriente

y el sistema cloacal ha contribuido a higienizar sus casas. El aire que se respira en estas alturas no puede ser mejor. El agua viene de las serranías circundantes, y de las simples canillas de sus casas se sirven los habitantes de Jujuy de la misma agua «mineral» que en Buenos Aires compramos en botellas a un peso cada medio litro

Además, el sol brilla aquí como en ninguna otra parte, y el cielo está ya más cercano a nuestro afán de tener alas.

¡Simpática Jujuy! Con un apresuramiento de viajeros sajones, todos los forasteros van y vienen por sus pocas calles para conocerlas, y cual un bello libro de páginas escasas, impresas con tipos muy grandes, encuéntrase, de pronto, que en medio día ya lo han visto todo y sólo les queda para contemplar, el paisaje, en cuya maravilla no cualquiera puede extasiarse, claro está. . .

Jujuy es una ciudad antigua. La mayor parte de sus casas actuales pertenecen a la época colonial. Pocas son todavía las nuevas. Muchas que parecen de construcción reciente, no tienen de nuevo más que la fachada. Sus gruesas paredes de adobes, sus techos de tejas, sus cuadrados patios adornados con rosales de troncos enormes, están diciendo la antigüedad de aque-

llos cómodos caserones familiares donde cabe holgadamente un colegio.

Entre dos ríos, el Grande y el Chico está delimitado su crecimiento, y parece haber sido respetada aquella como orden de su fundador don Francisco de Argañaraz y Murguía, quien, en el año de 1593, volvió a fundarla (1) definitivamente por mandato del gobernador del Tucumán, don Juan Ramírez de Velazco, y escogió este lugar al extremo sur de la enorme y magnífica Quebrada de Humahuaca.

Fuera de este límite natural de la ciudad apenas se encuentran casas.

Cruzando el Río Grande por su Puente Pérez, en la banda opuesta no puede pedirse nada más encantador, nada más poético. El día que adviertan los jujeños que lo moderno les quita toda hermosura a su ciudad, irán a establecerse en aquel lugar, arrepentidos de no haberlo aprovechado antes....

Pero, no han de irse hacia allí solamente los jujeños. Irán de muchas otras partes del país, especialmente quienes viven en lugares sin atractivos, y aquellos que sienten sus pulmones cansados, percutidos por el aire de las grandes ciudades.

(1)— Ver acta de fundación en la pag. 67.

¿Por qué no vienen ahora hasta estos maravillosos cerros los hombres del litoral? Acaso porque ignoran a su propio país. Quizá porque poseen sobre Jujuy algunas nociones falsas, cuando no ridículas, sorprendentes en quienes conocen perfectamente los lugares de Suiza y se avergonzarían de que los supusiéramos mal informados respecto a los sitios más frecuentados por los excursionistas que visitan a Europa tomados de la mano de un «cicerone».

Narra un literato español en uno de sus libros, que, después de recorrer la Argentina, de vuelta a su patria, viajaba en un transatlántico con muchos argentinos. Al llegar frente a Río, oyó frases de admiración incontenible a sus compañeros de viaje, que no habían visto nunca montañas. «Qué soberbio», decían. Y el literato español se quedó pensando en cuál no sería el asombro de aquellos argentinos si se pusieran frente a una montaña del norte de su propio país... ¡Pero no se les había ocurrido nunca averiguar qué es lo que tienen en casa!...

Para llegar hasta Jujuy, — digámoslo, — necesítase tiempo sobrado, dinero y un espíritu predispuesto a cualquiera emergencia y a toda incomodidad.

Desde luego, quienes disponen de esas tres «virtudes» a un tiempo mismo, están en minoría. Fácil será encontrar, si se busca, quien esté con su tiempo sobrado y aun con dinero de más en su bolsillo, pero será difícil que quienes disponen de ello se resignen a incomodidades de viaje y de alojamiento por el solo afán de conocer. Los que poseen en grado más desarrollado esta civilizadora curiosidad, son, generalmente aquellos que «aprovechan» sus días, y por tanto no les sobra mucho tiempo y administran sus monedas en forma metódica, diríamos científica. Fácil deducir de ahí, que sólo podrían llegar hasta aquí los ricos sin ocupación... Y lo cierto es que no viene ninguno, ya que no vale el trabajo de contar a los raros que se ven cruzar a todo escape, sin detenerse mayormente. Sin embargo — digámoslo por centésima vez, — podrían venir los hombres del litoral con la seguridad de que efectuarían un viaje inolvidable.

Las bellezas verdaderamente sorprendentes de nuestro país encuéntranse pasando Tucumán hacia arriba. Todo cuanto el viajero pueda ver hasta su llegada a las primeras plantaciones de azúcar, no aceptan ninguna clase de comparación con lo que ha de ver más adelante.

Viniendo del litoral la transformación que se advierte es absoluta; atmósfera, vegetación, color, línea, todo cambia. El cielo es más cercano y más diáfano. La flora exuberante, magnífica. El color variado, desconocido. La línea montañosa, quebrada, que obstruye los horizontes visuales con encantadoras sorpresas. Abrense los ojos como si se regocijaran una vez más, en plena infancia, y se ensancha el pecho, respirando a pleno pulmón aires robustecidos por aromas recogidos en las quebradas más floridas y en las cimas más yermas...

Para el viajero todo es interesante en la naturaleza y todo llama la atención en la vida de sus «semejantes», pues usos y costumbres varían en mayor o menor grado, pero siempre de manera que no pasa inadvertida, aun para el más desprevenido.

No hay buenos hoteles. Es verdaderamente lamentable que las autoridades no se preocupen de resolver este problema importantísimo para la vida jujeña. Posiblemente, los gobernadores estimen de poca monta la preocupación de tener dispuestos buenas posadas para los viajeros. Ellos han de creer que están llamados a resolver más trascendentales problemas de interés mundial... Sin embargo, un buen hotel, cómodo, bien atendido, y más o

menos barato, — sin ruleta, claro está, — facilitaría la concurrencia de excursionistas a esta provincia, y ellos, a su vez, contribuirían a que un cabal conocimiento de la importancia de estos lugares ofreciera la oportunidad de acrecentar la explotación de sus riquezas.

Trenes que lleguen a horario; transportes cuyo precio esté al alcance de los hombres y no solamente de los Cresos; posadas cómodas, bien atendidas y a precio equitativo, todo eso bastaría para dar a Jujuy un impulso tan grande que ni los mismos jujeños se lo sospechan.

ACTA DE FUNDACION DE LA CIUDAD DE JUJUY

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de su gloriosa Virgen madre Santa Maria Señora nuestra: Estando en el asiento y valle de Jujuy entre el Rio que llaman de Xivexive, y el Rio grande que viene de la quebrada que dicen de los Reyes, terminos y jurisdiccion de esta gobernacion

de Tucuman a diesinuebe dias del mes de Abril de mil quinientos y nobenta y tres años el Capitan don Francisco de Argañaras Teniente de Gobernador de de este dicho Valle y Provincia por su Señoria del Gobernador Don Juan Ramires de Velasco, Capitan General de estas Provincias de Tucuman, por su Magestad en presencia de todo el campo que trae de Vecinos y Soldados para la dicha población, dijo; que como es notorio en estas dichas Provincias, el ha benido a este dicho Valle de Jujuy y asiento donde està con ella, a poblarla y conquistar los naturalez que estan de guerra y revelados contra el servicio de su Magestad para que su real corona vaya en acresentamiento, y los dichos naturalez vivan en pulicia, y tengan dotrina y conosimiento de la palabra del Santo Evangelio, y cosas de nuestra Santa fee Catolica, y reciban el Santo Bautismo y cesen los robos, muertes y daños que hasta ahora han hecho y cometido impidiendo los pasos y caminos, y otros muchos inconvenientes de notable daño y perjuicio para toda esta gobernación; especialmente para dar aviso asu Magestad y a sus reales audiencias del Estado de esta tierra, lo cual se repara y se evitan estas dichos inconvenientes con esta poblacion; y aviendo su merced del dicho Capitan con la dicha gente llegando a este Valle, y paseadolo y visto curiosamente con todos los dichos vecinos y soldados y gente de guerra de esta Provincia que trae en su compañía, cual seria el lugar y parte más cómoda y conveniente y mejor asiento de este dicho Valle para poblar la dicha Ciudad aparésido a todos los que en su compañía vienen aviendo bien visto, unanimes y conformes dixeron: ser este asiento donde al presente estan el sitio mas co-

modo y conveniente, y mejor asiento para asentar y poblar la dicha Ciudad; así por la mucha abundancia de tierras fertiles, y para estancias, y sementeras, y pasto, viñas, guertas de recreación, como por estar entre los dichos dos Rios, donde se pueden sacar muchas aseQUIAS, y hacer Molinos, y prometer otras muchas y buenas esperanzas: por tanto su merced del dicho Capitan don Francisco de Argañáras conformandose con el parecer de todos mandó hacer, y se hizo un rollo en este dicho asiento donde serca de él estaba un palo puesto y dijo: que en nombre de la Santisima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo tres personas y un solo Dios verdadero; y de la gloriosa Virgen Maria Señora nuestra y su bendita madre, y el Apostol Santiago, luz y espejo de las Españas, y del bien abenturado Serafico Padre San Francisco, y en nombre de su Magestad como su Capitan, y de su Señoria del dicho Gobernador Juan Ramires de Velasco Capitan General en estas dichas provincias, por su Magestad, y como leal creado y Vasallo suyo y por virtud de la comision, poderes e instruccion que para ello de su señoria, mandaba y mandó poner y puso el dicho palo por picota en el dicho rollo que así está hecho, el cual fue fixado puesto en alto segun y como se acostumbra hacer en las demas ciudades de esta gobernacion y demas Reinos y Señorios de su Magestad, en su real nombre con mero y mixto imperio y entera jurisdiccion donde dijo: que señalaba y señaló que fuese la plaza pública de esta dicha ciudad, y el medio de la cuadra de la dicha plaza, y que de hoy dicho dia en adelante para siempre jamas se nombre y llame esta dicha ciudad San Salvador de Velasco en el Valle de Jujuy Provincia

de Tucuman, que así se ponga en todos los autos y escrituras se hicieren, y que en el dicho rollo y picota se ejecute Justicia publicamente contra los delinquentes y mal hechores; y mandaba y mandò que ninguna persona de ninguna suerte y calidad que sea, no sea osado de lo quitar, mudar ni remover, so pena de muerte natural y perdimiento de todos sus bienes, aplicados para la cámara de su Magestad, y de ser habidos por traidores a su real corona; y que la Iglesia mayor de esta dicha ciudad, sea su nombre y advocacion San Salvador por cuanto hoy dicho dia segundo de Pascua la resurreccion se ha fundado y establecido esta dicha ciudad, y estando su merced, del dicho Capitan en este dicho asiento, hechó mano a su espada y haciendo las ceremonias acostumbradas, hechó tajos y rebeses, y dijo en voz alta si habia alguna persona que contradijese el dicho asiento y jurisdicción, y no hubo contradiccion de persona alguna; lo cual dicha fundación y Ciudad dijo; que hacia e hizo con cargo que aditamento, que si pareciere y se hallare todo asiento en mayor comarca mas fertil, util y provechosa para la dicha poblacion y conversion de los naturales, que se puede pasar, trasladar y mudar por su persona o por su Señoria del dicho Gobernador, y por la persona que en nombre de su Magestad gobernase estas provincias, no quitándole el nombre a la dicha ciudad ni a la Iglesia, ni a nadie sus Cuadras y solares; y así en esta forma quedó fijado el dicho arbol de justicia, y tomada la dicha posesion; todo lo cual que dicho es por mandado de su merced del dicho Capitan, se leyó y apregonó publicamente en altas e intelegibles voces por voz de Juan Quichoa ladino, y en señal de la dicha posesion en

nombre de su Magestad, se dispararon arcabuzos e otros regosijos que se hacen en casos Semejantes, subiendo mucha gente a Caballo para el dicho efecto, y de como así pasó su merced del dicho Capitan lo pidió por testimonio a mi el presente Escribano para informar a su Magestad, y a sus reales audiencias e a su Señoria; testigos que fueron presentes, el muy Reverendo Padre Juan Fonte, Rector de la compañía de esta gobernación, y el Capitan Francisco de Venabente, y Pedro de Godoy, y Juan de Segura, y Lorenzo de Herrera, y Juan de Herrera, y Miguel Garcia, y Marco Antonio, y Francisco Falcon, y Juan Mendes, y Bartolomé de Cáseres, y Gabriel Garcia de Valverde, y Juan Manuel Galban, y Juan Sandé, Antonio Lujan, y otros vecinos y soldados que presentes se hallaron de esta Gobernacion, y su merced lo firmó de su nombre, — Don Francisco de Argañarás, — Ante mi Rodrigo Pereira, escribano.

2 — CALLES Y CALLEJAS

— Cuando llegué a Jujuy, — decíame un artista pintor, — sufrí una de las mayores decepciones de la vida.

Mi sorpresa al oír estas palabras fué enorme, pues, precisamente Jujuy es para mi una maravilla, según he procurado explicarlo detalladamente en innúmeras cuartillas.

— Creí siempre, — agregó mi interlocutor, — encontrar en Jujuy una capital de pro-

vincia típica, que conservara sus características coloniales, sus calles empedradas con cantos rodados, sus techos de teja española salientes en alero hasta media calzada, sus casas de adobe, sus puertas de madera tallada, sus rejas, aquellas acequias que cruzaban las calles por en medio y que utilizaban los vecinos de lavado y de ... según cuentan. Me preparaba para llenar unas cuantas telas con la reproducción de aquellas calles y de aquellas casas y sus tipos correspondientes, cuando, en seguida de dejar el tren y meterme en un coche, que resultó una victoria con alfombra para los pies y sus almohadones forrados de brin, en lugar del rechinante «breque» que yo imaginara, comenzamos a rodar muellemente por unas calles perfectamente trazadas y perfectamente asfaltadas... comprenda Ud. mi desilución!...

La comprendo. La capital de Jujuy hace unos años que ha cambiado exteriormente, que ha mudado su indumento. Sus calles no están empedradas con cantos rodados. Apenas queda una que otra en el suburbio, que pronto desaparecerá a su vez. Las acequias centrales por donde corría el agua sucia que los vecinos utilizaban, han desaparecido. Hay ahora unas «acequias» menos «típicas» pero mucho más cómodas e higiénicas que van por debajo de

las calles: son unos grandes caños llenos de ramificaciones que entran a cada casa en busca de las aguas servidas, y otros más pequeños que entran a cada casa llevando el agua corriente... El servicio cloacal termina de hacerlo la Nación disminuyendo enormemente la cifra de enfermos que año a año arrojaba el paludismo... Las veredas desniveladas, altísimas, de las que era necesario descender por los peldaños de una escalera de ladrillo o de tierra para llegar a la calzada, ya no se encuentran. Abundan las casas de construcción moderna y la gran mayoría de las viejas han sido refaccionadas, modernizadas, puestas de acuerdo con las necesidades de la época actual... Los jujeños que utilizan la luz eléctrica, el automóvil, el teléfono, no tienen por qué privarse de algunas comodidades que les haga más agradable la vida sin disminuirles gran cosa la parte de belleza que Natura les dió. Al higienizar su ciudad no han quitado hermosura al valle en que se asienta, ni amornado la diafanidad de su cielo, la fuerza y y el brillo de su sol...

Los viajeros que llegan hasta Jujuy se llevan un chasco por que estan deficientemente enterados. No me refiero a los extranjeros, refiérome a mis compatriotas mal informados

respecto al país desde la escuela primaria, donde maestros y textos están equivocados y atrasados, o ignoran lo mismo que un europeo recién llegado a nuestro territorio. La enorme mayoría de los argentinos cultos cree que Jujuy es la capital de una provincia pobre, palúdica y calurosa. Lo he dicho ya otras veces. No obstante, Jujuy no tiene nada de pobre, es riquísima: dentro de su territorio encuéntranse todos los climas al punto que en el mismo día puede el viajero sudar en San Pedro por la mañana y llegar temblando, en el obscurecer, a Humahuaca. El paludismo existe en determinadas zonas, pero en la capital ya no se contrae por que la capital está limpia y su clima es benigno . . . ¡Cuanto, cuanto hay que decir de Jujuy, para intentar el llevar a nuestros compatriotas una información exacta que destruya los prejuicios divulgados por quienes no saben lo que dicen o escriben . . . !

Los artistas pintores que vayan a la capital en busca de «motivos característicos», en la mayoría de los casos, no los encontrarán. Pero hallarán otros insospechados. No podrán

reproducir viejos caserones, calles empedradas, veredones desnivelados, pero en cambio se pondrán enfrente de una naturaleza maravillosa, de la que otro día hablaremos. Las calles de Jujuy-ciudad, son calles modernas asfaltadas con asfalto jujeño (no extranjero como el de Buenos Aires), y se lavan a diario. Existen calles y callejas, y muy interesantes, en los pueblos de la Quebrada, en Tilcara y en Humahuaca, por ejemplo. En este último pueblo, las calles son curiosísimas. Paseando por ellas creemos habernos trasladado a otra época. Son angostas, sin veredas, (mejor dicho, todas ellas son una pura vereda) de cantos, conforme debieron ser las calles hace cien, hace doscientos años en otras ciudades y pueblos de nuestro país. Humahuaca durante mucho tiempo, fué el centro más comercial de toda la Quebrada y acaso de toda la provincia, pues quedaba en el obligado camino al Perú. Su importancia fué grande. Lo dicen sus casas y sus calles, especialmente sus calles, empedradas desde entonces, perfectamente conservadas Visitando Humahuaca, los buscadores de «cosas típicas» no se verán defraudados.

¡Calles y callejas! Desde la mayoría de las callejas de Humahuaca se ve el cementerio, allá en lo alto. Pueblo que preside y ampara

al Camposanto con sus cardones espinudos alzados hacia el cielo azul como índices gigantes que reclaman silencio!...

Pero Humahuaca no es la capital de Jujuy. De una a otra estación media una distancia de kilómetros que el tren salva culebreando por entre cerros y montañas indescriptibles, en una mañana entera, siguiendo aquel mismo camino que usaban nuestros bisabuelos cuando iban y volvían del famoso Potosí o de la doctoral Chuquisaca...

3 — EL CHAÑI

El Chañi echa sobre Jujuy su sombra en la tarde, y así parece que la protege en el ademán natural de arropar en la cuna a los pequeños que acaban de dormirse.

Montaña enorme y negra se alza como un paquidermo olvidado en medio de un jardín inmenso. Su cima, su lomo rugoso, costrudo, está eternamente espolvoreado con nieve, y a sus pies, — las patas fabulosas petrificadas por los siglos, — duerme su sueño la primera Jujuy, la ya olvidada Nieva.

Desde la plaza, — entrecerrando los párpados en el gesto típico del pintor que busca

su perspectiva, con el sol de frente, hemos pasado muchas horas contemplando el Chañi. A veces, un tul brumoso la borraba en la distancia. De los valles ascendía, hasta unirse con el cielo la cortina blanca que la escondía. Algo faltaba entonces en el paisaje maravilloso y nos llenábamos de una dulciamarga nostalgia... Pero, en las tardes diáfanas, la montaña podía contemplarse en su total hermosura. Tan grande y tan negra se nos aparecía que el blanco puñado de nieve arrojado en su cúspide, reverberaba como un brillante inmenso, reflejaba la luz del sol como un cristal, quebrándola en mil haces, rechazándola en un irisamiento fantasmagórico... Más negra y más rujosa era entonces la montaña!

Contemplando el Chañi, advirtió el espíritu selecto de Joaquín Castellanos que es la montaña rica en fuentes de vida espiritual. Ella le habló al poeta en ocasiones diversas y él tradujo algunas de sus lecciones «dadas en el idioma simbólico de nubes, de nieves, de volúmenes visibles, de dimensiones insondables, de luz y de misterio». La pluma del pensador anotó en su estilo tan parco como elocuente,

aquellas palabras: « Yo vivo, — díjole la Montaña, — tengo un alma, diversa de las almas humanas en cuanto a sus órganos de comunicación, pero substancialmente idéntica al espíritu de todos los seres que pueblan la tierra, el aire y el Eter. Yo siento; mi sensibilidad pertenece al eterno palpitir de las entrañas del planeta, comunicado por arterias misteriosas con el corazón del sol y con inmensos cerebros estelares. Yo no necesito pensar por que yo mismo soy un gran pensamiento de la Naturaleza, inmovilizado al parecer, pero eternamente activo, en concepciones cósmicas y en idealidades terrestres... Yo mentalizo en las alturas toda la vida de la región... Vigilo, desde mi cúspide, todo el norte argentino. Soy un vigía, que sobre el mar petrificado de la cordillera, señala direcciones a una gran zona del territorio nacional... En la aspereza de mis cuestas y la audacia de mi empinamiento, está representado el esfuerzo del pueblo antiguo de Jujuy para domiciliar su espíritu en las alturas. Los declives y despeñaderos de mis flancos, son la imagen de los pobres hijos débiles y los malos hijos degenerados, de tierra propia y de tierra adyacente.

« Mis aisladas rocas bravías, recuerdan la soledad del suplicio prometeano, en la que tam-

bién hubo en mis desfiladeros, raptores de fuego celeste, que aguardan su liberación de los buitres comedores de entrañas, lanzando en contra los posibles olimpos, maldiciones corporificadas en tempestades.

« Mis contrafuertes escalonados en series ascensionales, figuran la marcha de los bravos; el triunfo final del «cuesta arriba» sobre «el cuesta abajo», simboliza la victoria de Jujuy por la energía de los varones y el mágico poder de sus mujeres. Las nieves de mi cumbre son su pureza reflejada sobre mi en alburas sin mancha, que el destello lunar transforma en hostia de luz. Sus rubores me llegan en los celajes del alba y de la tarde; mi proximidad al cielo es emblema de sus ideales; ruta de sus pensamientos, son los caminos que abro día a día en las profundidades de lo alto; en torno a mi cabeza cana, resuena perennemente un rumor armonioso de alas: son sus oraciones que pasan dejando estremecido el ambiente en una música religiosa ».

El Chañi vigila y protege a la ciudad echada a sus piés blanca y callada como una esclava.

va humilde enamorada del fuerte varón que la guía con su mirada y de vez en cuando la acaricia con una de sus manos velludas . . .

Desde la plaza, en el aire diáfano, a la distancia, contemplamos la enorme montaña negra. Un rumor, devuelto por cien años, un rumor que ha venido rodando por todas las cúspides y todas las simas de la tierra, nos repite voces guerreras: la conquista, la revolución, la anarquía . . . Por esos flancos negros de la montaña rodaron esos ruidos, hallaron eco, y aún se nos vienen sobre nosotros cuando contemplamos al Chañi, « rica en fuentes de vida espiritual ».

4 — LA IGLESIA Y EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Las autoridades nacionales por intermedio del Ministerio de Obras Públicas y los frailes franciscanos acaban de cometer una verdadera herejía en Jujuy, — mayo de 1925. El gobierno de la Provincia la ha permitido, pudiendo evitarla; deseo dejar constancia de ello.

Existía en el centro mismo de la ciudad la pequeña iglesia y el convento de San Francisco. Han sido demolidos para levantar en su

lugar, seguramente un nuevo mamarracho como los que diariamente edifican en toda la República los actuales arquitectos... Con la demolición de «San Francisco» ha perdido Jujuy uno de sus edificios coloniales más típicos, conservado hasta ahora como una reliquia, ante la cual nativos y forasteros evocaban bellamente los días gloriosos de la provincia, unidos estrechamente a los orígenes de la Nación.

Para el afán *modernizador* habrá constituido, sin duda, un triunfo el presenciar la desaparición del viejo caserón coronado de tejas; la humilde iglesia en la que rezaron varias generaciones de devotas jujeñas; las enladrilladas galerías que rodeaban a la huerta jardín donde tantos frailes pasearon meditando sobre cosas divinas y humanas en las horas que les dejaba libre la escuela anexa, ya modernizada a su vez... Pero, para los amantes de las cosas viejas, testigos mudos y elocuentes de épocas tan humildes y sencillas como ellas, famosas ya en la breve historia patria, un dejo de honda melancolía acompañó el anuncio de que picos y palas demolerían viejas paredes, arrancarían apolillados dinteles — en uno de los cuales leíase la fecha de 1647, — quitarían al panorama familiar y querido la casa religiosa que

vió crecer a su rededor todo lo nuevo, y a nosotros mismos...

Más honda y perdurable ha de ser esa melancolía tratándose de un viejo templo. Con él han de desaparecer rincones que santifica el recuerdo de una mujer que ya no existe y que llegaba hasta ellos día a día para rezar su rosario; polvorientos altares con una virgencita vestida de percal y adornada con amarillentas puntillas, con muchos ex votos a sus lados, y un par de candelabros perniquebrados que, cuando sostienen los cirios encendidos, se llenan de escurriduras de estearina...

Los amantes del modernismo a toda costa han de estar a estas horas batiendo palmas en Jujuy; mas los amantes de las cosas viejas, por lo que evocan, por lo que ensueñan, por lo que de melancolía plácida dan, no haremos seguramente lo mismo,...

Firmado por «Ignotus», apareció en «El Diario» de Jujuy una breve nota titulada «Una reliquia que se va». Decía entre otras cosas:

«En los viejos infolios de la conquista, aparece la Iglesia de San Francisco actual como la verdadera

Iglesia del Salvador de Jujuy, es decir el núcleo viviente en torno del cual se fundó esta ciudad. Bastaría este solo hecho, para que este pueblo guarde como un monumento ese templo, ya que no queda ningún otro rastro de la fundación de San Salvador de Velazco. Ni Santa Bárbara, ni la Matriz, ni el Cabildo tienen esa antigüedad. Y todo lo viejo, lo característico, lo que hace buscar en el interior del país ese sabor añejo de las cosas primeras de la vida civil de la nación, va desapareciendo en absoluto, con un afán de destrucción, y de evolución sin tasa y sin medida.

«Lejos de nuestro ánimo el estorbar la edificación de un nuevo templo; pero sí el deseo de conservar al antiguo con el fervor y el entusiasmo que sentimos por la tradición, por el arte colonial, que es nuestro propio arte, por mantener como en el frontispicio de nuestros adelantos el viejo blasón de familia labrado por los abuelos en la tosca piedra ennegrecida.

«Se va a destruir junto con el templo, en cuyos dinteles hemos leído con emoción la fecha de 1647, el claustro y las celdas de esa época. En una de esas salas funcionó la primera escuela de Jujuy, donde los hombres más eminentes de la pasada generación aprendieron a deletrear. ¿No representa todo esto un monumento? ¿No es verdad que vamos a echar abajo los cimientos mismos de nuestra vida pasada, de nuestra tradición, de nuestros mejores recuerdos?

«En cualquier parte del mundo, que no sea Jujuy, echar abajo un edificio de tres centurias, es un delito de lesa cultura y debiera serlo más aquí en este país, donde precisamente lo que nos falta es esa voz de la piedra, del pasado, del esfuerzo de los abue-

los, que habla con el viento, con las tormentas, con el silencio de la muerte, de la raigambre de la raza.»

A raíz de ese hermoso artículo, envié una carta de felicitación para el anónimo autor, que «El Diario» (7/5/25) tuvo la gentileza de publicar. En ella decía yo que el nombrado periódico y todos sus colegas estaban en el deber de abrir y sostener una campaña en favor de la conservación del viejo templo. «A ésa campaña — escribí — responderán sin duda todos los jujeños, y todos los argentinos que no estén irremediablemente influenciados por el modernismo.» Creía yo además, y así lo hice constar, que el gobernador, el Vicario don José de la Iglesia, conocedor y amante de la historia jujeña, y la Legislatura entre cuyos miembros sé que encuéntranse amantes de la tradición, contribuirían eficazmente a la susodicha campaña. «Y en último caso — dije — si todo eso no diera resultado, el pueblo jujeño sabrá evitar la demolición. No le han de faltar medios para que tal herejía se deje sin efecto... Que dé la prensa su voz de alarma primero, y la voz de orden después, y veamos si existen albañiles jujeños capaces de meter su pica entre los viejos adobes y las centenarias piedras de «San Francisco»...

« Un jujeño » respondió a esa carta mía, manifestando su opinión contraria. Ignoro si algún otro dió a conocer su manera de apreciar el asunto. Mas « Un jujeño », en su carta amable, no me convenció. Su argumento principal, era el de la mala conservación del edificio. De sobra sabemos que todos los pocos viejos edificios que se encuentran en nuestro país, estan en « malas condiciones » a pesar de existir una comisión encargada de velar por ellos. El peligro que ofrecía la iglesia quedaba evitado con no permitir los oficios religiosos, la aglomeración de público. Las celdas de los frailes podían desocuparse, y construirse nueva iglesia y nuevas celdas en otro lugar de la ciudad. En cuanto a la torre nueva, que, evidentemente, « desentonaba », debió ser derribada inmediatamente después de su construcción. No tienen mis buenos amigos jujeños nada tan feo como esa torre en todo Jujuy . . . Si el nuevo edificio se construirá de acuerdo a esa torre, ya puede verse lo que resultará la nueva iglesia. Por suerte, San Francisco, fué hombre bondadoso y resignado, que si no . . .

Y ahora, para terminar, demos la siguien-

te noticia, copiada también de «El Diario» de Jujuy (20/5/25):

«A pesar de lo que opinaba González Arrili, se encontró la cuadrilla de albañiles capaces de meter el pico entre los viejos adobes del templo y convento de San Francisco, del cual, en un abrir y cerrar de ojos, sólo quedan los muros, que van cediendo ante la piqueta de los obreros sacrílegos que echan por tierra una ilusión...»

5 — LAS REJAS.

— ¿Rejas?... Se acabaron, señor... Hace unos pocos años podían verse algunas por ahí, en las casas principales, por ejemplo en una que estaba frente por frente a la Matriz...

— ¿Y ahora?

— Ahora, les pasó lo mismito que a la Matriz: se han transformado. Bien poco nuevo hay, pero todos los propietarios con dinero han creído necesario refaccionar las fachadas de sus casas. Les parecía un atraso personal y ciudadano eso de tener los frentes de sus casas igual que los abuelos. Eran unos frentes «anti-estéticos», ¿comprende? Antiestéticos. La mayoría de ellos tenían todavía los caños para el

desagüe de los techos de teja, sobre la calle; unos cañones como de un metro... Balcones no había, pero existían rejas, algunas linditas, interesantes... Fué «necesario» quitarlas y poner en su lugar balcones modernos, de esos de pacotilla que no valen una nada...

— Y, ¿dónde fueron a parar las rejas?

— Vaya a saber!... Muchas, vendidas por kilos, deben estar en algunas casas construídas en los pueblos, o en algún canchón, botadas... Yo sólo sé de una que el propietario la hizo poner en el patio de su casa, no dispuesto, al parecer, a desprenderse del todo de aquella reliquia, testigo de más de un romance de amor en sus dos o tres siglos de permanencia en la calle...

Siempre hemos pensado en lo interesante que resultaría la reconstrucción poética, novelasca, de la historia de una de estas ventanas de reja provincianas, desde que la forjaron artistas ignorados y primitivos hasta que el modernismo incomprensible las arrancó de su lugar y dió con ellas entre un montón absurdo de escombros en cualquier corralón de cosas viejas.

El tema — desde luego, baladí — tiene para nosotros un encanto cuya explicación, por sencilla, resultaríanos difícilísima de dar, y a

quien la oyera, por lo mismo, difícilísima de comprender cabalmente.

No es menos baladí la ocurrencia nuestra de inquirir entre los «entendidos» que vamos hallando al paso, el fin que tuvieron las rejas de estas ventanas malamente modernizadas. ¿Qué le importa al porteño — pensará más de uno — dónde fueron a dar aquellas viejas ventanas que ocupaban media vereda, sobre la que tropezaban en noches sin luna más de una nariz y que no servían, al fin de cuentas, más que para fisgonear la calle a las viejas curiosas y chismosas del barrio? O es que se creen los porteños noveleros que las rejas de por aquí eran obras de arte, de algún valor positivo como para pagar la pena de verlas afeardar el frente de las casas? Vaya la ocurrencia! ¡Señor! Ninguna reja de las que nosotros alcanzamos a conocer, valía más que como fierro viejo.

Sin embargo, contestaríamos a nuestro hipotético interlocutor, amigos tenemos en Buenos Aires que buscan con afán y con dineros, rejas antiguas para enriquecer con ellas los edificios mandados construir de acuerdo a la arquitectura que han dado en llamar «colonial»...

— Señor — nos dijo en verdad un provinciano, sin pizca de malicia, — por aquí vinieron varias personas buscando rejas. Es muy

común encontrar gente de abajo que viene dispuesta a comprar cosas antiguas. Yo tengo una jofaina de plata maciza que me quiso comprar el señor Ambrosetti... y tengo un santo de talla que me intentó comprar el señor Onelli... Con las rejas también anduvieron en tratos muchos, pero sólo sé de uno que se llevó una ventana... Los demás se van sin comprar nada... Les parece siempre muy subido el precio... y al final ellos mismos dicen que se marchan desengañados. No encuentran lo que buscan. Mire. Un señor de Santa Fe vino dispuesto a comprarnos la provincia entera. A cada momento nos advertía que tenía cuenta en el Banco y nos metía por las narices su libreta de cheques. Todo se le fué en pedir precios. Hasta pidió precio por el púlpito famoso que tenemos en la Iglesia Matriz. El Vicario, sonriendo, le pidió un millón de pesos. Un precio tirado, como quien dice... Pues bien: dijo que el púlpito era un poco caro, que si no, se lo llevaba porque iba a construir una capilla en su casa colonial para que tuviera más carácter...

— ¿Qué compró ?

— Que yo sepa, lo único que compró fué un cacharro de barro de esos que don Schülz encuentra en los «antigales» de la Quebrada.

Lo pagó tres nacionales. ¡Es como para desilusionarse, verdaderamente! Y todavía se fué convencido de que aquel cacharro no valía, nuevo, ni un peso y medio...

— ¿Y rejas?

— Ah, de rejas, ni que hablar. El hombre se traía en una libreta anotadas las medidas de las rejas que necesitaba, y, naturalmente, las únicas dos que le ofrecieron resultaban el doble de grandes de las que él buscaba... Si serían bárbaros, decía; ¿para qué querían ventanas de tres metros y medio de alto?

En efecto, eran unos bárbaros los que habitaban Jujuy hace doscientos años. Fíjese que en el Hotel dividieron algunas salas en cuatro, con tabiques de madera, y ¿sabe cuánto mide ahora cada uno de esos cuartos? Cinco metros de ancho... y seis de largo. Eran unos bárbaros! Pero ¡qué les vamos a hacer!...

*
* * *

Si llegara a escribirse esa historia novelesca de la reja provinciana y si el autor no temiera dejar sospechas de su erudición, pues lo suponemos hombre muy cuidadoso de su límpida reputación en la posteridad, acaso conviniérale, a fin de dar idea exacta de la importancia del,

tema, anotar tal cual referencia atingente a los orígenes de estos «cierres de huecos» arquitectónicos.

No podría, según lo sospechamos, darnos noticia del origen de la reja. Su origen, como el de tantas otras cosas, se escuda, hasta ahora, en el bello lugar común de «la noche de los tiempos», noche que es un refugio cómodo y barato para quienes aborrecen dormir a la intemperie de su desorientación, a la vera de la laguna del desconocimiento...

Diría el autor de marras, como la Enciclopedia, que en los templos griegos ya se guardaban bajo rejas de bronce los tesoros. Añadiría que fué la reja romana la que se generalizó, según la Historia, allá por los «siglos medios», adquiriendo el accesorio grande importancia artística e industrial. En tales siglos se comprendió que una reja de bronce era cara y poco segura y se abandonaron por esas dos razones, poderosas como las que más, las rejas que tan cuidadosamente hicieron en bronce y en cobre los artífices bizantinos, y se comenzaron a confeccionar rejas de hierro, hierro forjado, obra de arte en la que lucieron su maestría «rejeros» famosos ya definitivamente incorporados a la Historia de las Bellas Artes.

Cambios de gustos, trueques de estilos, in-

constancia resabida de los hombres, determinaron la decadencia del arte. De su mayor esplendor restan pruebas hermosas en España y Francia, especialmente en los templos católicos, sacristías, coros, sepulcros, resguardados bajo rejas que no titubearon en firmar sus autores, tan seguros estaban — se dice — de que la obra que forjaron motivaría la admiración de los venideros, como un buen cuadro o una estatua...

La reja, sin embargo de la erudición del autor, la reja que deberá ocupar mayor espacio en la historia novelesca de que hablamos, no será ninguna de esas famosas firmadas por artífices que ocupen sobresaliente lugar en la biografía de artistas universales. La reja que motive el revuelo sentimental necesario a toda historia deseosa de ser leída sin cansar, ha de ser una de esas pequeñas — empotrada o recercada, — que se hacían para asegurar la existencia de algún tesoro; una imagen primero, una mujer después... Porque el momento culminante en la historia de la reja que no aspira a ser un mero motivo arquitectónico está, en los templos, en ese espacio de minutos ocupado por un creyente que alarga la mirada y los brazos hacia la imagen inmóvil depositaria de sus íntimos secretos, de sus inconfesables pecados, de sus más puros deseos; y en las re-

jas qué dan a la calleja o la plazuela, en aquel instante en que el amador, frente a la amada mete la cara por entre los barrotes que le aprisionan a la altura de las orejas, para pronunciar las dos o tres sílabas que todos los hombres ansían decir a la mujer en voz muy baja, o para lograr la dicha inefable de obtener algún beso...

Y en la reja provinciana que nosotros buscamos sin pizca de curiosidad por antiguallas, quisiéramos «ver» precisamente eso.

Ella habita una casona de ancho portal seguido de cuatro o seis ventanales de reja volante. La casona fué construída en tiempos del gobernador don Matías Anglés, quien se recibió del gobierno de la provincia en esta ciudad de Jujuy después de haber contribuído a su defensa. Reconstruyóse la casona por vez primera poco después de asumir el mando de la Intendencia de Salta el coronel don Andrés Mestre, y en seguida de sofocado el levantamiento indígena de los que siguieron el pendón de Tupac-Amarú (aunque no tengamos averiguada la existencia real del pendón). Cambiáronse algunos lienzos de pared de adobe, púsose la la-

brada puerta y enrejóse la primera ventana, a principios de 1800. Al regresar de un viaje a Buenos Aires el diputado don Juan Ignacio Gorriti, vinieron para adorno de la casona principal algunos muebles fabricados en la Península, entre ellos un magnífico clavicordio. Las otras rejas las forjaron a martillo unos indios artistas, de la servidumbre de don Francisco Calderón...

Estamos en los días heroicos de la Revolución. Las tropas de Belgrano llenan de color y de entusiasmo épico las calles desiguales de la ciudad. A veces, un alarido de clarines cruza por sobre el poblado desde el Río Chico al Grande, y aun parece estirarse, en un serpenteo maravilloso Quebrada arriba... Los realistas bajan del Perú como un raudal incontenible. Se aproximan las horas tristes del éxodo....

Ella es una moza bellísima. Tres generaciones de criollos se entroncan en su sangre con bizarros conquistadores castellanos. Peina una cabellera renegrida que enmarca el óvalo de una cara blanquísima, de unos labios enrojecidos y gordezuelos y de unos ojos cuya profundidad, casi sin hipérbole, compáranla los mismos viejos con los abismos cercanos...

El es un jovenzuelo patriota, el labio superior apenas sucio por el bozo, flamante el uni-

forme y el primer galón. Pertenece al no menos flamante cuerpo de caballería denominado «Decididos»...

Durante todo el día y buena parte de la noche, ambos tienen ocupación sobrada. El joven oficial, con un celo que recomendará luego el general en jefe, contribuye a la ordenada concentración de ganados y cabalgaduras. Ella, en compañía de sus hermanas, de sus amigas, bajo las instrucciones inmediatas de la mamá, fabrica cartuchos «para la Patria». La Patria, párvula amada...

Veinte días hace que se vive bajo la impresión terrible del bando del general en jefe a los «Pueblos de la provincia». Cada vecino recuerda como una oración, al levantarse y al acostarse: «Que serán detenidos por traidores a la Patria todos los que a mi primera orden no estuviesen prontos a marchar y no lo efectúen con la mayor escrupulosidad, sean de la clase y condición que fuesen»... «Sabed que se acabaron las contemplaciones de cualquier especie que sean y que nada será bastante para que deje de cumplir cuanto dejo dispuesto...»

Ella y él se ven a través de las barras de hierro de esta reja, la tarde anterior a la marcha. Estamos en agosto. Un vientecillo serrano aguza sus puntas de alfiler para clavarse en

las carnes. El crepúsculo apresuradamente llena de sombras la calle. La pequeña ciudad silenciosa extraña la ausencia del manso toque de las oraciones que baja de las torres en ondas de melancolía... No hay campanas. Fueron todas ellas, junto a las esquilas humildes, convertidas en cañones... ¡La tarde triste del amor! ¿Qué se dijeron ella y él a través de la reja sin flores, bajo el crepúsculo invernal, mientras el ejército preparaba su retirada en busca de Tucumán y todos los vecinos, «sin una queja, sin un sollozo, hasta sin una esperanza»? (1), estaban listos para cumplir la orden formidable: «Llegó, pues, la época en que manifestéis vuestro heroísmo y de que vengáis a reuniros al ejército de mi mando, si, como aseguráis, queréis ser libres»... ¿Qué se dijeron ella y él a través de la reja? Cómo fué su despedida que el destino quiso señalar como postrera?... Acaso, acaso usaron palabras parecidas a aquellas que el Marqués de Santillana usó en su Canción:

«Recuérdate de mi vida
pues que viste
mi partir e despedida
ser tan triste... »

(1) Horacio Carrillo. «Jujuy y su Bandera».

... En la reja provinciana que nosotros buscamos quisiéramos poder *ver* precisamente eso.

Más, la reja no está. Sólo en los libros, en algún antiguo legajo del archivo provincial podremos hallar el peldaño que nos sirva para apoyar el pie y empinarnos sobre lo viejo y lo imaginario ...

— ¿Rejas? No las hay, señor ... Las poquitas que había las han quitado porque afeaban los frentes. Ahora ... ahora se colocan esos balcones «modernos» que Ud. ve ...

6 — «LA BANDERA DE NUESTRA LIBERTAD CIVIL».

Consérvase en Jujuy la primera bandera argentina, «la bandera de nuestra libertad civil», conforme la tituló su creador. El pueblo jujeño la venera como su reliquia más valiosa. Una ley especial de la provincia prohíbe terminantemente que aquel glorioso y desteñido trozo de seda vuelva a salir de su territorio. Aun se recuerdan allí las bien dichas palabras de uno de sus mandatarios, al denegar el pedido que le formulara una comisión patriótica desde Buenos Aires. «Creo — dijo — que si se le quiere tributar un homenaje, él debe venir hacia la Bandera y no ir la Bandera donde sea más

cómodo tributárselo.» «Es necesario — añadía — dejar establecido que Jujuy es santuario del símbolo y altar de las más grandes recordaciones patrias, aprovechando las fechas solemnes para que la Nación lo recuerde, y si hay alma patria y fervor cívico, peregrinar hasta aquí a reconfortar el espíritu argentino y aspirar ese polvillo de gloria que parece desprenderse de la vieja seda del raído estandarte, que mariposeó, luminoso y triunfal, sobre las rojas flores de la sangre gaucha.» «Y creo — terminaba diciendo — que no ha llegado la hora de que Jujuy repita su éxodo legendario para marchar lejos, con sus lares amados, única forma en que podría volver a salir su enseña tutelar...»

Estas manifestaciones del gobernador Carrillo las suscribió todo el pueblo jujeño, sin distinción. Algún día las suscribirán todos los argentinos, e irán hasta la vieja ciudad de San Salvador de Velazco, en el Valle de Jujuy, a buscar el lugar que eligió Belgrano para depositar el Símbolo...

En mayo de mil ochocientos doce estaba el general Belgrano en Jujuy. Acercábase el segundo aniversario de la Revolución, fecha que

todavía no se festejaba, pues ello fué instituído un año después, el 13, por el voto de la Asamblea Constituyente. Según Rojas, el 25 de mayo de 1811, primer aniversario de la Revolución, los sucesos continuaban sin definirse en favor de la libertad, y Buenos Aires apenas si había celebrado la fecha con el paseo del Estandarte Real, de acuerdo a los usos de la Colonia en sus fechas magnas . . . «Puede decirse que fué en Jujuy donde se fundaron, en 1812, las fiestas mayas, sancionadas después, en 1813; y se fundaron allá con el primer juramento de la bandera nacional, conducida ante el pueblo y el ejército por el mismo Belgrano, que había proyectado la emocionante ceremonia con el objeto de definir nuevamente la conciencia pública en favor de la revolución desprestigiada hasta ese momento.»

El 25 de mayo de 1812, en la pequeña Jujuy se realizó la ceremonia. A media mañana atronaron el aire los quince cañonazos de ordenanza, y el Barón de Holmberg cruzó las calles centrales con la Bandera en alto, con su escolta de honor, conduciéndola desde la casa donde paraba el general en jefe, hasta el edificio del Cabildo, frente a la Plaza. Allí fué puesta la gloriosa enseña a la contemplación popular, hasta la hora cercana de cantarse el

Tedéum, después del cual fué trasladada a la Matriz, desde cuyo altar mayor la bendijo el presbítero doctor Juan Ignacio de Gorriti. El mismo subió al púlpito luego, y explicó la significación de aquella tela que acababa de bendecir.

Belgrano estaba presente. Fáciles de imaginar, conociendo su hondo afán patriótico y su profunda fe cristiana, el estado de su espíritu al oír las ya famosas palabras de Gorriti.

Volvió la Bandera a los balcones del Cabildo y fué otra vez saludada por una salva de quince cañonazos. Por la tarde de aquel día, formó el ejército auxiliar del Perú en torno de la Plaza, decorada con guirnaldas y arcos. El pueblo — anota el citado Rojas, que tiene reconstruída con maestría la tocante escena registrada en pertinentes documentos del Archivo Capitular, — el pueblo apretábase en las bocacalles y las aceras, «y de todos aquellos pechos viriles volvió a elevarse un vótor resonante, cuando vieron a Belgrano salir del Cabildo con la Bandera en su brazo, cruzar la calle silenciosamente, caminar hacia el centro de la Plaza y subir a una tribuna agitando su enseña en alto. Las aclamaciones de la muchedumbre se repitieron entonces, palmadas y bravos encresparon el aire. Y dominando aquel entusiasmo por el ademán del que necesita silencio,

se oyó en el ámbito de la tarde nebulosa que comenzaba a declinar, aquella arenga de Belgrano, que el prócer mismo comunicó después al Triunvirato... Belgrano tenía la voz velada, pero tal fué aquel día la necesidad de ser oído, que la voz de su arenga llegó hasta el cuadro de sus soldados, llegó a las damas de las ace-
ras, llegó a la muchedumbre de las esquinas».

«Soldados, hijos dignos de la Patria, camaradas míos: Dos años ha que por primera vez resonó en estas regiones el eco de la libertad, y él continúa propagándose hasta por las cavernas más recónditas de los Andes: pues que no es obra de los hombres, sino del Dios Omnipotente, que permitió a los Americanos que se nos presentase la ocasión de entrar al goce de nuestros derechos; el 25 de mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra historia y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo, cuando veis en él por primera vez la bandera nacional en mis manos, que ya os distingue de las demás naciones del globo, sin embargo de los esfuerzos que han hecho los enemigos de la sagrada causa que defendemos para echarnos cadenas y hacerlas más pesadas que las que cargábamos. Pero esta gloria debemos sostenerla de un modo digno con la unión, la constancia y el exacto cumplimiento

de nuestras obligaciones hacia Dios, hacia nuestros hermanos y hacia nosotros mismos, a fin de que la Patria se goce en abrigar en su seno hijos tan beneméritos y pueda presentarla a la posteridad como modelos que haya de tener a la vista para conservarla libre de enemigos, y en el lleno de su felicidad. Mi corazón rebosa de alegría al observar en vuestros semblantes que estáis adornados de tan generosos y nobles sentimientos y que yo no soy más que un jefe a quien vosotros impulsáis con vuestros hechos, con vuestro ardor, con vuestro patriotismo. Sí, os seguiré imitando vuestras acciones y todo el entusiasmo de que sólo son capaces los hombres libres para sacar a sus hermanos de la opresión. Ea, pues, soldados de la Patria, no olvidéis jamás que vuestra obra es de Dios; que él nos ha concedido esta bandera, que nos manda que la sostengamos, y que no hay una sola cosa que nos empeñe a mantenerla con el honor y el decoro que le corresponde. Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros conciudadanos, todos, todos fijan en nosotros la vista y deciden que a vosotros es a quienes corresponderá todo su reconocimiento si continuáis en el camino de la gloria que os habéis abierto.

Jurad conmigo ejecutarlo así, y en prueba de ello repetid: ¡ VIVA LA PATRIA ! »

En seguida — apuntaba Belgrano en el ya citado oficio al Triunvirato, — formados en columna «me acompañaron a depositar la bandera en mi casa, que yo mismo llevaba en medio de aclamaciones y vivas del pueblo que se complacía de la señal que ya nos distingue de las demás naciones, no confundiéndonos igualmente con los que a pretexto de Fernando VII tratan de privar a la América de sus derechos y usan las mismas señales que los españoles subyugados por Napoleón.» «A la puerta de mi posada, hizo alto la columna; formó en batalla, y paseando yo por sobre las filas la bandera, puedo asegurar a V. E. que vi, observé el fuego patriótico de las tropas, y también oí, en medio de un acto tan serio, murmurar entre dientes; «nuestra sangre derramaremos por esta Bandera».

En tal forma celebróse por primera vez, el aniversario de la revolución de Mayo, en Jujuy, el año 12, y frente a la primera bandera, la misma que meses antes había enarbolado Belgrano

en la Batería Independencia, del Rosario, mereciendo por ello la reconvención del gobierno central. También esta vez el gobierno lo reconvino. Un mes más tarde llegó a manos del general un largo oficio, con tal cual frase en campanudo estilo. Comenzaba la nota reproduciendo textualmente la orden del 3 de marzo, que entre otras muchas cosas decía: «...por eso es que las demostraciones con que V. E. inflamó a la tropa de su mando, esto es, enarbolando la bandera blanca y celeste, como indicante de que debe ser nuestra divisa sucesiva, las cree este gobierno de una influencia capaz de destruir los fundamentos con que se justifican nuestras operaciones y protestas que hemos sancionado con tanta repetición...», y allá por el final: «A V. E. le sobra penetración para llegar con ella al cabo de la trascendencia de tal proceder; el gobierno, pues, consecuente a la confianza que ha depositado en V. E., no puede hacer más que dejar a la prudencia de V. E. misma la reparación de tamaño desorden, pero debe igualmente prevenirle que esta será la última vez que sacrificará hasta tal punto los respetos de su autoridad y los intereses de la Nación que preside y forma, los que jamás podrán estar en oposición a la uniformidad y orden.»

Mas Belgrano quería ya mucho a su enseña. Con ella al viento, vuelve a aparecer meses más tarde, en febrero del 13, en las márgenes del Pasaje, y la enarbola triunfal en el campo de Castañares, en Salta, «sancionada por la victoria antes de haber sido sancionada por gobierno alguno». El general había respondido a aquel gobierno: «La he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella...» «Si acaso me preguntaren por ella, responderé que se reserva para el día de una gran victoria por el ejército, y como ésta está lejos, todos la habrán olvidado y se contentarán con las que se les presenten...»

¡Pobre Belgrano! Un mes más tarde, en julio, dió su bando llamando a los pueblos del Norte para marchar enteros hacia el sur. Imponíase aquel enorme sacrificio de la emigración, pues las fuerzas de Goyeneche venían con todo éxito hacia ellos. Y fué el éxodo, desgarramiento heroico de Jujuy, que marchó detrás del general revolucionario, ya sin bandera... El jurado estandarte iba escondido en las maletas de quien había prometido a sus superiores deshacerla! De su escondite salió el día de la victoria, que no estaba tan lejano, por cierto.

Con ella regresó a Jujuy — después de haberla agitado en los balcones del Cabildo de

Salta, don Martín Rodríguez, — a reconquistar la heroica ciudad. Tornaron tropas victoriosas y emigrados vecinos, ya con la bandera al frente. Volvieron a realizarse, el 25 de mayo, las fiestas patrias con el mismo ceremonial anterior: iluminaciones, sombras chinescas, salvas, Tedéum, sermón, repiques, toros . . . Comenzaron el día 24 a las dos de la tarde. El capitán de la segunda compañía de Cívicos pasó con toda la guarnición a casa del Regidor Alférez Nacional, de donde salió la Bandera escoltada, para pasear por la ciudad. Al otro día, el 25, a las ocho de la mañana, volvió a escoltársela hasta la Iglesia Matriz . . . Dos escudos la acompañaban. En cada uno de ellos se describían los « gloriosos triunfos de las armas victoriosas del ejército de la Patria, en las dos acciones de Tucumán y Salta, uno y otro con el importantísimo y laudable objeto de que eternicen tan digna memoria », según reza el acta labrada por el Ilustre Cabildo, congregado a toque de campana en la Sala Consistorial de sus Acuerdos, « a veintinueve de mayo de mil ochocientos y trece » . . .

Tal escudo fué aplicado a la bandera azul y blanca jurada el año anterior por los jujeños, enarbolada en las victorias de Tucumán y Salta, y acompañante, escondido o no, del éxodo heroico.

Desde entonces ha permanecido en Jujuy la preciosa reliquia. Durante muchos años estuvo colgada en el centro de la nave de la Iglesia Matriz, cercana al púlpito famoso que los indios tallaron bajo la dirección jesuítica. En aquel lugar durante tanto tiempo, el glorioso trapo perdió su color, deshilachándose, y aun es posible que no se viera libre de irreverencias de murciélagos anidados en el techo o de pájaros que entraran por los ventanales...

Varias veces fué recortada para evitar así su completa destrucción. En la actualidad la bandera ha quedado reducida al escudo, en cuyo reverso, según datos del vicario José de la Iglesia, consérvase adherido un retazo de paño descolorido, al parecer más antiguo que el raso en que se pintó, por mano de don José Balcera, el escudo, que es copia del sello usado por la Asamblea General.

Existen fotografías antiguas, en las que aun puede verse el trozo de género donde se pintó el escudo colocado sobre la bandera de Belgrano, celeste y blanca.

Hoy, encuadrada la reliquia, sólo se ve tras el grueso cristal, la parte del escudo, medio borrado sobre un fondo de indefinido color.

Está ella en la Sala de Audiencias del Tribunal de Justicia, en la nueva Casa de Gobier-

no, esperando se termine la Sala de la Bandera que ocupará todo el centro del primer piso de la casa. A su izquierda pende el escudo que mandó hacer Belgrano para la puerta de su escuela, y a su derecha bajo otro cristal, una vieja y también marchita bandera encontrada en la Iglesia de Santa Catalina, que se supone usada por el ejército en los encuentros desastrosos de Vilcapugio y Ayohuma...

De cuando en cuando llega un forastero a Jujuy enterado de que está allí guardada la «bandera de nuestra libertad civil». Va a la Casa de Gobierno. Sube al primer piso por una escalera sin terminar, o por una escala de madera ya desnivelada por el uso. Manifiesta su deseo de conocer el glorioso estandarte. Alguien llama entonces al mayordomo de Palacio. Al rato aparece el simpático Urbino, viejo servidor provincial, alto, moreno, con sus grandes bigotazos negros. Y Urbino, atento, con pocas palabras eruditas, exactas, pone al forastero frente al cuadro de la bandera, urna que guarda en esencia cien páginas de nuestra historia, síntesis de la argentinidad, y hasta la cual, an-

dando los días, irán enormes peregrinaciones de argentinos deseosos de reverenciar en el lugar mismo que Belgrano eligió para su regazo, aquel trozo de tela incoloro, arrugado como cara de abuela . . .

Hace unos años, 1920, se conmemoró en Jujuy el centenario de la muerte de Belgrano. El P. E. de Salta — gobernaba entonces el más ilustre de los salteños contemporáneos, don Joaquín Castellanos — nos honró designándonos representantes en las ceremonias oficiales que se realizaron. En la ocasión conocimos a Jujuy y conservamos de aquellos breves días de regocijo cívico una impresión imborrable. En la Plaza, frente al viejo Cabildo, asistimos a una ceremonia que el buen acierto del entonces gobernador jujeño, don Horacio Carrillo, quiso fuera una reproducción de la jura de la bandera efectuada en aquel mismo lugar por las tropas de Belgrano. La misa de campaña a que asistimos oficióla, para mayor coincidencia, un sacerdote sobrino nieto de aquel ilustre Gorriti de la primera jura . . . Nosotros llevábamos la misión de decir algunas palabras fraternas en nombre de Salta y su gobierno, al pueblo y al gobierno de Jujuy. La simultaneidad de algunos actos no nos dejó el tiempo de que hubiéramos querido disponer para preparar el discurso, para intentar el discurso que la ocasión reclamaba. Media hora antes de ocupar la tribuna, en casa de don Manuel Buitrago

— donde nos había alojado la exquisita bondad de doña Polonia Sánchez, su ya desaparecida esposa, — improvisamos algunas palabras, que luego leímos con emoción de colegiales frente al ejército, frente a las escuelas, frente al pueblo jujeño. Aquellas palabras, valen bien poco en realidad, pero deseamos intercalarlas en estas páginas dedicadas a Jujuy porque ellas se unen de tal manera en nuestro recuerdo a la «deliciosa nación» que no estaría completo nuestro homenaje si no las reprodujéramos, como lo hacemos en seguida:

« En nombre de la delegación de la provincia de Salta, hermana y amiga de la de Jujuy, pláceme profundamente hablaros en este momento solemne, en que, después de haber jurado la vieja bandera de la patria, vamos a restituirla a su lugar, el mismo que eligió su creador, cuando, ya bautizada con sangre y fuego en los campos de Castañares, la dió en sagrada custodia al pueblo jujeño.

« La delegación de Salta no es solamente oficial; al designarnos para tan honroso cargo, su gobernador ha querido sintetizar el sentimiento de sus provincianos, y no pudiendo complacer uno de los más fervientes deseos de su espíritu de argentino, de salteño y de poeta, nos envía, para que os digamos, sencillamente, con la misma sencillez del acto a que asistimos, las palabras cordiales que sólo se dicen, un poco trémulos de emoción, junto al calor del hogar materno.

« Tratando, pues, de cumplir misión tan difícil como grata, y alejándonos todo lo posible de los estiramientos protocolares a fin de acercarnos al corazón de este pueblo que vive su hora de profundo recogimien-

to cívico, venimos nosotros, cálidos de sinceridad, temblorosos de emoción, ardientes de fe, a balbucearos la oración que todo argentino ha repetido hoy, con palabras distintas, pero iguales en su significado al cantarse el Himno Nacional en el sur y en el norte, en el litoral y en los Andes como si de tal manera asentáramos definitivamente el concepto de nuestra nacionalidad.

«Y oremos así, junto al pendón sacro: «Cien años después de entrar a la gloria, a la inmortalidad y al sagrario de nuestros corazones, tu creador, vieja bandera de la Patria, cuando el pueblo de Jujuy, elegido por él para que te guardara junto al regazo de sus madres y bajo el cariño de tus hijos, se congrega a tu lado y te convierte en la más pura imagen que existe en el templo de sus glorias; cien años después, el pueblo fraterno que está escuchando aún sobre el lomo de sus cerros el redoble de cascos que trae a los ojos del alma el recuerdo de Güemes y sus gauchos, viene a ponerse a tus pies, vieja bandera de la Patria, y con la más profunda reverencia, cuadrado frente a ti, la mano en el corazón y la vista puesta en la acríbillada tela de tu cuerpo, agobiada de triunfos, agujereada de años, gloriosa como la más gloriosa, comenzar a repetir: «Tú eres bendita entre todas las banderas...» Lo dice el azul claro de nuestros cielos y el blanco sin mácula de tus virtudes. Dijo el vidente: «Jamás atada al carro de ningún vencedor»..., y lo repiten incansables cuantos te conocen, y tus hijos, dentro de cuyos pechos llevan reproducida tu imagen, izada en las pampas y en las montañas, enhiesta en las tierras calientes y en la fría costa sud, ondulante en los mares lejanos y en el polo invenci-

ble, hecha en todos los puntos llama de ideal y calor de ensueño, grávida de entusiasmos y cariños, porque no puede tener nada de hostil ni de bélico el bello reflejo de firmamento que atesoras en tus lienzos, sino que vas ofreciendo en tus suavísimos repliegues la eterna canción de paz que se entona en las cunas, junto a las máquinas, o mientras rompe la reja el negro seno de la tierra . . .

« Vieja bandera de la Patria, multiplicada a lo infinito del espacio y del tiempo por la adoración de tu prole, preside así, gloriosamente, la reproducción de tu espíritu desde la cosmópolis que guarda los restos de tu autor, hasta estas tierras pródigas que te guardan, y flamea siempre así serena, siempre así pura, siempre así hermosa, por encima de los ocho millones de habitantes de nuestra patria hasta que suene en el reloj de la vida la hora sagrada en que « cien millones de argentinos » unan sus puños viriles, levanten el asta enorme que mereces, y al darte a los vientos como un aletazo de la gloria que tuviera fija su ruta en el sol de tu centro, repitan la frase más humana después de las dichas por Cristo: Venid, los hombres todos del mundo, a sudar en los surcos ubérrimos que abre el arado de mis hijos bajo la sombra grata de mi paño . . . »

v/ « Revista de Derecho, Historia y Letras » Tomo LXVIII — febrero de 1921. — Buenos Aires.)



III

MONTAÑAS Y CERROS



I — MONTAÑAS Y CERROS

Montañas y cerros dan a Jujuy su principal encanto. Cierta que la naturaleza arrojó sobre su suelo, con prodigalidad alocada, sus dones maravillosos; verdad, también, que el cielo se nos ocurre distinto al que hemos visto desde otros lugares, más próximo a nosotros, más azul y más diáfano; indudable, conforme lo hemos dicho, que el sol es de oro puro, y a sus horas, cae sobre los hombres y las cosas en partículas, tal que nos basta con extender las manos abiertas para sentir en las palmas el peso de su luz y así apresarla, por un instante en el puño, como arenas finísimas. Mas, son las montañas y los cerros restos de milenarias convulsiones, formidables señales de

cataclismos geológicos, rajaduras hondísimas de la tierra y la piedra, ascensiones de contorsión y pesadilla que dió la costra del globo hasta el azul inasible y amado, — son las montañas y los cerros los que dan su encanto a Jujuy..

El valle, dilatado en verde vivo, en verde obscuro y en ocre, ciérrase en un cinturón desparejo y policromado. El ojo humano intenta agrandarse para permitir a las pupilas abarcar el panorama sin perder detalle en el magnífico conjunto. La maravilla de la luz y del color dominan nuestro mirar, y como si nos hipnotizaran, en el afán de ver experimentamos la recóndita pena de ver cada vez menos. Miopes, hemos de ir a buscar, circunscribiendo, trozos de paisaje; présbites, frente al fragmento indescriptible, nos echamos hacia atrás otra vez, como buscando distancia para hallar perspectiva.

En la Quebrada, durante horas, vamos andando en sucesión interminable de bellezas; aquí se achica la garganta y nuestra insignificancia humana se oprime entre dos paredes ásperas, sobre un suelo de piedra y agua cantarina, bajo el tajo de luz que deja ver el cielo en desesperada ansiedad; allí, torna a ensancharse la quiebra, y con ella el alma. Las montañas, los cerros, se alinean en formación de gigan-

tes listos a no sabemos qué soñado encuentro. El lomo negro de las unas, danles semejanzas a formidables paquidermos sobre cuya piel costurada, un payaso genial hubiera espolvoreado, en las Carnestolendas cercanas, la cándida harina de la nieve. La verde giba de los otros rutila bajo el sol hasta hacerse blanda y sedosa. Y el basamento, al alcance de nuestras manos, no es más que un hacinamiento, artístico en su desconcertante derroche, de piedras de color . . .

Nuestro caminar por la Quebrada — la histórica Quebrada de Humahuaca, por la que un día bajaron del Perú, barbudos y jadeantes, amplio el pecho, dilatada la pupila, saltarina la sangre en el corazón y en las arterias, los primeros conquistadores; por la que fueron y volvieron después, mercaderes y estudiantes en busca cada cual de su Potosí o su Chuquisaca; Quebrada que anduvieron, dueños o desposeídos, vencedores o errantes, varias generaciones de hombres de cobre y de bronce; Quebrada que oyó durante años el repique de los cascos de las caballerías y el sonar de aceros, hoy de los patriotas insurgentes, mañana de los realistas; Quebrada que contempló durante semanas el paso triste de aquel puñado de amigos en derrota que iban llevando en su huída el cuerpo

de un general cuya cabeza habíase puesto a precio en el desenfreno pasional de la guerra civil... — nuestro caminar de curiosos por la histórica Quebrada, va poniéndonos a cada instante frente a un insospechado espectáculo, a una nueva ocasión de maravillarnos, a una diversa sensación de grandiosidad y de belleza.

¡Qué página hemos leído, de qué sueño gozamos, cuál ilusión fué la que nos anticipó esta delicia puesta ahora frente a nosotros?

Toda esta enorme pared, ¿no es de cobre? Entre aquellos berruecos centelleantes ¿no se encuentra la plata? Y aquella cuchillada fabulosa en la corcova del cerro, ¿no está derramando oro? A través de millares de años, sobre la cima de esta negra montaña, ¿no se ha petrificado la luz de la luna? Qué es, sinó guiños astrales perpetuados en esta pelada falda, ese continuo rebrillar? Un día, se cayeron las estrellas sobre estos picos y no fueron recogidas todas y vueltas a su lugar. Quedaron muchas como fantásticas lentejuelas, desparramadas sobre las capas de terciopelo y de esmeralda con que se envuelven estos gigantes...

Y más allá, aquel otro cerro de color de rosa pálida, ¿no fué, hace diez mil años, una catedral que anticipó la arquitectura gótica? Y aquél, frente al río estirado y serpenteante,

¿no fué un castillo negro utilizado como prisión para los ogros? Y ese otro, ¿no es una nao náufraga entre la piedra y hecha piedra a su vez?...

¡Piruetas de la imaginación, acelerado divagar, discurso que no oye nadie, acuciados por lo grandioso! Con esfuerzo recuperamos nuestra verdadera posición mental ante la realidad, pero es tan soberbio el escenario, que al dejar de fantasear, nos quedamos dudando si esto que ven los corporales ojos está fuera de nosotros, en el mundo, o no es más que la continuación de las ensoñadas visiones que llevamos adentro...

2 — TILCARA.

Llega el tren a Tilcara después de marchar toda la mañana por entre la magnífica Quebrada de Humahuaca, llenándonos los ojos y el alma, de belleza. Son las doce. Un sol maravilloso cubre los cerros y el río de aguas enrojecidas, de un oro luminoso y palpitante. La estación ferrocarrilera, bulliciosa como nunca, rebosa de mujeres y de niños. Entre las palabras de salutación que jubilosas estallan como cohetes, óyense algunas dulces y simpá-

ticas, entre ellas, especialmente, la de *papá*. — ¡Papá, papá! — vocean pequeños y grandes, alargando los brazos, ensanchadas las caras por sonrisas francotas. Es que en estos trenes dominicales llegan a Tilcara la mayoría de los esposos, de los padres, que trabajan durante toda la semana en Jujuy y tienen a su familia veraneando entre los cerros. El clima, la altura, este sol de la Quebrada, son excelentes para los niños. Llegan las criaturas delgaduchas y pálidas, afiebradas por el paludismo latente, o consumidas por anteriores ataques de un mal que se traen en la sangre, heredado a través de varias generaciones de «chuchentos». En cuanto permanecen en Tilcara quince días, se transforman. El aire solo parece engordarlos. Es un aire que viene suave, durante el día, desde distantes serranías en que reúne fragancias de todas las flores, de todos los frutos, de todas las hierbas. Es también el agua que se recoge en las puras fuentes serranas, dulce, gruesa, deliciosa. Es el sol, que rara vez falta, jubiloso sobre los picos, sobre las callejas, sobre las viejas casas con sus techos de torta. Es por fin, el clima fresco, deleitable, que obliga a caminar, a correr, a comer el doble que en la ciudad. Es un Tilcara todo entero, simpático, inolvidable frente a aquel cerro rosado

que la lluvia de miles de años hale dado un aspecto fantástico de gótica catedral que se derrumba; frente a aquel río bullicioso que lleva sus aguas sucias por todas las ricas tierras que recorre; respaldada por una cadena de montañas ennegrecidas, salpicadas de luces, como si hubiéranlas espolvoreado con mica; cercana al Pucará con sus violadas tumbas contemplando el espacio, con sus deshechas pircas profanadas y como custodiadas por los inmensos cardones, manos formidables que alzan su índice imponiendo silencio desde hace siglos . . .

Ningún lugar en la provincia como este de Tilcara para pasar el verano. No sólo para los niños, no sólo para los palúdicos, sino también para todos los enfermos del pecho, para todos los que tienen los pulmones cansados, fuelles gastados, agrietados, por el humo pegajoso de las ciudades. Sólo aquí se componen. El aire los reanima, el sol los alegra, las caminatas los obliga a recuperar su primitiva fortaleza.

Ya van llegando a Tilcara vecinos de Salta y de Tucumán, donde la fama de estas bellezas se extiende poco a poco. No vienen en mayor número, por la distancia y las incomodidades del viaje y las de aquí, pero, andando los días, cuando un buen hotel facilite

la permanencia de quienes no tienen casa o finca, Tilcara será lugar de reunión de muchos cientos de viajeros, y sus empedradas callejas, cortadas por el medio por las rumorosas acequias, se poblarán de «changuitos» con sus cachetes rosados, sus naricillas coloraditas, su organismo todo hecho unas pascuas, en pleno esplendor.

Y las muchachas paliduchas de las ciudades, y las señoras cansadas de luchar con los hijos, el paludismo y el reuma, y los viejos asmáticos y los agotados de nervios y hasta los que no sufriendo nada físicamente experimentan la ineludible necesidad de hundir su espíritu en un profundo pozo de paz, hallarán entre estos cerros que apuntalan montañas, en este rincón soberbio de la soberbia Quebrada, cuanto busquen...

Gritos, abrazos, besos, saludan a los viajeros que llegan con las manos llenas de líos, encargos de las mamás, hechos la semana pasada. La gente se arremolina en el pequeño andén de la Estación y se desparrama bajo los copudos sauces vecinos. Entregados los paquetes a los «changos» que se hallen a mano, después de las primeras preguntas y respuestas, como la hora avanza y el madrugón, para alcanzar el tren, agranda el apetito, pronto se

inicia la marcha hacia las casas o hacia el hotel. Los últimos en marchar son los novios. Porque también hay aquí muchachas que esperan los domingos ansiosamente, y al tren de ese día lo aguardan en la estación con anticipaciones de media y una hora, aun sabiendo que nunca, nunca, llegó con un solo minuto de adelanto, ¡al contrario!

Alguna familia veraneante quédase en el hotelucho frente a la Estación. La mayoría, en caravana pintoresca, salpicada con los colores alegres de las blusas femeninas y de las sombrillas, echan a andar a buen paso, y durante minutos, el largo puente que une al pueblo con la estación a través del río Grande, cruje con un crujir de tablas que se están aflojando en su juntura con los tirantes de acero. Después, los sauces, y más allá la calle nueva, y pasados los torniquetes, la ancha calle central que conduce al antiguo pueblo de Tilcara con sus casonas de adobes bien pintaditas de blanco o de rosa o de añil, y sus techos de barro donde el sol arranca, como en las montañas distantes, puntos de luz pequeños.

A la derecha mano se alza el cerro del Pucará; en frente, la montaña, ennegrecida; poco más allá el Huasamayo, lleno de maravillas, y hacia la izquierda, al fondo de las callejas en de-

clive, se abre y estira, enorme, la Quebrada. Y como una rayita en la inmensidad del paisaje, el tren que ha reanudado su marcha, camino de Huacalera...

Nos envuelve y acaricia un aire suave y fresco. El sol nos llena de gloria, el ambiente, de paz. Vamos andando fatigados y gozosos por sobre los cantos rodados afirmados en la calle.

Así, hasta el hotel, donde todo nos parecc poco, y hasta el puchero duro y mal cocido que nos sirve el pintoresco Arraya, ocúrrese-nos excelente mezclado a esa deliciosa salsa de hambre que tenemos...

3 — LA IGLESIA DE TILCARA.

«Esta iglesia fué fundada en 1797 por el doctor José Alejo de Alverro, primer párroco de este curato; terminada en 1865 por Juan A. Prado. Reconstruída en 1879 y 1894», — reza una chapa de mármol que está cercana al altar mayor de la iglesia de Tilcara, y fechada el 20 de noviembre de 1895.

La iglesia es sencilla e interesante, en su arquitectura exterior especialmente, aunque es lástima que un trozo de portalada, de construcción más reciente, resulte un feo parche de la-

drillos cocidos, aplicado a los adobes primitivos, cuyas viejas pinturas se desconchan lentamente, manchándolos de gris sobre el ya casi perdido celeste, que fué el color último con que quiso ataviárseles.

Frente a una Plaza (la pequeña, pues a la cuadra está la mayor), alza la iglesia sus dos torrecillas de cúspides blancas, como el pecho de dos palomas. De sus ventanucos penden las campanas, cuya voz se dilata y repercute entre los cerros cercanos. Por la puerta cuadrada de su centro, éntrase en el templo, abundante de viejas imágenes adornadas con descoloridos papeles de seda y terrosas flores de trapo, colocadas con más fe que buen gusto en toda clase de cacharros o recipientes de vidrio y lata, adquiridos con conservas en los almacenes de Santa Cruz o Lizárraga.

Visitamos la iglesia en horas en que ningún feligrés había en ella. Por los vidrios de colores de sus altas claraboyas colábase una luz extraña que no parecía provenir de aquel mismo sol jubiloso que dejamos en la puerta. Entramos a pasos lentos, sin premura, observando el tallado de los viejos santos, de aquel Cristo español que se retuerce en la cruz con un gesto doloroso, tan marcado, que lo tosco de la escultura desaparece ante los ojos del curioso,

y ante los ojos del alma del creyente ha de asumir proporciones de angustia!

Llegamos hasta las piecitas laterales del altar mayor. Hallamos, en una, el esqueleto, construido con cajones de azúcar, de un ataúd, seguramente el usalo en los funerales de mayor importancia; viejos candelabros de hojalata dorada; un farol; una caña; una antigua gualdrapa de lana; mucha tierra; mucha suciedad. En la otra, la guardarropía del cura párroco; una pequeña imagen de una virgen en composura; las vinajeras, tres cirios a medio consumir....

Al lado de la iglesia está la casa del párroco, cuidada por un gran perro de lanas, echado sobre sus manos en mitad del ancho zaguán. El patio de esta casa es de los mejores del pueblo. Ancho, empedrado, hermoso...

Al cura lo conoceremos en la mañana del otro día. Es hombre joven, rubio, nacido en el litoral. En el momento que lo encontremos preparará su caballo. Estará revisando la cincha. Nos dirá algunas palabras sonriendo; nos hará igual pregunta que todos los demas:

— ¿Qué le parece Tilcara?

Y, luego, nos explicará que, como hay función en Maimará, saldrá en seguida para allí a decir su misa. Sin perder tiempo, nos dará la mano, se pondrá sobre su sotana un poncho,

y montará a caballo, muy suelto de cuerpo, arrolladas sus sacerdotales faldas a la cintura.

Y su caballito tomará el trote pausado habitual, que ha de conducirlo por el caminito que va a la vera de los rieles, hasta la cercana Maimará.

4 — EL CEMENTERIO.

Por detrás de la iglesia, por una calle en cuesta, llena de pedrones sueltos que hacen difícil la marcha, torciendo luego cosa de doscientos metros hacia la izquierda, está el cementerio. Ancho es el camposanto, poblado de yuyos amarillentos, de cardos espinudos, de los cardones centinelas que se estiran hacia arriba desesperadamente. Las tumbas, diseminadas, abandonadas, definitivamente olvidadas, en su gran parte no tienen ni cruz. Muertos anónimos que nadie se interesa en recordar. En algunas, sobre el suelo, con las abundantes piedras que están en todas partes, han ido dibujando un como cajón. Otros son enormes panteones contruídos con adobes, grandes cargazonas de barro, contrahechos y tristes. Los hay antiguos. Sin duda, más de uno está allí desde la conquista, destruyéndose con gran lentitud.

Uno, moderno, no ha sido fabricado en el pueblo. Debió venir de la ciudad, (acaso de Tucumán). Presumido, con su lápida y todo, parece una visita incómoda que no acierta con la forma de saludar y marcharse. ¿Qué hace allí custodiado por aquel cardon enorme?

5 — EL PUCARÁ.

Vamos buscando el sendero, cuesta arriba, entre pedrones de todos tamaños, pencas y cardos, que nos conduzca al milenario Pucará. El sol nos da tan de arriba que caminamos pisándonos nuestra sombra, pero el airecillo de la Quebrada nos refresca y el soberbio paisaje nos alegra. Un brinco aquí, una ligera prueba de equilibrio allí, tal cual liviana torcedura de un pie, y seguimos nuestra ascensión...

Nos acompaña, como una elegía distante, el canto del agua. Voz que llora y nos guía hacia el senderillo cada vez más estrecho que conduce al Pucará, fortaleza y cementerio indígena que presencié hace cinco siglos el paso de los «cuatro césares», sirvió luego para luchar con aquellos hombres rubios y barbados de la Conquista, y contempla ahora — ya con sus tumbas profanadas y vacías, — indiferente y

callado, el paso diario del tren que se pierde culebreando al pie de las enormes montañas negras y los maravillosos cerros rosados, verdes, amarillos, azules, rojos...

Continuamos nuestra marcha. Extraviase la senda y damos con el reguero. Entre los cantos brillantes al sol, corre, salta y arrulla el agua cristalina. En cuclillas, hundimos las manos en ella. Está helada. Gozosos, una y otra, y otra vez más, nos vamos llevando sorbos a la boca... Y así tornamos a caminar, contentos, con las manos frías y mojadas, el sombrero a la nuca, los pies doloridos de tanto tropezar y andar sobre las piedras, y los ojos llenos de aquel paisaje sorprendente, grandioso...

Arriba, en la cima del pequeño cerro donde construyeron los desaparecidos indios el lugar de descanso para sus muertos, una cantidad fabulosa de piedras apenas señala ya la primitiva forma de las pircas que lo rodeaban y las divisiones cuadradas de las tumbas. Hace ya mucho, vinieron hasta aquí unos hombres armados de picas y palas, en busca de «antigüedades» y lo revolvieron todo. Lleváronse cuantos huesos hallaron, todos los cacharros, todas aquellas cosas que custodiaron varios siglos a los indios muertos. El «antigal» quedó vacío.

Apenas, entre las piedras, vense astillas de huesos calizos, abandonadas por inútiles, vigiladas aún por aquellos cardones espinudos que se van hacia el cielo azul como índices gigantescos que reclamaran silencio a los hombres irreverentes que llegan hasta su vera.

Nos sentamos en una piedra que no moverían cinco hombres forzudos. ¿Cómo subieron hasta aquí este pedrón?, nos preguntamos. Encendemos cigarrillos, y mientras los ojos se no van, rapidísimos, Quebrada arriba, sorprendidos, maravillados, nuestro compañero, recordando viejas lecturas, convérsanos sobre la vida de los antiguos « humahuacas » ¡y sus costumbres guerreras.

— Aquí — nos dice, fantasioso, — a este lugar no tan alto como difícil de ascender, traían sus muertos los antiguos pobladores de la Quebrada, y, cuando, en guerra con otras tribus, o con los castellanos, ensayaban sus perdidos métodos estratégicos, se parapetaban todos aquí, con sus animales, sus mujeres y sus « guaguas » y guerreaban de manera temible. Por cualquiera parte que los atacantes intentaran subir, podían los dueños del Pucará defenderse con sólo echar a rodar pedrones...

Damos con el pie a unas piedras. Al comenzar a descender mueven y empujan a otras y

así las vemos brincar formidables cuesta abajo, dando piques de varios metros, sonando con un ruido seco que encuentra eco en los cerros cercanos.

Resistían los indios semanas y meses el ataque enemigo, atalayados en su Pucará. Se alimentaban con los animales de sus rebaños y con su coca. ¿Y el agua? Se dice que aquellos hombres previsores habían construido un pozo en el centro de la cima del cerro, que llenaban con agua subida desde los arroyuelos serranos, a lomo de llama, en tinajones de barro...

Desde donde estamos, observan nuestros ojos leguas y leguas de Quebrada, nuestros ojos de hombres de llanura y de ciudad, no habituados a otear en la lejanía el paso del invasor, tan odiado como temido. ¡Qué no verían aquellos habitantes de los cerros, con sus pupilas afiladas y penetrantes!

*
* *

Descendemos. Volvemos a brincar como cabras, sobre las piedras multicolores, que rebrillan al sol. Volvemos a beber de aquel agua helada, cristalina, y al llegar a los arbolillos de duraznos, nos topamos con un « coya » des-

calzo, cubierto con su gran sombrero ovejuno.

— Buen día, ñor...

— Cómo está amigo? ¿Ud. vive en esa casa?....

El hombre nos contesta con un movimiento de cabeza, las manos escondidas bajo el poncho de color indefinido, la cara de bronce, peluda, los ojos castaños, pequeños, apagados.

Hablamos un momento con él, curiosos por saber de su vida en aquel lugar solitario, eternamente arrullado por el canto del agua. ¿Qué hace allí todo el año? Nada. No hace nada.

— No se puede semblar, ñor.... ¡Todo es piegra, mucha piegra!...

Resulta inútil limpiar de piedras el terreno. Un metro, dos, tres, de profundidad y siempre se hallan los cantos que rompen las palas, desriñonan al trabajador. Además, el río cercano, seco ahora, se hincha algunos años y no respeta nada. Una continua amenaza es el río:

— Estamos todos así, ñor — nos dice. Y sacando de debajo del poncho una mano negra, costruda, nos enseña el dedo índice en alto, con una gran uña corva.

— ¡Estamos así!...

Su cabeza ensombrerada muévase despaciosamente, de izquierda a derecha.

— Entonces — dice nuestra irreflexiva inquietud ciudadana, — ¿de qué viven aquí?

— Sólo podemos tener algunos alboles ...

— Alboles? Qué es eso? ...

— Durasnitos, iñor ...

Miramos los veinte durazneros pequeños y achaparrados. El sol los llena de oro. En la sombra tres cabras quietas parecen adormecerse con el canto continuo del agua. Un perro duerme hecho un cero, con el rabo en la boca.

— ¿Viene mucha gente a ver el Pucará?

— No, iñor Denantes sabían venir Buscaban güesos de dijuntos ...

Este hombre ha nacido aquí, morirá aquí, seguramente. Nadie más cercano al «antigal» . ¿Qué sabe este hombre de su historia? ¿Menos que nosotros, más que nosotros?

— Hace muchito iñor — nos dice, mientras chupa con ganas del cigarrillo que le dimos, — el «antigal» era una ciudá. La sabían llamar Tilquisa ...

— ¿Cómo?

— Tilquisa, iñor ...

— ¡Pero si Tilquisa, está más abajo, allá frente a Jujuy!

— Así será, iñor.... Dicen que denantes, toda la Quebrada era pareja, igualita, ¿cómo sería? Y después se quebró así como ahora estamos, iñor.... Ayí tenían cosas riquitas, iñor, cabritas, yamas, mucho oro y platita,

ñor... y agua. Eyos sabían sacar agua de un poso y la repartían por canalitos, para semblal... Así es!

Ofrecemos otro cigarrillo al «coya» y nos vamos.

— ¿Por aquí se sigue?

— Así es... Por ahí...

Y extiende una vez más su índice negro, rematado por su gran uña corva.

Damos cincuenta pasos y nos volvemos. El hombre está contemplando sus duraznos, dorados jubilosamente por el sol...

Frente a nosotros, entre árboles, está Tilcara, con sus tejados de torta, las paredes de sus casas encaladas, coloradas, azules, sus puertas y ventanucos verdes, y sus calles pendientes, empedradas hasta la mitad, con las acequias en el centro, y allá entre un verdor oscuro de sauces, de álamos, las dos cúpulas redondas y descascarilladas de las torres de la Iglesia...

A nuestra derecha mano, alza su mole pelada y negra la montaña, en cuya cima, las nubes blancas se deshilachan.

Las huertas que hallamos a nuestro paso, tienen sus árboles cargados de fruta. Por sobre las tapias de barro o las centenarias pircas, extienden sus ramas ofreciéndonos un melocotón, una manzana. Y así llegamos, de regreso

a la casa, con la boca llena de carne blanca y apretadita de durazno y en la mano una manzanita amarillenta, que es puro perfume...

6 — LA BIBLIOTECA.

Posee Tilcara su biblioteca. Es una piececita cuadrada, limpia, con las paredes blancas, una gran mesa, unas sillas y dos armarios con estantes. El que tiene puertas de vidrios, está colmado de libros; el que no tiene puertas, está vacío, esperándolos. Pocos son los libros de esta biblioteca, y sin seleccionar. En su mayor parte, novelas de poco precio donadas por un vecino, a las que fueron añadiéndose las dejadas por viajeros que no supieron qué hacer con sus libros, dos o tres de esas novelas que se adquieren al acaso en las librerías de las grandes estaciones, para matar las horas de los viajes largos.

Durante el verano, se nos dice, nadie lee en Tilcara. Los forasteros animan sus callejas, se organizan excursiones frecuentes, se hacen reuniones en el comedor del hotel, se baila tarde y noche en la Escuela. Pero, los vecinos que quedan aquí todo el año, especialmente en invierno, buscan un libro que los acompañe.

Los inviernos son largos, muy fríos, muy tristes. Nunca falta el sol, cierto es. El sol aparece siempre, a media mañana, y está hasta media tarde calentándolo todo, pero en cuanto se oculta, es necesario meterse en las casas, quedarse quietecitos, cerca de un brasero. Sopla un viento seco y helado que hace temblar hasta los huesos. Obscurece temprano, la noche se estira y está poblada de rumores. Ruidos que llegan de la montaña, que llegan del río . . ., acaso del Pucará, donde se han perdido los restos de una gran raza muerta, pero subsisten espíritus animados del mismo odio lejano hacia la raza invasora que conquistó sus refugios y exterminó a los suyos . . .

En esas noches largas que comienzan a las cinco, a veces a las cuatro de la tarde, un libro es un grato compañero a quien nadie desprecia. Y como allí nadie tiene libros que no hubiese leído ya, ni existe librería donde adquirir nuevos, se va a la Biblioteca Pública, bautizada con el nombre de un prócer — Mitre, — se abre la vidriera, se escoge uno o dos tomos, y se llevan a casa.

Nadie controla a los lectores los libros que llevan y que devuelven. Los volúmenes no disminuyen por eso, sino que aumentan. Al final del año siempre se encuentran en aquellos es-

tantes los mismos libros, más cuatro o cinco nuevos que nadie sabe quién donó.

¡Simpática Tilcara! Hasta en este detalle de su pobre biblioteca encuentra el viajero que se interese, motivos para elogiarla!

Lector, amigo: ¿tienes ahí a mano, un volumen que hayas leído ya? ¿Una novela, un libro de viajes, de cuentos, de versos? ¿Sí? Pues, empaquétalo, ponle una estampilla y envía al correo con la siguiente dirección:

«BIBLIOTECA PÚBLICA. — Tilcara. — Provincia de Jujuy».

Alguien que tú no conoces ni conocerás, te agradecerá sinceramente el envío. ¡Son tan buenos estos montañeses! Además, piensa que en esta Biblioteca de Tilcara, en esta pieccecita cuadrada, tan limpia, tan amable, que da a la calle de la Iglesia, hay un armario con sus anaqueles vacíos, esperando tus libros... (1).

(1) A principios de 1924 escribí esta página que apareció luego en una revista de gran difusión: «Mundo Argentino». El pedido que en ella formulé fue atendido por una cantidad de amables lectores. Han llegado a Tilcara, para su Biblioteca, libros enviados desde todos los puntos del país. Aquellos anaqueles que ví vacíos ya están llenos. Gracias.

7 — DURAZNOS, MANZANAS, BERROS...

Las huertas están colmadas de manzanos y durazneros en este mes de marzo. El paisaje serrano se engalana con los árboles cargados de fruta. Las verdes pomas jugosas, los amarillos melocotones, cárnudos. Pero vienen unos hombres de la ciudad, los mismos que han estado aquí hace unos meses, y bajan toda la fruta de los árboles, la encajonan, llenan con ella varios vagones de ferrocarril, y se marchan.

— ¿Adónde se llevan esta fruta?

— A Tucumán — nos contestan.

Y en ocho días no queda en las bellas huertas de Tilcara la inolvidable, ni una poma ni un melocotón.

Quédannos berros. ¿Dónde se han visto nunca berros como éstos que se encuentran aquí a la vera de los arroyos serranos! Tres, cuatro, cinco clases de berros se hallan, a cual de ellas más rica, más sabrosa. Los hay dulces, los hay amargos, los hay picantes. Cuando deseáis comerlos, tomáis un cuchillito, un pañuelo, y a buscarlos. ¡Qué grata tarea es esta de arrancar berros a la tierra húmeda! Regresáis con el pañuelo colmado. Preparáis una ensalada con ellos, y el mozo del hotel se

quedará mirando y sonriendo. Hay tantos berros en todas partes que nadie se acuerda de ellos. Igual acaece con la «achicoria», que es ya una plaga para la agricultura. Cuando regresaréis a la ciudad os acordaréis de los berros y pediréis de ellos al mozo que os sirve en el hotel. Os responderá:

— No hay berros, señor.

Se los encargaráis una, dos, diez veces. Al fin, por complaceros, por no oíros, mandará a un «chango» a buscarlos, no al mercado, sino a cualquiera de los rincones cercanos a los alrededores de Jujuy, donde también los hay, deliciosos ...

8 — LOS PRODUCTOS LOCALES.

Esta dificultad para conseguir que os sirvan berros y achicorias nada más que «porque abundan mucho», volverá a traeros a la memoria las dificultades con que se tropieza para adquirir otros productos locales. No hablemos ya de las chirimoyas, artículo de lujo que merece párrafo aparte, pero sí de los «choclos», grandes, tiernos, blanquísimos, dulces. ¿Por qué cuesta tanto conseguir que os sirvan choclos?

Después de la sopa, el camarero os pregunta:

— ¿Puchero a la española, señor?

— Sí, puchero, pero a la criolla — respondéis vosotros, — con zapallo y con choclos.

— Choclos, no hay, señor.

Y no hay choclos en la olla del hotel porque por veinte centavos os dan una bolsa de ellos en cualquiera finca.

A la noche de ese mismo día, observáis con alegría, que en una mesa cercana a la vuestra han colocado una fuente colmada de choclos humeantes, enormes. En cuanto se acerca el mozo, le ordenáis, regocijados:

— Mozo, quiero choclos...

Choclos? No hay, señor.

- ¡Cómo no! ¿Y esos?

- ¡Ah! Esos choclos son únicamente para el señor Zabala; se los mandan para él de su finca.

Y si el señor Zabala, simpático amigo de los choclos, no tuviera buen oído y no fuera tan gentil, y no os ofreciera aquella magnífica fuente para que os sirvierais, os quedaríais sin probar los más substanciosos choclos del mundo...

Y con los quesillos ¿qué sucede? El quesillo es una suerte de « mozzarella » italiana, leche amasada, que comida con dulce, con compota de frutas, con jalea, es exquisita. Todos los que tienen vacas en sus fincas fabrican que-

sillos, y existen lugares de la provincia donde los quesillos son famosos: los que llama don Quírico Alvarado «del cerro»; los que hace el señor Carrillo, en «Volcán»; otros, de León. Pues bien: comprar quesillos, es un problema dificultoso. Necesario es, a veces, valerse de un amigo para que os recomiende. Si sois amigos de don Quírico, tendréis que cruzar la ciudad, ir hasta su almacén y encargarle que por favor os consiga una media docena. El os dirá que sí o que no, según se le ocurra o según calcule que vengan o no del «cerro» los *coyas limpios* a quienes él les encarga la confección de los «quesillos especiales» y de los quesos de cabra, que tampoco son fáciles de conseguir....

— Señor — os dicen, — ya no dan leche las vacas y no se hacen quesillos.

Cuando las vacas daban leche, tampoco los hacían para vender.

— Señor — os dicen si pedís quesos de cabra, — ya se han llevao las cabras al monte... La seca... El pasto... El frío...

Cuando las cabras no estaban en el monte, y había pasto, y agua, y «hacía calor», tampoco se encontraban quesos sino por casualidad...

¿Sois golosos por las «tabletas» de leche o de miel, por la chancacaancosa, por los alfeñiques? Aquí se hacen excelentes, tan buenos

o más buenos que en Salta. Además, no hay mujer del pueblo o señora de su casa que no sepa cómo se fabrican todas esas sencillas y riquísimas golosinas. Pues, por eso mismo, no hay quien os venda ni una tableta, ni un alfeñique, ni una empanadilla, ni un « pan dulce ». Las casas que expenden dulces y pastas tienen de todo menos « cosas del lugar ». Os quieren vender unas masitas parecidas a las de las confiterías de las grandes ciudades, unos bombones y unos caramelos apolillados, envejecidos en los estantes, y carísimos, como que son traídos de Buenos Aires, y no pueden ofreceros ni un alfeñique de fabricación local, fresco, rico y barato.

— No hacemos, señor — os dice una vieja confitera, — porque no se venden. El que quiere alfeñiques se los hace.

— ¿Y chancaca ?

— No hay chancaca, señor ...

— ¿ Por qué ? ¿ Tampoco se vende ?

— Por qué será, señor ! ... ¡ Este año no se puede conseguir ni miel, ni arrope... Así es, señor...

Y os ofrece chokolatines envueltos en papeles de color, con banderitas italianas o francesas, que ella tiene escondidos para ofrecerlos como una novedad, al cliente « de cuello » que entra en su casa ...

9 — HUMAHUACA, LA VIEJA.

Una rápida visita a la vieja Humahuaca nos la hacía inolvidable a los ojos del recuerdo y a los recuerdos del corazón. ¡Humahuaca!, decíamos. Y el sol en sus callejas empedradas, sobre el enjalbegado de sus casuchas, sobre los cerros, rutilaba otra vez en las pupilas. ¡Cómo marcharnos de Jujuy sin tornar a Humahuaca por unos días, vivir en ella unas horas, silenciosos en su silencio, encalmados en su calma, envejecidos en su vejez! ¡Humahuaca!...

Estábamos en febrero y en Jujuy, vale decir en pleno estío y rodeados de rosas, de toda clase de rosas, pequeñas y enormes, desteñidas y rojas, diversas en color y en perfume todas ellas, pero todas magníficas. Bien de mañana, nos trepamos al tren dominguero lleno de gente amiga, charlatana y alegre que irá quedando en las estaciones del camino: — León, Tumbaya, Maimará, Tilcara, lugares de encanto, junto a las montañas policromas, donde veranean las familias de estos amigos. ¡Cuántas veces intentará nuestra pluma recordar esos viajes quebrada arriba, aquel continuo brincar de maravilla en maravilla, las horas íntegras asomados a la ventanilla del vagón, golosos de azul y plata, de verde y oro!

Después del mediodía llega el tren a Humahuaca. La Estación ferroviaria queda a unas cuadras de distancia de la antigua ciudad, que ya no es más que un pueblo. El sol, como lo esperábamos, cae lleno de júbilo sobre la tierra y resplandece en la ancha calle acolchada del polvo. Valija y gabán en mano, echamos a andar en busca del Hotel «de adentro», que preferimos al de los turcos frente a la Estación y a los talleres.

Los turcos — hablemos de los turcos en una corta digresión — son los actuales dueños de Humahuaca. Los turcos representan en el interior del país, una fuerza ponderable, desconocida en Buenos Aires. Dedicados a las faenas rurales, al comercio derivado de la agricultura, de la ganadería, de las minas, apenas se parecen al mercachifle de las grandes ciudades. Hémoslo dicho alguna otra vez, sin que esté de más el repetirlo; el turco se identifica con los tipos y el ambiente argentinos de manera tan fácil que asombra. Asombra hasta que pensamos en el contenido árabe de nuestra raza hispana... (Hijo de turco, como hijo de español o de italiano, ya está definitiva y absolutamente hecho argentino desde la primera generación.)

Los turcos son los actuales dueños de Hu-

mahuaca. Cada año adquieren nuevos negocios, casas y terrenos. Como Humahuaca no prosperó, sino que se atrasó con el paso del tren, fué quedándose deshabitada al disminuir su importancia de pueblo de tránsito, y sus viejos moradores o sus descendientes, herederos de los antiguos caserones de adobes, de las fincas cercadas de resquebrajadas tapias o inconmovibles pircas, fuéronlos malvendiendo a los turcos... Y ellos, siempre trabajadores, sobrios, convencidos más que nadie de la futura grandeza argentina resultante del trabajo y no de la «política», adquieren tierras y casas, sin desmayar ni perder ocasión...

Valija y gabán en mano, sudorosos, emprendemos la marcha por el colchón de tierra de aquella calle. De pronto, al volver hacia la izquierda, entramos a una calleja angosta y empedrada de cantos, ligeramente en cuesta. Detengámonos a resollar, junto a este perro lanudo y filósofo que duerme su siesta al sol. La calleja, subiendo levemente, va a terminar después de las dos torres de la iglesia, en un cerrillo sobre cuyo lomo se empinan, como para vernos llegar, una serie de cruces y una medio derruída torre... Luego veremos desde cualquiera esquina, ese cementerio en lo alto, vigilante que enseña los maderos de sus cruces

para no dejar olvidar, ni por un instante, lo engañoso de la vida y la impenetrable e ineludible realidad de la muerte.

Reanudemos la marcha. A la cuadra, nos encontramos con una chapita azulada, con unas letras blancas en relieve: « Calle Buenos Ayres » leemos. Repetimos, tres, cuatro, diez veces ese nombre. Hoy debe llegarnos a Jujuy, pensamos, una carta de Buenos Aires. Si no se extravía en el hotel, como otras, nos la entregarán al volver, mañana, pasado mañana, dentro de ocho días. Mientras tanto, no tendremos noticias de allá, y estos pensamientos, nos ponen ligeramente melancólicos y nostálgicos...

10 — EL PUEBLO.

Todas las angostas calles de Humahuaca están empedradas con cantos pulidos por torrentes a través de miles de años. La capital de la provincia enseñaba aún sus calles desniveladas y llenas de zanjás, cuando Humahuaca gozaba de las ventajas de estas piedras que destrozaban los pies. El dato — el dato del empedrado — da idea exacta de la importancia de Humahuaca en la época de la Colonia, cuando, enclavada en mitad de la ruta al Perú, era obli-

gado lugar de descanso y proveeduría, mercado de ganados y granos, y, al final — como lo fué cuando la Conquista — baluarte patriota en los días prolongados y azarosos de la revolución. Edmundo Temple, viajero inglés que la conoció en 1826, dícenos que Humahuaca estaba en ruinas. Lugar de cien combates de guerrilleros, raro hacíaase encontrar pared intacta, piedra en su lugar... «Humahuaca comienza a restablecerse — anotaba Temple — de los desastres de la guerra, habiendo sido por completo destruída durante la revolución con los realistas...»

El pueblo no se parece a ninguno de los nuestros y dijérase calcado de una de esas centenarias ciudadelas del Alto y Bajo Perú. La angostura de sus callejas, la pequeñez de sus cuadras, el damero de sus manzanas, la elemental arquitectura de cimiento de pedrones, paredes de adobe y techo de torta, prácticamente adaptada al clima cambiante y extremoso, danle un aspecto tan hermoso y extraño que nos será difícil olvidarla aunque corran los años.

En este mediodía que derrocha su sol, las callejas rutilan. Las techumbres de «torta» tienen una reverberación como si hubiéranlas espolvoreado con cristales molidos, y los de teja, con la nota de su rojo oscuro, salpican

de amapolas el curioso conjunto. Las paredes, encaladas sobre el barro viejo de sus anchos ladrillos crudos, reflejan el rayo solar con un blanco tan blanco que lastima los ojos. Sobre piedras y pedrones, el sol continúa su rutilar agobiador. Al alzar la vista hacia el cielo, un cielo cercano y azul, el sol de esta hora meridiana en que vamos andando parece disolverse, pulverizarse, llenar el espacio de una capa de polvo de luz que se cierne sobre nuestra cabeza como aguardando la ocasión de caernos en los hombros igual a una hopalanda de jorguinería...

Enceguecidos, llegamos al « hotel » de la calle Buenos Aires. Lavamos las manos y la cara en una pequeña aljofaina enlozada, y en el ancho comedor nos ponemos a una mesa. Va trayéndonos diversos platos, un muchacho. ¡Oh Quevedo! Estuviste con nosotros durante aquel almuerzo, para recordarnos tu cuasi perogrullesca verdad; la mejor salsa, ¡el hambre!... ¡Y qué bien comimos en aquella posada de Humahuaca!

II — LAS « CUADRILLAS ».

Algarabía callejera. Melopeya salvaje. Silbi-

do agudizado, interminable, de flautas. Golpes de parche, y de pronto, en la algazara, ¡pum...!, ¡escopetazos! ¡Carnaval!

Desde ayer estas «cuadrillas» de coyas recorren las calles en danza enfurecida, dando sus cantos y sus gritos, al son de sus tambores, sus «herquenchos», sus «quenas», sus «hercas», oliendo a pólvora y a sudor, todos enharinados y serios.

¡Bailan el *carnaval*! Mañana y tarde, incansables, giran y giran tomados de la mano en la ronda endemoniada del carnaval. Sobre las piedras desparejas que destrozan nuestros calzados pies ciudadanos, ellos, descalzos o en ojotas, brincan horas enteras. Bajo el sol que agobia, que nos pesa en los párpados, ellos saltan y corren vestidos de «barracán» o emponchados, cubiertos hombres y mujeres, con sus pesados sombrerones de lana machacada. ¡Y a la altura que está Humahuaca, que apenas nos deja oxígeno para andar a pasos lentos!

¡Simples y raros coyas! ¡Carnaval! ¡Orgía extrañísima que comienza con el alba y termina en la medianoche, rotos los cuerpos de fatiga, llenos de chicha y de cerveza!... Pero ¿existe algún teutón que se precie de beber más cerveza que un coya?...

Tres, cuatro, cinco cuadrillas recorren el pue-

blo. Treinta o cuarenta entre hombres y mujeres forman cada una, sin contar los «changos» jadeantes, prendidos de las faldas maternas; sin contar las «guagas» que llevan las madres en brazos o colgados a la espalda, zangoloteados incesantemente; sin contar los que están por nacer, porque algunas mujeres parecen disfrazadas, máscaras rellenas de estopa... sin estar enmascaradas ni usar disfraz. El único disfrazado es el diablo que capitanea la cuadrilla...

¿Qué cantan estas mujeres con toda su voz ya enronquecida? Coplas tristonas, llorosas, pidiendo alegría. Que se alegre el compadre, que se alegre la comadre, que se alegren todos.. ¡Ha llegado el Carnaval!

« Bailando y cantando,
« chichita me voy ganando... »

son dos versos de una copla que nos explica el fondero, y, de improviso, otro escopetazo; y aúlla un hombrachón su ¡Viva el señor Carnaval!, subrayando la segunda descarga de una vieja escopeta que se carga por el caño, y atruena...

La ronda continúa, inacabable, tomando toda la calle, con un revuelo de faldas sucias, al aire las pantorrillas de cobre, saltarines los pechos a compás de las cuentas de vidrio de los colla-

res, de las trenzas retintas, de las alas de los sombrerones abanicantes . . . Mientras, el diablo verde, o el diablo rojo, abundante de cuernos y de cola, que capitanea cada cuadrilla, se enloquece por ser el que da más vueltas y pega más gritos . . .

¡Carnaval! Sigamos tras esta cuadrilla de poseídos, remolino multicolor en cuyo centro caminan y tocan con grande melsa los músicos. Despiadado, el sol los castiga. El silbido monocorde de la flauta, a las veces, parece apagarse por asfixia del tocador, y nos angustia. El golpeteo obsesionante del tamboril se nos queda en los oídos tan adherido que suponemos permanecerá allí mientras vivamos . . .

Frente a una casa decrece el vocerío, cesa la música y se detiene la cuadrilla. Ronceros, van entrando todos al ancho patio de tierra con sus vereditas de cantos, y el húmedo corredor que sostienen columnas cuadradas. En el centro del canchón, vuelven los de la cuadrilla a tomarse de las manos, formando ronda, y en el medio, los músicos. Una mujer chilla la primera palabra de una copla, y comienzan todos a gritar. De lo que cantan sólo se entiende el «¡carnaval, carnaval! y se adivina una tristeza de siglos que puja por marcharse aquel día de las almas para dejar que los cuepos se diviertan, pero

sin lograrlo. ¡Está muy en lo hondo esta tristeza de la raza vencida!

Los dueños de casa reparten chicha en grandes ollas de barro. Los sudorosos danzarines hunden sus morros en las tazas con deleite animal, tragan a grandes sorbos el colorado brebaje y se quedan con los labios y la barba chorreando «grasa», los ojos iluminados por un interno resplandor, de contento o de rabia...

Repartida la chicha, torna la danza, con más fuerza, con mayor vocerío, con más golpes de caja... Y así, hasta medianoche, desde el amanecer...

12 -- EN LA NOCHE.

¡Silencio nocturno de Humahuaca la vieja! Volvimos a la fonda, después de ascender al cementerio vigilante. Entre las cruces y los vuyos, junto a la medio derruída torre guerrera, contemplamos llegar la noche, solos, silenciosos. Al descender, el bochorno del día íbalo reemplazando un airecillo delicioso por lo fresco y lo aromado. Hemos comido con excelente apetito de las viandas que nos ha ido poniendo por delante el muchacho de gorra a cuadros, y, a los postres, hemos pedido una taza de té.

Tomar una taza de te en Humahuaca, después de haber contemplado beber tanta chicha y tanta cerveza, se nos ocurre una cosa extraña y hasta peligrosa. ¡Qué irá a traernos el muchacho que nos sirve! Recordamos que a un viajero inglés, hace exactamente cien años, ocurriósele beber una taza de te en una de las postas de este mismo Jujuy. Entregó a la *patrona* una porción de hojillas para hervir en una olla de barro «ya que no había nada más apropiado» y esperó, esperó como nosotros esperamos ahora... hasta que la *patrona* escurrió cuidadosamente el agua y le sirvió las hojas en un plato cuando creyó que estaban suficientemente hervidas... Pero nosotros somos mucho más afortunados. Bebemos una taza de te, hervido no sabemos dónde, con un sabor exquisito a café...

Encendemos un cigarrillo envuelto en chala y salimos. Un frío seco nos sorprende en el patio. Recurrimos al gabán y al ponchito que hace de bufanda, ¡y aun nos parece poco, con todo el calor que soportamos durante el día!

Las callejas, bajo el aluminio de la luna, se estiran como hilos. Unos farolillos en las bocacalles derraman su luz municipal, amarillenta y aceitosa, en círculos como piezas de cobre arrojadas al salir de la Iglesia

por un padrino de óleos pobretón. Sujetos a las paredes por dos barrotes de hierro, los faroles de hojalata giran sus tres vidrios a merced del viento serrano, y al girar, chirrían, quejumbrosos, lastimeros... A lo lejos, el escape de vapor de una máquina ferrocarrilera nos chista con insistencia, mientras repiqueteamos con los tacos sobre las puntas de las piedras en nuestro inexplicable vagabundeo.

Al pasar, en el patio de una casona, obscuro, oímos agonizar el tamboril y la flauta de una «cuadrilla.» La copla, que alguien intenta cantar, se ahoga antes de salir a la calle... Más allá, de una puerta a medio cerrar, se escurre sobre las piedras un reguerito de luz. Ronca un fonógrafo asmático y óyese el arrastre de muchos pies sobre la tierra.

13 — LA PLAZUELA Y LA IGLESIA.

Hemos llegado a la plazuela alambrada, frente a la Iglesia. Mañana, temprano, entraremos a esta vieja iglesia para contemplar unos cuadros famosos. Famosos por lo grandes y por lo malos. Cortinas blancas, abundantes de puntillas caseras, darán su nota cándida al templo pobre, y sólo atraerán nuestra atención de cu-

riosos unos apolillados confesionarios pintarrajeados de oro y de bermellón . . . Subiremos, treparemos heroicos, al campanario para ver de cerca unas antiquísimas campanas festoneadas con unas letras que recuerdan a sus donantes y a la época de su fundición; 1600, 1700, Año de N. S. . . . Y al descender de aquella torre abandonada, realizando proezas de acróbatas, pensaremos mal de todo el mundo, porque no háy cosá en peor estado que lá escalera del campanario de Humahuáca . . .

El frío aumenta. Es un frío invernizo, que enrojece la nariz y cristaliza las orejas. Juguetea por las callejas y zumba en las esquinas, hurgón, un vientecillo de agosto. La soledad y el silencio agrávan la noche bajo el mezquino resplandor de la luna en cuarto. Las estrellas, desparramadas en el negro dosel, guiñan incansables sabe Dios qué misteriosas señales a los gatos y a los enamorados. Y el viento, amuchachado, pasa y remolinea al compás del chirrido entristecedor de los faroles. Desde la torre chata de la casa Municipal, una bandera que no es más que un trapo negro sobre el fondo del infinito, sacúdense con fuerza, como una sábana recién lavada extendida a secar. En la puerta ojival de la casa, el primer policía que topamos, ronca espatarrado sobre un

banco, el casco en los ojos, el sable cruzado en las faldas, la boca abierta... El silencio se estira, y cuando, sobre la plazuela oímos cruzar en tardo vuelo el crespón de dos alas, parecemos dilatarse en la noche una tristeza secular que arroja maternal este viejo pueblo de los humahuacas.

Al mirar hacia arriba para buscar al pajarraco, distinguimos, después de las dos torres de la iglesia, en la cima del cerro, las cruces que se asoman. La luna, las aureola, una a una, con la miseria de su luz...

Regresamos al « hotel. » Nuestros pasos repican en los cantos, melancólicamente. Arrecia el frío invernal. El viento juega con los triangulares faroles hasta hacerlos sonar desapacibles, y, desde lejos, nos chista el vapor de una máquina, como si le molestara nuestro caminar....

14 - SÓLO PASA EL VIENTO.

A la luz de una candela nos acostamos. Un enorme coleóptero da dos o tres vueltas alrededor de la inquieta llama, como un coya de cuadrilla, y luego cae sobre el velador con un ruidillo de papel recio que se dobla. Aun vol-

vemos a oír que nos chistan, desde muy lejos, para que nos soseguemos, para que no hagamos bulla. Dieron ya las doce... Humahuaca la vieja duerme su sueño centenario en una calma profunda, custodiada por las cruces de su Camposanto, en lo alto. Por sus callejas solitarias, bajo el aluminio de la luna, sólo pasa el viento, un viento puneño, helado, de agosto en pleno estío, un viento que molesta e inquieta a los faroles, que chillan desapacibles, un viento que, a veces, curioso, procura entrometerse, y entonces silba al colarse por las rendijas y agujeros de las puertas, o pone su hombro en los aleros de los techos, queriendo levantarlos un poquito para ver cómo duermen los humahuaqueños de ahora... En eso pensamos cuando nos sorprende el sueño, tranquilos, llenos de paz, sin inquietud, seguramente como los abuelos que hace cien años, en este mismo sitio, sobre los tientos de sus catres, después de rezar el rosario y persignarse, dábanse, bienaventurados, al reposo...

15 — LOS ARTISTAS Y LA QUEBRADA.

Quienes concurren a las exposiciones de doña Leonie Matthis y de don Francisco Villar

efectuadas estos últimos años en los salones de la tradicional casa Witcomb de Buenos Aires, quedaron sorprendidos frente a figuras y paisajes de manera tal que sus juicios no fueron nunca acordes. Trataban aquellas telas de asuntos nortehos y sólo una minoría del público capitalino y una más ínfima minoría de «entendidos» comprendieron el valor real que se desglosaba, digámoslo así, del valor artístico de aquellos trabajos. ¿De dónde nacía esa disparidad de apreciación no siempre favorable a los meritorios esposos? La respuesta, lógicamente, llevaríanos a largas y acaso espesas, disquisiciones poco relacionadas con el arte pictórico. Ya intentamos nosotros mismos responderla, en ocasión oportuna, señalando a la consideración de los porteños el valor enorme del norte argentino, desconocido, tanto en arte puro, como lo es, mal que nos pese, en cualquiera otra de sus manifestaciones, pues va sin decirlo, que se ignora a Jujuy en forma, con frecuencia, ridícula.

Los «tipos» salteños y jujeños que Francisco Villar traslada a sus telas no han sido comprendidos aún en Buenos Aires, no embargante el éxito financiero de sus Exposiciones. Argúyese, en contra de su sincera labor, una rudeza en la línea y una brusquedad en el color,

tanto de la figura como del fondo que la completa, que se atribuye a deficiencias del pincel en virtud de que se desconoce el « tipo » interpretado.

No hay tal rudeza en el dibujo ni tal brusquedad en el colorido.

Solo hay verdad. Las figuras que otros artistas llevaron a la admiración de los públicos de Buenos Aires, intentando hacerlas pasar por representaciones de hombres y cosas de nuestro Norte admirable no fueron más que mentiras, bellas o no, pero al fin caprichosas, hechas para salas particulares en que se teme el desentono, con los muebles, con el cortinaje, cuando no, con los vestidos de las damas...

Igual cosa, o muy parecida, hácese necesario decir referente a los paisajes de doña Leonie Matthis, y lo decimos convencidos después de ver a ambos frente a sus telas, en estos lugares maravillosos de la quebrada de Humahuaca, y conforme los vimos, hace años, en tierras de Salta, no menos maravillosos y artísticamente vírgenes, luchando tesoneramente con la luz, cuyos matices infinitos apenas encuentran colores en la paleta.

Las figuras son de suyo duras, y desde la ojota terrosa que se confunde con el pie chato, cuadrado y negro, al barracán de los calzones,

el color bravo, provocativo, de los ponchos, hasta el sombrero alón que ensombrece los semblantes de cobre sucio, todo tiene una fuerza que, por desusada, preséntase como inexacta. Tales figuras, además, llevan por fondo el rugoso pedrón serrano, la casa de adobes o la montañesa falda, en baño permanente de luces desconocidas para aquellos que, desde cualquier taller de la avenida de Mayo, trazan la figura convencional de que antes se habló. Porque, en esto de pintar el tipo y el paisaje, acaece igual que con la descripción literaria de ese paisaje o ese tipo. ¡Cómo acertará a describirlo quien sólo conócelo a través de lecturas, conversaciones, tarjetas postales o instantáneas de aficionados! ¡Así sale ello, válganos Dios! Por eso el vocabulario empleado por un hombre de la Quebrada es semejante al de un peón de campo bonaerense y la psicología que tal vocabulario refleja es tan parecida, que no hay por dónde distinguirla, y mucho menos averiguar cuál de ellos tiene a su favor un ápice de verdad. ¡Explícate que anden por ahí quienes crean todavía que el « gaucha » es un hombre siempre bien « empilchado » que canta vidalitas a la sombra de un ombú, así se coloque el ombú en la Pampa de que habló el poeta tan malo como famoso, o en el valle de Tilqui-

za!... ¡Y los « gauchos » de los cueros que pialan y doman potros, vestidos de carnaval!

Son, pues, los primeros dibujantes y pintores que se han aventurado hasta estas regiones, suaves e indecisos intérpretes, frente a intactos tesoros, de retina desacostumbrada y pincel inhabituado a combinar en la paleta los necesarios colores. Desde luego, hanse hecho acreedores a especiales consideraciones cuando ahincadamente procuraron hacer arte sin dejar de lado la verdad, cuando no dieron al paisaje o al tipo caprichosas interpretaciones o los confundieron lamentablemente colocándolos fuera de su marco, o disfrazándolos para que fueran más gratos a los « críticos de arte » que ignoran, como cualquiera, el original, y sólo van a escudriñar el detalle con afanes de ropavejeros que viven de los retazos que arrojan al arroyo sastres y costureras.

Pero después de esos primeros tanteos casi todos de buena fe, la llegada tres veces repetida, de los esposos Villar a estos lugares, y sus esfuerzos por arrancar a la naturaleza las maravillas de su color y de su forma, cambia por completo el valor real de las telas que pudieron anteriormente aceptarse por excelentes. Ya no hay por qué recibir como exactas interpretaciones artísticas, aquellas que sólo.

fueron aproximadas — si no arbitrarias — maneras de ver de quienes, sobrados de imaginación o escasos de tiempo, quisieron fotografiar y retocaron luego con aguda punta de lápiz escenas que en Buenos Aires parecerán « muy bonitas », pero que no pasarán nunca más allá de lo « bonito ».

Están actualmente los esposos Villar trabajando de firme en distintos lugares de la histórica quebrada humahuaqueña. Llevan ya tres meses bregando con sus colores y con la luz cambiante siempre y eternamente magnífica, con que se bañan los cerros circundantes. La señora Matthis confiesa que sólo este año advierte en sus ojos y en su mano la simpática correspondencia capaz de ser intérprete fiel de la luz de la Quebrada. Todo en sus telas es cuestión de luz. El dibujo, claro está, es igual o parecido al de muchos otros paisajes, en parte, más sencillo que el de otras telas demostrativas de su escuela, pero el color, la luz, son diversos, distintos, difíciles de aprisionar. Y estos cerros ¡cuánto perderían si se les restara la diafanidad absoluta de su cielo!

El público de Buenos Aires curioso por las cosas artísticas tendrá este año (1924) ocasión de admirar paisajes argentinos insospechados. Los « críticos », por su parte, deberán abstener-

se de opinar hasta tanto no conozcan esta parte del país...

16 — EL VOLCÁN.

Algunas veces, durante el verano, en la época de las lluvias «baja el Volcán», y la línea ferroviaria queda cortada en algunos centenares de metros, interrumpidas las comunicaciones todo el tiempo que demore la administración en tirar una nueva línea de rieles sobre la gruesa capa de barro y piedras que ha tapado la anterior.

En cuanto el tren ha recorrido toda la parte «inferior» de la Quebrada, se entra al Volcán, que, según el profesor Franz Kühn, «representa la barrera natural, topográfica y climática» de la sección inferior, la primera de las tres secciones en que el citado profesor divide el valle de Humahuaca. El nombre de *Volcán*, «de acuerdo con el concepto vulgar de esta palabra en la región, no tiene nada que ver con los fenómenos volcánicos propiamente dichos; significa la ávenida de una mezcla de piedras y barro, especie de avalancha de crecienta que se desliza en los conos de deyección, cuyo volumen se aumenta paulatinamente por la incrustación de tales capas vis-

cosas que se superponen una a la otra.» Una enorme corriente de lodo y cantos de todo tamaño resbala hacia el río, «parecida a una corriente de lava»; de ahí su nombre... El gran cono de deyección, tiene, en realidad, proporciones extraordinarias, pues su borde frontal es de una extensión aproximada de doce kilómetros, abovedándose su masa en la parte más elevada quinientos metros sobre el nivel del valle principal... «El Volcán, en su actividad secular, ha llenado todo el ancho del valle, obstruyéndolo totalmente. El ancho cauce del río Grande está reducido allí a un cañón angosto, y por esta angostura, entre la falda abrupta de un lado y la barranca de veinte o treinta metros de altura por la que termina el Volcán al otro, el río, transformado de pronto en torrente formidable, se precipita bramando...» (Ver: «Algunos rasgos morfológicos de la región omaguaca», por Franz Kühn, en «Anales de la F. de C. de la Educación», Paraná. Tomo I.).

17. — EN LA ALDEA: EL CABALLEJO DEL SEÑOR CURA.

Tiene un rocín el señor cura. A veces, venían a buscarlo para que socorriese a un enfermo en trance de entregar su alma a Dios.

Había que hacer una caminata muy larga, por veredas angostas, por lechos pedregosos de riachos, por faldas de cerros. Los sufridos coyas andaban horas y días sin cansancio, con sus pasos de mulas, con su *acuyico* interminable que no deja lugar al hambre y a la sed. ¡Pero el señor cura! Una ocasión, recién llegado al lugar, se fué a pie con el coya que vino a buscarlo, con su valijita en la mano, llevando el viático. El coya le decía, cada vez que le preguntaba por el lugar de su rancho:

— Ahisito, ñor. . .

«Ahisito» fueron dos leguas, dos leguas largas. Desde aquella oportunidad inolvidable, el cura sabe que es necesario un caballejo serrano para llevar al «Señor» por aquellos lugares sin que su portador se destroce los pies y llegue con aliento suficiente para decir sus misteriosos latines.

El señor cura compró un rocín, a bajo precio. Es un caballito overo sucio, bajito, peludo, de paso tardo. Como lo ensilla bien pocas veces, él creyó siempre que engordaría, pero está visto que el animalito ya no se encuentra en edad de engordar ni de cambiar de pelambre, por más alfalfa y maíz que se le dé, y aunque no se lo merme la angurria del sacristán, siempre está igualito el rocín del señor cura. . .

Dos veces al mes, sin embargo, el overo sucio, petizo y peludo, se porta como un héroe, se porta como un caballito criollo, sufrido, incansable... Carga con los ochenta kilos sacerdotales, y sin apuro, un pasito ahora y otro después, se los lleva desde la puerta de su casa, frente a la plaza, hasta el vecino pueblo cuyos feligreses pertenecen a su parroquia. Y de igual manera se los trae de vuelta, después del almuerzo. En total, no son más que unas diez leguas, por caminitos que suben, que bajan, que tuercen...

El caballejo del señor cura, acaso por la edad, acaso por contagio -- ¡vaya uno a saber estas cosas tan raras!, -- ha tomado la costumbre de caminar con toda pausa, de comer con toda lentitud, de mover su cabezota crinuda con toda parsimonia...

Sólo el sacristán, entre los seres vivientes, lo inquieta. En cuanto lo ve, comienza a hacer guiños con todo el cuerpo como si oxeara bichos invisibles. Una mañana, al verlo demasiado cerca, le enseñó todos sus dientes... El sacristán, que es un rubio azafranado, pecoso y de pocos escrúpulos, dió un gracioso brinco lateral. Y ahora, cuando roba unos puñados de maíz a la ración diaria del overo, piensa en

la mirada ineludible del «que todo lo ve» y en el séptimo mandamiento...

*.
* *

El señor cura tiene un rocín, overo sucio, petizón y crinudo. Lo compró por diez pesos a un coya que no pensaba venderlo.

— Diga... Véndame el caballo. Necesito tener un caballito así como ése, manso, de poca alzada, acostumbrado a andar por los cerros...

El coya miraba respetuosamente al señor cura, y luego, cariñosamente, al overo.

— Véndamelo, pues...

El coya pensaba decir que no, puesto que lo necesitaba para ir y venir de su rancho al pueblo.

— Véndamelo...

Al rato, el coya suspiró entre los cuatro alambres grises de su barba.

— Cómo será, ¡ñor!...

— Cuánto quiere por el caballito? — insistió el cura.

— ¡Cuánto será, ñor!...,

— Diga usted.

— Qué le'i de decir!

— Usted debe decir...

— ¿...?

— Bueno, mire... le voy a dar diez pesos y

no le cobro esa misa que me encarga para el ánima de su difunta...

— Así ha'i ser, iñor!...

El cura es una cosa demasiado respetable, y el cura se quedó con el petizo overo por diez pesos... y una misa.

— Usté lo tiene flaco que es una lástima...

— Así será, iñor...

— Y yo lo voy a hacer cuidar y verá qué lindo se pone en cuanto coma toditos los días...

El coya sonrió. El coya sabía de sobra que aquel caballito overo, petizón, sucio, crinado, lerdo, un poquito mañero tenía la maña de no engordar.

Y así es: por más alfalfa y maíz que se le dé, y aunque no le merme su ración la angurria del sacristán, siempre está igualito el rocín del señor cura...

18. — EN LA ALDEA: FIESTAS PATRIAS.

Fines de mayo. Están ya peladitos todos los árboles, y el color verde se trueca gris en los valles. Heladas tras heladas blanquearon las huertas, y en los cerros multicolores la nieve ha comenzado a espolvorear su harina... Un vientecillo frío viene Quebrada arriba, ju-

guetón como nunca, colándose sin permiso por todas partes, y, desde media mañana a media tarde, el sol cábrillea los berruecos muy bellamente . . . La noche, con premura, se echa sobre las cumbres y envuelve en negro a la aldea. Mientras no dé la luna su luz, todo: valle, cerros, casas, callejas, árboles, piedras, hombres, formarán un solo borrón de tinta que se empeña en secar el viento frío que viene Quebrada arriba, juguetón como nunca . . .

*
* *

Mayo, el otoño ! La aldea está triste como una muchacha provinciana que tiene el novio lejano, estudiando en la ciudad. ¡ Todo son nostalgias ! Durante el verano estas callejas llenáronse de ruidos, de pasos y risas femeninas. Los primeros fríos dispersaron a los forasteros, y sólo quedan, metiditos en sus casas de adobe, bajo los techos de torta, los poquitos habitantes del lugar, amigos del brasero y de la cama temprano, a veces en cuanto obscurece . . .

Por espacio de horas no cruza nadie las callejas aldeanas; ni un mal « choco » siquiera. A mediodía, grupos de rapazuelos — los changos color de tierra — se van a la escuela.

Tres horas después, regresan, con el mismo paso tardo de siempre, un libro y un cuaderno bajo el brazo. Al rato, la maestra, arrebuja en su chal, cruza la cercada plaza. Su paso menudo y gracioso, alegre fugazmente los ojos; parece el garabato trazado por un chiquillo sobre la pizarra llena de la aridez de los números: $2 \times 2 = 4$. $2 \times 3 = 6$. $2 \times 4 = 8$, y de pronto, inesperada, como una carcajada en un entierro, la cara chata de un monigote imposible; hombre, mono, perro...

Apresuradamente, el sol se esconde tras un pico blanco y lo llena de tinta violeta mientras la noche rellena las callejas desombras. La aldea está triste como una muchacha de provincia que tiene el novio lejano, estudiando en la ciudad...

*
* *

— Mañana ha dicho el cura a unos cuantos vecinos — oficiaré a las nueve... Daremos las gracias al Señor...

Los vecinos demoraron unos instantes en averiguar el motivo de aquella misa a mitad de la semana.

— Mañana es veinticinco... — ha dicho el cura sonriendo.

— ¡Veinticinco ! — ha repetido admirada una vieja.

— ¡Cabalmente ! — afirma el cura. Y como si aquello tuviera mucha gracia, la risa se le espatarra en la ancha cara brillante y le tamborilea en el vientre largo rato.

*
* *

Dos banderas argentinas se alzaron sobre las casas la mañana del veinticinco. Una en la Escuela; la otra en el almacén de don Francisco... Como la atmósfera es tan diáfana y el sol lo encanta todo, aquellas dos banderas viejas parecen nuevas y su lanilla gastada es pura seda brillante... Cuando el vienteillo las mece, sus franjas se acarician, unas a otras, mimosas. De pronto, una ráfaga sacúdelas con fuerza, y se saludan a la distancia, las dos banderas joyantes bajo el sol...

*
* *

De nueve a diez celébrase la misa; de once a doce, la fiesta escolar. De la Iglesia salen los vecinos caminito de la Escuela, calleja arriba. La maes-

tra los recibe en el zaguán de la casa y los ubica por categorías en los infantiles bancos. Los alumnos forman en filas bajo los cuadros de San Martín y Belgrano. Llegado el momento, gritan los chicos el Himno Nacional, unos fuertemente como si les pincharan en la nuca, remolones otros como si quisieran dormir.... Luego, una niña, la hija de don Clemente, el juez de paz, dice unos versos, ingenuos, largos, fatigosos, que sólo a medias se entienden. Y al final, la maestra lee unas páginas escritas por ella, narrando lo acaecido el 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires. Tranquilamente comienza: «Amaneció, por fin el veinticinco. El cielo estaba opaco y lluvioso como en el día anterior...»

Don Clemente cree recordar esas mismas palabras... ¿Dónde? ¿Dónde? — piensa.

Al filo de las doce, la patriótica ceremonia toca a su fin. Cada vecino felicita a la señorita maestra estrechándole la mano, y sale. Por espacio de unos minutos la calleja pina se llena de murmullos y de colores. En seguida vuelve a quedar desierta. Al rato, la maestra, envuelta en su chal, cruza la cercada plaza...



A las oraciones, el almacenero don Francis-

co quema una gruesa de cohetes en honor de la Patria. A su tronido acuden chicos y grandes, jubilosos...

Las dos banderas argentinas, sobre las casuchas aldeanas, envejecen de pronto, y se quedan mustias, sobre sus astas, 'arrecidas...

La noche llega cuando en los picos lejanos el sol derrama su tinta violácea. Las callejas solitas se rellenan de sombras.

Los niños esta noche soñarán muchas cosas bellas, inolvidables; la Patria, una mujerona alta, gruesa, rubia, vestida de blanco y de azul — como la bandera de la escuela, como el manto de la Virgencita que está en el altar mayor de la Iglesia, — los alza en sus brazos, los aúpa uno a uno, y les da un beso en la frente. Y ellos, confusos, juran amarla hasta morir...



IV
TIERRA PRIVILEGIADA



I. TIERRA PRIVILEGIADA.

Tierra privilegiada por la naturaleza es esta del Norte argentino. Jujuy — « la deliciosa nación » de que tratamos — no puede desprenderse, en ese sentido, para ser considerada aparte de sus hermanas Tucumán y Salta. Las pequeñas diferencias que pudiera advertir el ojo del forastero fueron recalcadas de manera notable por espíritus mezquinos que confundieron recelos lugareños con el amor a la « patria chica ». Es proverbial que determinados personajes sin mayor importancia infundieron en las clases menos cultas de las tres provincias una rivalidad que no atinaríamos a calificar sin el uso de algún vocablo sonoro. Causa un profundo desagrado el ver cómo deter-

minados jujeños aspiran a mofarse de los salteños y cómo éstos menosprecian a los de Jujuy. Desde luego, estamos convencidos que este pequeño problema es puramente cultural y que ha de terminar con él la escuela. Al señalarlo en estas notas, lo hacemos con el ánimo de que en algo contribuiremos para que desaparezca esta modalidad sin razón de ser valedera. Ya hemos anotado que, en su origen, estas tres provincias argentinas fueron un solo «reyno», aquella «Tucumana tierra bastecida de cosas de comer» de que habla Barco Centenera... Las fronteras puramente políticas que ahora las separa no se encuentran más que en el mapa. Nadie sería capaz de señalarlas sin su ayuda...

Cuantos han escrito sus impresiones personales, o anotado datos de interés económico sobre Salta y Jujuy no han podido separar a ninguna de ellas aunque les guiara el interés de una sola. Todos se han visto en la necesidad, al querer abarcar en conjunto la hermosura o la riqueza de ellas, de referirse «al norte,» a la «zona norte del país» que comienza de una manera a simple vista observable, en Tucumán.

La rica y extensa zona norte, en «la distribución regional de la riqueza pública, se hizo notar con marcado relieve, desde tiempos an-

teriores a la conquista, en que la agricultura espontánea, la ganadería originaria y propia, y las minas explotadas en parte, daban relativo bienestar a las tribus y pueblos primitivos en formación, hasta la actualidad, en que resalta el carácter ya casi definitivo en sus fuentes productoras del porvenir, que al continuar el período de desarrollo impuesto por las fuerzas naturales y el progreso general, dan margen suficiente para concebir el grado de prosperidad a que han de llegar a través de algunos años». (E. J. Schlech, Apuntes sobre «Salta y sus riquezas».)

Si en estas notas de simples viajeros quisiéramos incluir datos estadísticos — los encontrará el lector curioso con relativa facilidad, — veríamos cómo se unen, se enmaridan de manera inevitable e indiscutible estas provincias. Veríamos también, si premeditáramos ensayos de psicología, cómo se asemejan sus habitantes. Pero bástenos con la comprobación de que en belleza son tan iguales que, puesto el observador en marcha, Tucumán arriba, hacia el norte, van sus ojos, y su espíritu, brincando de maravilla en maravilla hasta quedar deslumbrado, con una especie de titilación luminosa, con una zarabanda de colores inhallables en las paletas de pintor, con una ronda interminable de na-

turales grandezas que allá se quedan, cerebro y corazón adentro, ya para siempre indelebles...



Todos los climas puede hallar el viajero en Salta o en Jujuy. En el mes de febrero hemos sudado en San Pedro y tiritado en Humahuaca. La climatología divide en tres zonas el territorio; la fría, la templada y la ardiente. Las capitales de ambas provincias están ubicadas en zonas templadas. Conviene señalar este dato a los hombres del litoral que creen que en el Norte «hace mucho calor».

No es extraño encontrar quienes se admiren al saber que se eligen para lugar de veraneo determinados lugares nortños. Creen que, por estar dichas provincias en el norte, ser subtropicales, no baja el termómetro, durante el

Área sembrada. — Jujuy. — Año agrícola 1923, 1924. — Trigo, 650 hectáreas; maíz, 23.787; avena, 650; cebada, 3250; alfalfa, 12.283; tabaco, 2; caña de azúcar, 13.242; viñas, 350; algodón, 45; maní, 10; arroz, 25; café, 12; (abandonadas) papas, 2.800; porotos, 400; legumbres, 1800; mandioca, 3; ocas, 18; garbanzos, 230; gramíneas forrajeras, 75; frutales 1157; árboles cultivados, 250.

estío, de los 40°. La verdad es esta: en las zonas templadas no sube nunca la columna mercurial de los 30°. El invierno es tan suave bajo este clima — anotaba don Manuel Solá en su « Memoria Descriptiva », 1888 - 1889, — que puede dividirse el año en sólo dos estaciones; la caliente desde octubre a mayo, y la fría desde mayo a septiembre. El mes más frío es el de julio... » Y sin embargo, durante ese mes, el más frío, apenas se siente la necesidad del gabán o del poncho, a determinadas horas y durante bien pocos días.

Compréndese fácilmente que, con tan variadas zonas climáticas y una « constitución geológica propicia a infinitas creaciones de la flora » contenga aquella tierra « una vegetación selvática, grandiosa, cuyo estudio daría ocupación a más de un sabio naturalista ». (M. Solá, ob. cit.)

La riqueza forestal de esta zona es incalculable. Hasta ahora sólo ha sido utilizado el bosque para extraer leña y carbón de leña, durmientes para vías férreas y el extracto del quebracho. Se maltrata a los bosques de una manera lastimosa. En ellos se encuentran toda clase de maderas, toda clase de plantas industriales. El citado Solá anota en su Memoria cincuenta y cuatro clases distintas de

plantas industriales, además de tres docenas de plantas tintóreas; cuatro plantas de crecimiento espontáneo oleaginosas; seis plantas que dan productos resinosos y balsámicos; varias que dan productos céreos y jabonosos y como doscientas plantas medicinales.

El agrónomo don Ricardo J. Huergo, que hace ya treinta años recorrió a Orán en cumplimiento de una misión encomendada por la Dirección de Inmigración, publicó en un folleto — agosto de 1894 — una nómina de vegetales que crecen espontáneamente, y que vienen a ser los más característicos, pues la enumeración de todo lo que allí puede encontrarse resultaría por demás extensa.



Nos hemos ocupado en diversos artículos periodísticos de la enorme riqueza maderera de la región nortea. En uno de esos artículos recordamos que decíamos: « Cualquiera creará que, corridos tantos años de la publicación del informe del ingeniero Huergo — o de la Memoria Descriptiva de Solá, — a la fecha, esta privilegiada región se encuentra poblada por hombres de empuje que aprovechan científicamente sus riquezas. Pero no es así. No se han ex-

plotado tales riquezas, ni llevan miras de explotarse, como no sea el talar bosques a la de Dios es grande ... para vender leña al ferrocarril...»



El desarrollo industrial del norte está detenido según algunos, por la insuficiente mano de obra, formada casi exclusivamente por los nativos. Muy poca es la población extranjera radicada allí. Dos son las causas de este retraimiento, conforme lo anota don Alejandro Bunge en su interesante obra «Las Industrias del Norte». «Esas provincias — dice — no pueden ofrecer todavía grandes alicientes para el trabajo debido a la ausencia de una política nacional de equilibrio económico, y, por otra parte, a pesar de poseer, en general, excelente clima para el trabajo del hombre civilizado, no ofrecen suficiente salubridad, unas veces por falta de agua y otras por el paludismo.»

Nosotros, hace años, sintetizamos por allá, frente a la hostilidad manifiesta de muchos, en la siguiente forma una de las más seguras maneras de hallar solución al problema planteado por el progreso regional: atracción del inmigrante.

Para atraer al inmigrante de otras provincias argentinas y extráñjeros, necesario se hace, entre otras cosas, poner en práctica lo siguien-

te: higienizar las zonas palúdicas; distribuir científica y justicieramente el agua; utilizar su energía; abrir caminos; asegurar al indio una vida «humana»; dividir los latifundios; echar a un lado, como quien arroja de sí un estorbo que sólo sirve para trabarle el paso, a la politiquería, a la funesta «politiquería»... (1)

Inútil decir que esa solución, que dimos de buena fe, incansablemente, en cuanta ocasión se nos presentó — en el periodismo, en la tribuna de comité y de plazuela, hasta en una banca legislativa, — motivó enconadas réplicas incomprensibles. Existe, y no hay por qué ocultarlo, una tozuda animaversión al forastero. El localismo está latente en forma tan primaria,

(1) «Jujuy, como toda la república, es inmensamente rico. Los enemigos que ha tenido siempre para su progreso han sido la anarquía y el desorden, fomentado por los malos hijos, por la peor clase de delincuentes, por los que viven del engaño de sus conciudadanos, tan fácil en países de escasa cultura, donde la mayor parte de los electores no saben distinguir al comediante del apóstol, al hombre de estado del demagogo.» (Benjamín Villafañe. Párrafos del Mensaje leído en la Asamblea Legislativa. — Jujuy, mayo de 1925.)

que es enemigo todo el que llega de afuerâ. Sólo los muy inteligentes y los espíritus muy cultivados pueden considerarse como exentos de ese mal.

Pero este es tema que, con toda detención, trataremos en otra oportunidad.

*
**

Actualmente es el azúcar la principal industria jujeña. Tres grandes ingenios posee la provincia: — « La Esperanza », « Ledesma » y « La Mendieta ». Los gobiernos provinciales han tenido siempre muy en cuenta los ingenios, puesto que constituyen ellos su principal fuente de recursos. Dicen las malas lenguas que por allí — como en Tucumán — sólo gobiernan aquellos que los dueños de ingenios quieren... La cuestión azucarera en nuestro país ha sido durante estos últimos años una cuestión amarga. Dejémosla. Su planteamiento — no su esclarecimiento, — nos ocuparía mucho tiempo y mucho espacio. El lector que se interese por la industria en sí misma hallará excelentes datos en « La industria azucarera argentina », por E. J. Schlech; « La industria azucarera y las consecuencias de su protección »,

por Tubal C. García; « La producción y el consumo de azúcar, etc. » por Gabriel Carrasco; « La Revista Azucarera » etc., etc.

El citado señor García nos dice en su tesis, — pág. 150: — « Tan asombrosas han sido y son las ganancias de los ingenios de Jujuy que los de Ledesma y San Pedro en pocos años han duplicado sus capitales y hoy son los colosos de la industria. »

Más adelante agrega: « ... La industria azucarera argentina ha atentado siempre contra el consumidor del país y no lo ha favorecido jamás. » (Pág. 151.)

Y nosotros, sin ponerlo en duda ni por un solo instante, agregamos:

« Pero ... ¿ no hemos dicho que esta es una cuestión muy amarga y que no corresponde tratarla aquí ?

*
**

La riqueza minera de la provincia de Jujuy es incalculable. Abunda el hierro, y ya señaló el señor B. Villafañe (Conferencia sobre los problemas económicos del Norte, en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, 1924) la urgente necesidad de instalar allí altos hornos para la fundición de minerales. Pa-

ra ello se cuenta con «materia prima abundante, de primera calidad; el combustible necesario, porque a corta distancia de la ciudad, en los lugares llamados Tilquiza, Cucho, Ocloyas y Capillas existe carbón de piedra de la mejor clase; porque hay petróleo; porque abundan el quebracho y las maderas duras en todos los valles hondos y porque tiene corrientes de agua con fuerza suficiente para mover las máquinas más poderosas.

Jujuy, además del hierro, tiene oro en Rinconada y Santa Catalina; plomo en Pumahuasi; liguitos en Tilquiza, «que dieron 6.500 calorías en un análisis de la parte superficial; mármoles de todas clases en El Toba; hematites en Agua Caliente y cobre en varias partes».



Busque el lector que se interese por estos temas, la citada conferencia sobre «Los problemas económicos del Norte». Hallará datos muy curiosos y, para muchos, verdaderamente sorprendentes. En otros discursos y escritos del nombrado señor Villafañe hallará también noticias de mucho interés, por ejemplo, las que detallan las causas que dieron muerte a la in-

dustria del café, del arroz y del tabaco, « agobiadas por impuestos y trabas nacionales que hacen imposible la producción ». Averiguará asimismo que la igualdad de las cargas públicas para todos los habitantes de la nación, establecida por nuestra Constitución, no existe, « pues el habitante de Jujuy paga doble impuesto que el del litoral ». Y, por último, el curioso lector que busque y que lea los libros y folletos que en estas líneas citamos, aprenderá a sonreír...

¡Aprenderá a sonreír cuando se entere de algunos de esos descabellados proyectos lanzados desde los ministerios nacionales por personajes que ignoran, simplemente, ignoran a su país! ¡Podríamos traer a colación una docena de ellos, aplaudidos por buena parte de la prensa que observa la parte teórica, desconoce la práctica, y busca argumentos en que afirmar sus tesis en Europa y los Estados Unidos! « Porque en Suecia, porque en Francia, porque en Inglaterra, porque en el Canadá, porque los yanquis... » Nada de eso nos sirve prácticamente, si no es para embarullarnos. Los problemas nuestros deben resolverse contemplando al país, sus recursos, sus necesidades, sus bondades y sus inconvenientes..., y para ello, lo primero que hace falta es conocer el país.

¿Qué hará un ministro del Interior bien forrado de lecciones inglesas y bien provisto de argumentos franceses, frente a los gobernadores de las provincias y los territorios argentinos? ¿Qué hará un ministro de Agricultura que conoce perfectamente a París, pero que de la Argentina sólo ha visto a Buenos Aires y algunas estancias inglesas de la llanura bonaerense? ¿Qué hará un ministro de Obras Públicas que espera a tener su « cartera » bajo el brazo para decidirse a efectuar algunas excursiones en « tren expreso » por el *incómodo interior*? ¿Qué hará? Equivocarse...

Y hace un siglo — con raras, con « inevitables » excepciones — que nos venimos equivocando.

2. — LOS LATIFUNDIOS.

Un problema grave que urge resolver está planteado en Jujuy desde hace muchos años: el de los latifundios. La mitad de la provincia — aproximadamente 30.000 kilómetros cuadrados — pertenece a una docena de *propietarios*. Según el actual gobernador de la provincia, señor Villafañe, en tiempos de la Colonia, el territorio de Jujuy, como el de otras provin-

cias, « fué repartido entre pocas personas favorecidas por el Rey ». « Después del año 1810, los descendientes de los conquistadores, dueños de la tierra, tomaron parte en la guerra militando en las filas revolucionarias, siendo digno de especial recuerdo el caso del Marqués Campero, propietario de más de seiscientas leguas cuadradas en esta provincia, las de Salta y Tarija, que prestó tan señalados servicios a la causa de la emancipación, falleciendo en el destierro después de caer prisionero en Yavi. »

« Los descendientes de los encomenderos cosecharon el fruto de sus sacrificios después de la larga guerra. Pero los de los hijos de la tierra, de los que fueron soldados en las batallas de Suipacha, Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma, de los que con Güemes, Arias, Rojas y demás jefes rechazaron sin el auxilio de las demás provincias argentinas la invasión de nueve ejércitos españoles, no alcanzaron sino a medias los beneficios de la lucha. Dejaron de ser mitayos y yanaconas, dejaron de estar adscritos al suelo como muebles y semovientes, pero no lograron la posesión de la tierra que les arrebató la conquista. »

« Continuaron libres a medias, como arrenderos o locatarios de los grandes latifundios. Este estado y el descontento que debía provo-

car entre ellos, la falta de posesión de la tierra, tantas veces prometida, ha sido causa de rebeliones ahogadas en sangre, de las que merece recordarse la de 1874, que terminó con la matanza que ha pasado a la historia con el nombre de hecatombe de Quera.»

Entre los pobladores de esos latifundios, especialmente los de *la Puna*, existe ya la conciencia del derecho que les asiste a la propiedad del suelo en que viven, si es «vivir» en aquellas inhospitalarias montañas «a tres y cuatro mil metros sobre el nivel del mar», donde no llega la inmigración europea «porque se trata de yermos que carecen de agua, donde sólo pueden existir los que han nacido y criado en ellos».

El susodicho gobernador, en nota al ministro del Interior (septe. de 1924) abogaba por que la nación acuda en auxilio de aquellos pobladores, facilitándoles la propiedad de la tierra, «que ellos, por su parte, se comprometen a pagar». «El experimento ha sido ya hecho. El departamento de Valle Grande fué adquirido por el gobernador don Eugenio Tello (1) y vendido a plazos a los pobladores. «Cree este

(1) Véase el capítulo dedicado a don Eugenio Tello, en la parte V de este volumen

gobierno que bastaría la suma de cuatro millones de pesos para adquirir los grandes latifundios y enajenarlos al precio de costo a los ocupantes, a largos plazos. El Banco Hipotecario podría hacerse cargo de la operación. »

*
* *

En Salta ocurre algo muy parecido. Recordamos que durante nuestra permanencia en aquella provincia, no menos deliciosa que Jujuy, fuimos honrados con una banca en la Cámara de Diputados en representación del pueblo de la Capital. Desde esa banca tocónos defender un proyecto de ley del gobernador Castellanos, sobre protección a los trabajadores, ley que si bien fué aprobada por aquella Legislatura que sancionó cinco leyes que el pueblo tituló acertadamente «Leyes libertadoras», corrió, como sus compañeras, la suerte de ser olvidadas por los gobiernos subsiguientes, interesados en mantener a la provincia en un estado inferior al que gozó hace cien años. Pues bien: en el mensaje, que acompañó aquel proyecto de ley de protección se decía: «Ninguna exigencia de gobierno más imperiosa en Salta, que la de atender especialmente a la

condición de nuestro trabajador del campo, víctima, al par que de su ignorancia, de explotaciones y vejámenes sin cuento por parte de patrones poco escrupulosos, y, a veces, hasta de autoridades puestas al servicio de magnates del capital y la política. Se estilan aún aquí, con respecto del obrero rural, procedimientos que en nada desmerecen a los de la *encomienda* y la *mita* de los antiguos tiempos y que son una afrenta para la civilización de que nos preciamos. A ese obrero se le despoja inicuamente de su trabajo; se le arroja de la tierra que cultiva, al menor capricho del potentado; se le obliga a servir a título gratuito al dueño del feudo en que vive con los suyos; y no se titubea, en presentándose la oportunidad, en negociar como carne de matadero, « alquilándolo » a quien paga un precio conveniente por su sudor desventurado! Paria, siervo, ilota, cualquiera de estas clasificaciones no exagera el triste privilegio en que se debate el peón de muchas estancias salteñas . . . » (1).

(1) En forma novelesca, hemos descripto un latifundio salteño y un episodio histórico ocurrido en él. Lo recomendamos al lector que se interese por el tema. La novelilla titúlase « En poder de las bestias » y ha sido incluida en mi libro de relatos criollos « Tierra mojada ».

Poseemos copia de una nota enviada por los pobladores de Cochinoca y Casabindo — Jujuy — al gobierno de la provincia. Ella ha sido, sin duda, redactada por algún « procurador » aborigen. Sabido es que en los *coyas* existe madera excelente para tallar leguleyos. Ninguno, si sabe leer aunque sea deletreando, ha dejado de comprar una recopilación de Códigos, y apren-derse los de memoria. Tienen gran predilección por la Ley, y sorprenden a más de uno con preguntas o citas que sólo pueden responderse con el código en la mano.

De la tal nota deseamos transcribir al pie de la letra algunos párrafos:

“ Tan graves y insoportables son las consecuencias de ésta *puna*, que sin forma ni figura hemos sufrido y sufrimos hasta la época los pobladores o contribuyentes de los 48 rodeos o secciones correspondientes al pueblo de Cochinoca y Casabindo, causante el malestar de los titulados usurpadores que administran por sus cuentas sin hacer mención de lo que pagamos.

« En esta comarca no hay justicia ni consideración alguna de las autoridades que puedan reglamentar en debida forma para amparo y exoneración de nuestros bienes y personas.

« Los « titulados » como se dice en éstas tierras, han edificado cercados de tapia, alambre y piedra, dejando sin extensión los pastos y vertientes del Arroyo Público del Puesto del Marqués y Abra-Pampa que utilizábamos para nuestros rebaños; por la desolación y tropelía de los usurpadores nos hemos obligado por fuerza a cambiar estancias y trabajar represas para sacar agua a 5 metros de profundidad, y después lo edificado ellos son los que se apropian con sus ganados, o cobrando arriendos a título de propietarios, sin tener fé ni conciencia que a nosotros nos cuesta el sudor de nuestra frente; es la esclavitud en estos campos áridos como no lo debe ignorar V. E.

« Los cercados que poseíamos desde nuestros padres y abuelos y los de nuestro mismo trabajo, nos han despojado, sin reconocernos el trabajo ni el beneficio que utilizaban ellos, de manera que no hay tranquilidad ni reposo para el sustento de nuestros rebaños, a lo menos en los meses de primavera que en estos puntos se bé completamente arruinados los pastos y aguas de represas; y notable quiebra en la cría de nuestros ganados. Los « titulados » con los edificios que nos despojaron gozan el mayor ahorro de sus capacidades sin

mirar las necesidades de un pobre colono obediente y umilde.

« No obstante sería tan censilla de desir a a V. E. que: hasta la leña que es producto de esta situación nos privan judicialmente a vender, que para barios pobres que somos en esta época es la utilización de la renta para buscar y comprar el pan de cada dia, para sustención de nuestra familia porque en este suelo que habitamos no aprovechamos ninguna clase de cultivo.

« Lo notable es que, durante la administración de los actuales « titulados » varios se an abusado de nuestros rebaños; como ser asnal, lanar y vacuno; algunos aciendo carne, animales diferenciados del propio dueño, — otros poniendo diferente señal y marca a animales orejanos de año a pie de la madre, con intento de hacer uso en mala fé; y es todo cuanto nos han esquilmano y nos esquilman hasta la fecha que si se ofrece decimos a V. E. para el efecto se conserba los conprovanes de los hechos evidentes que menciona en los puntos 5º y 6º del presente sin excepción: y en tales exterminios nos permitimos desir ante V. E. lo siguiente:

« Exmo. Señor: que no nos persigan y hostiguen por nuestros mismos trabajos que he-

mos mejorado nuestros rastrojos y plantado alfalfares y adelantado nuestra cría de ganados cuando hubo pasto con insesantes trabajos derramando nuestro sudor y soportando toda la intemperie de las estaciones del año que S. E. no ignora ni conoce solo « Dios. »

« Dirán los detentadores que el Rey se las dió todas las tierras a los conquistadores. — No es verdad — es un engaño. — Los soberanos Reyes mandaron y encargaron a los Virreyes, Audiencias y Gobernadores que dejen sus tierras a los indios, para su aprovechamiento y tengan todo el alivio y descanso posible para el sustento de sus casas y familias.

« Exm. Señor: Para manifestar y hacer conocer las Leyes que hablan tan alto a nuestro favor: — He aquí: « Desventurados de vosotros, dice Isaías, que dominando en el mundo con vuestras riquezas juntaís una casa con otra de dos campos haceis uno sin hacer la cuenta verdadera de que hay otros habitantes en vuestro término y que todos han de vivir con lo que Dios ha criado para todos, y no sois vosotros solos en medio de la tierra.

« Exmo. Señor: Hemos tocado las tradiciones antiguas y de más por ver si mejoramos nuestra suerte y volver nuestras tierras de « Cochínoca y Casabindo » al primitivo estado; pero

no encontramos quien nos pueda defender y representarnos ante las justicias.

« Los Católicos Reyes mandaron que haigan protectores y fiscales para que defiendan en sus pleitos a los indios de oficio: — He aqui: « Don Felipe segundo en Mazón de Aragón al 6 de Setiembre de 1563 y en la ordenanza 81 de Audiencia en madrid a 8 de Enero 1571. Alli a 23 de Junio de 1587 y en la 93 de Audiencia de 1596. Don Felipe Cuarto en esta recopilación, Ley 34, titulo 18 Libro 2º. Los fiscales de nuestras reales audiencias sean protectores de los indios y los ayuden y favorezcan en todos los casos y casas que conforme a derecho les convenga para alcanzar justicia, y aleguen por ellos en todos los pleitos Civiles y Criminales de oficio; y asi lo den a entender a los indios; y en los pleitos particulares entre indios, sobre haciendas no ayuden a ninguna de las partes y en las Audiencias donde hubiere protectores generales, letrados y procuradores de indios, se informen como los ayudan para suplir en lo que faltaren y cuadyubarlos. Si les pareciere necesario.

« En conformidad a la citada Ley en la época no tenemos protector, ni fiscal que nos defienda de oficio para mejorar nuestra suerte, mas bien vemos y tenemos verdugos a contra de toda nuestra vida civilizada.

« Exmo. Señor: Habilitados con el derecho de petición consagrada por la Constitución Nacional y Provincial, para concurrir ante las autoridades del Estado elevamos al conocimiento y resolución de V. E. los hechos consumados en nuestra residencia natal.

« Indicamos, sin narrar esos hechos, que el solo recuerdo nos suvleba la imaginación, efectuó el exterminio de nuestros padres y abuelos con carvónicos maxacres llevados a cabo con armas del Estado.

« Aun nos alienta la esperanza porque estamos persuadidos que en nuestra Patria recién ha llegado el tiempo de ejercer los derechos de ciudadano con las excenciones y seguridades que la carta magna fija y a este fin mas confiamos en la integridad de V. E. que en nuestra suficiencia.

« Decididos y unánimemente, solicitamos amparo y protección de V. E. para que sea definida la situación creada respecto a las personas bienes e intereses públicos violenta, torpe y atrevidamente empleado, ardid, engaño y falsedades sin nombre se ha consumado al extremo de peligrar la propiedad de una gran zona en ésta Puna.

« Naturales y pobladores del lugar litigado desde nuestros padres y abuelos, originarios posee-

dores, residimos muy deseminados aquí mas de tres mil familias, alejados de los centros poblados, ovedientes a los principios de autoridad en estas zonas fronterizas descuidadas y olvidadas...»



La curiosa nota cuya parte substancial hemos transcripto sin quitarle ni agregarle coma, termina solicitando la creación en Cochinoa de un «juzgado de Paz y correccional Letrado»; que las autoridades administrativas de los Departamentos presten la debida atención a los naturales de la Puna «conforme a las Leyes»; que se investigue respecto a la usurpación de las propiedades que se denuncian en detalle, y que se disponga igual investigación respecto a cómo y quiénes efectúan la percepción de los impuestos a la tierra.



V
FIGURAS JUJEÑAS



I. — EL PADRE JESUITA MONRÓI Y LA FUNDACIÓN DE JUJUY.

Sabido es que la conquista americana por las armas españolas contó siempre con el apoyo eficazísimo de la Cruz. Sin los evangelizadores que, mezclados a los soldados, recorrieron el Nuevo Mundo, la conquista hubiera sido mucho más difícil de lo que fué para los esforzados capitanes peninsulares y mucho más cruenta para los indígenas.

En la historia de todas las regiones de nuestra América durante las épocas de su descubrimiento y conquista, figura siempre, al lado del bravo capitán y frente al indómito cacique indio, la sotana de un fraile. En más de una ocasión, y en más de ciento, esa sotana, sin

más ayuda que un crucifijo, se adelantó a los arcabuces y obtuvo resultados más beneficiosos para nativos y conquistadores que aquellos que dieron de sí las armas guerreras.

En la historia, interesantísima, de la fundación de Jujuy y la guerra sostenida por los españoles con las diferentes tribus indígenas que poblaban sus valles y montañas, encuéntrase varios frailes heroicos y hasta mártires. Uno de ellos, acaso el primero cronológicamente, fué el jesuita Gaspar Monrói, gran catequizador y diplomático, que el P. Lozano elogia justicieramente en su « Descripción Corográfica del Chaco » y que Joaquín Carrillo menciona detenidamente en su substanciosa « Historia Civil de Jujuy ».

Habíase fundado la ciudad de San Salvador de Velazco, en el valle de Jujuy, para reemplazar la destruída ciudad de Nieva, y pese a todos los recursos de defensa empleados « los días de quietud eran contados » pues los indios — ocloyas, tilianes, osas, paypayas, humahuacas — no cesaban en sus gritos guerreros, lanzándose desesperadamente sobre los hombres blancos posesionados de sus tierras. « En la fundación de Jujuy se los trató con poca dureza — anota Carrillo, — y el espíritu noble de sus gobernantes permitió usar de la seduc-

ción y el consejo para docilizar aquellas naturalezas adustas, más fuertes cuanto más luchaban.» Franciscanos y jesuitas habían acompañado a las fuerzas que capitaneaba Argañaraz, estableciéndose los primeros entre los paypayas y los segundos entre los humahuacas, que fueron siempre los más temibles. En el año 1593, éstos, unidos con los chiriguanos, prepararon un ataque a la nueva ciudad, con ánimo de destruirla, bajo la jefatura superior de Piltipico, que vivía en los valles de Zenta y Calilegua. El mismo Piltipico había sido el destructor de la primitiva Nieva « resistiendo y venciendo toda tentativa de dominio ».

Ramírez de Velazco y su segundo Argañaraz calcularon cuántas probabilidades tenían a su favor para defenderse de humahuacas y chiriguanos, y decidieron ensayar previamente la seducción, para lo cual encargaron la tarea de catequización necesaria al P. Monrói. Fué éste hasta el pueblecito en que reinaba como soberano Piltipico, donde solicitó audiencia, sin obtenerla. No desesperó, y acompañado de un cacique y algunos indios principales, el P. Monrói llegó valientemente hasta Piltipico, y, según el cronista Lozano, « hablóle con mucho cariño y dióle un estrecho abrazo a fin de ganarle para Dios, pero el bárbaro arrogante y sober-

bio estuvo tan mesurado y serio, mejor dicho, tan descortés, que detuvo al Padre de pie, sin levantarse de su asiento... Todo este recibimiento era muy conforme a la soberbia arrogancia de Piltipico, quien aborrecía en extremo a cualquier extranjero; y como, por más que lo habían pretendido los gobernadores de Tucumán, no habían podido jamás castigar sus insultos, se hallaba sobre manera orgulloso». No obstante, Monrói puso en juego todas sus buenas dotes y decidió a Piltipico a ceder y dar su consentimiento para hacer a sus pueblos «la predicación de la verdad del cristianismo», y por último consiguió la paz, recibida con tanto regocijo por los pobladores europeos del valle de Jujuy, que el P. Monrói era llamado «el ángel de la paz».

Las bases establecidas para el cese de las hostilidades, recibióla el gobernador Ramírez de Velazco y, ratificadas, las devolvió al cacique por mano del mismo Monrói, quien las llevó personalmente a su amigo Piltipico, siendo recibido con grandes expresiones de cariño, dándosele de comer «espléndidamente en su casa, que tenía tan bien ordenada como pudiera el caballero español más principal».

Hecha la paz, el P. Monrói, ayudado por el P. Pedro de Añasco, reanudó sus tareas de con-

versión y doctrinamiento, pero, su corta ausencia había producido una disminución en el fervor de sus primeros neófitos, al punto que los dos frailes viéronse obligados a suspender por un tiempo su arrojada empresa. Al mismo tiempo, se propagó en la ciudad la nueva de una «conflagración que debía poner en acción la turba hostil de los naturales» y el Cabildo y Gobierno de Jujuy, «adoptaron el plan usado otras veces, de introducir emisarios en el campo y pueblo de aquellos bravos caciques». Lograron así apoderarse de Piltipico y algunos caciquillos de menor importancia, y los condujeron a la ciudad, con el fin de averiguar la verdad de la sospechada conflagración, que resultó incierta. Sin embargo, el Cabildo resolvió reservar como rehén a Piltipico, en prisión leve, llenándolo de consideraciones, especialmente los Padres Monrói y Añasco «con quienes tenía confidencias íntimas sobre la grandeza de la fe que con tanta firmeza poseía».

Piltipico falleció sin recuperar la libertad. Acallados en gran parte sus instintos guerreros, había aceptado la paz como una resultante lógica de la religión abrazada con tanto entusiasmo. Su muerte causó «la edificación y consuelo más vivo» entre españoles y nativos, y ello contribuyó de una manera poderosa para que

los indígenas, agrupados en la doctrina de Humahuaca, permitieran la formación de un pueblo, que fué luego cabeza del departamento del mismo nombre, y adquirió, durante el Virreinato, ya definitivamente vencidos los indígenas, grande importancia comercial, como punto obligado de parada en el camino al Perú.

La acción eficaz del jesuita Monrói debe ser recordada en Jujuy con cariño. Desde luego, sobrábanle arrestos a Ramírez de Velazco y a Argañaraz para vencer por la fuerza a los indios agrupados bajo el mando de Piltipico y su aliado Teluí — otro caudillo temible, — pero no hubiérase logrado seguramente sin muchas pérdidas de vidas y sin que corrieran grandes riesgos los habitantes de la ciudad de San Salvador, amenazada de desaparecer arrasada, como lo había sido Nieva. Todo eso lo evitó Monrói sin otra ayuda que la de su palabra cálida, su profunda fe y un crucifijo...

2. — EL LICENCIADO DON PEDRO.

Otra de las figuras con relieve propio que encuéntrase en la historia de los primeros años de Jujuy es la del Licenciado don Pedro Ortiz de Zárate. Habíase ordenado sacerdote, des-

pués de quedar viudo. Su esposa falleció entre los escombros de uno de los templos jujeños derrumbados por un temblor de tierra, acaecido durante los oficios divinos. Don Pedro creyó hallar en el sacerdocio el consuelo necesario a sus penas. Para ello renunció a sus empleos en el gobierno de la ciudad y desatendió su cuantioso patrimonio. Sus convecinos, que ya lo querían mucho, instáronle entonces para que se hiciera cargo del curato de la Matriz, a lo que accedió. Mas su vocación evangélica echábalo fuera de los reducidos ámbitos de su Iglesia y emprendió la ardua empresa de convertir a los indios chaqueños. Quería, como tantísimos otros frailes y curas, cimentar la enorme obra de los conquistadores con el establecimiento de misiones regulares. A sus expensas, y agotando en ello sus bienes de fortuna — señala J. Carrillo, de acuerdo a los datos que da el P. Lozano en su « Descripción », — comenzó la tarea. Era por entonces Gobernador don Fernando Mendoza Mate de Luna, año de 1683. Acompañaban, como segundos, a don Pedro, los jesuitas Diego Ruiz y Juan Antonio Solinas. Detrás de ellos iban, voluntariamente, los hombres de servicio de la deshecha casa de Ortíz de Zárate; un ejército.

Echaron a andar por la Quebrada de Huma-

huaca, «para entrar por el abra de Zenta a los valles de Oriente». En Zenta y el valle inmediato a Ledesma, «consiguió buen fruto esta misión». Se fundó poco después la reducción de San Rafael, con los indios ojotaes y taños. El fraile Ruiz y su colega Solinas escribieron sendas cartas a sus provinciales, elogiando el temple evangélico y el «desprendimiento» de don Pedro, para quien no existían empresas imposibles. Era don Pedro un Licenciado ordenado sacerdote que llevaba por dentro la armazón de un capitán, de un capitán de aquellas épocas.

Los indios tobas y mocovíes eran tan bravos que no se entraba a sus posesiones sin un ejército por delante. Don Pedro no se atemorizó entonces tampoco y resolvió continuar el establecimiento de sus reducciones, avanzando hacia la población de Santa María, cercana de San Rafael.

Allí, a poco de llegar, fueron asaltados por los feroces mocovíes, quienes los acribillaron con dardos e hirieron con garrotes «en el momento siguiente a la celebración de los oficios», extendiéndose luego la matanza a una gran parte de la población cristiana. Los mocovíes, cometida la hazaña, abandonaron en seguida aquellos lugares y se internaron en la selva

donde « celebraron festines con los cráneos de las víctimas ». El cadáver de don Pedro fué hallado intacto y trasladado a la capital en cuya Iglesia Matriz están sepultados.

La memoria de don Pedro Ortiz de Zárate fué, durante muchos años, « reverenciada como cosa sagrada; revestido de la beatífica aureola de los mártires cristianos », su recuerdo hácese perdurable en la pequeña provincia unido al de los más ilustres guerreros de la época conquistadora.

Las nuevas generaciones van olvidando a aquellos hombres, desconociendo su obra. Cuando leemos su historia, en libros que a su vez caen en el olvido, no resistimos la emoción que causan en los espíritus libres de doctrinas cerradas a la comprensión humana de las cosas. La breve historia de don Pedro, por ejemplo, como la del jesuita Monrói, como la de muchos otros, no puede separarse de la historia jujeña, y por tanto, de la historia argentina.

Por ello es que deseamos dejar sus nombres anotados entre estas ligeras impresiones de viajero que, frente a las maravillas del paisaje, vuelve la mirada al pasado para imaginarse cómo era el corazón de aquellos primeros hombres blancos que hollaron estas piedras, contemplaron estos cielos y regaron con su sangre,

jamás mezquinada, el camino de la Conquista...

3. — DON EUGENIO TELLO.

Ha muerto en su finca de Río Negro don Eugenio Tello, que fué gobernador de su provincia, Jujuy, durante dos períodos, y cinco más, de los territorios de Río Negro y Chubut. Su fallecimiento a los setenta y seis años ha dado oportunidad para que, en los diarios, se procurara escribir su biografía. Las publicadas, naturalmente fragmentarias, resultan muy incompletas, y, como estimamos que bien pocas biografías jujeñas pueden tejerse sobre un cañamazo más interesante, es porque deseamos anotarla aquí, tal cual fué en sus líneas generales, de acuerdo con datos por él mismo suministrados en una carta escrita poco antes de morir.

Fué don Eugenio, para Jujuy, un Sarmiento en pequeño, a quien sus comprovincianos tenían olvidado pero al que han de recordar y hacer justicia andando los días. Tan Sarmiento resultaba para los jujeños, que hasta llamabanlo «el loco Tello.» Cuantos en Jujuy deban mencionar su nombre, hácenlo sin apearle el cariñoso tratamiento. El porqué, vamos a saberlo con sólo oírlo a él mismo.

Don Eugenio comenzó su « carrera pública » como fundador de los telégrafos de la nación, en tiempos del señor Burtom, el año 71. Poco después, él mismo instalaba el telégrafo en su provincia y se establecía en la capital jujeña con una casa de comercio. Vivía tranquilo, ganaba dinero, soñaba con descubrir e inventar cosas prácticas, de interés para todos. Pero, en el año 74 se sublevaron los habitantes de la inhospitalaria Puna, dispuestos a proclamar un comunismo a su manera. (Cincuenta años más tarde, los descendientes de aquellos puneños han intentado hacer lo mismo. El grave asunto de la Puna debe ser estudiado con urgencia y resuelto con premura, con justicia, con humanitarismo. Trátase de un viejo pleito entre sus moradores y dueños naturales y los « legítimos » propietarios, los latifundistas . . .) Cuando aquella sublevación del 74, el gobierno efectuó una leva entre los habitantes de la provincia, y de los soldados a la fuerza y sin soldada fué don Eugenio, que tuvo que cerrar su casa de comercio y marchar quebrada arriba empuñando un fusil.

— En Cochino — decía el señor Tello — tuvimos el primer combate. Los puneños nos derrotaron y disparamos treinta leguas . . . Pero, en el segundo combate, en Quera, triunfa-

mos, quedando en la acción ciento setenta y cuatro muertos y trescientos heridos . . . ; Pobres soldados ! No nos pagaron nunca el sueldo. Nos daban por toda alimentación un pedazo de carne cruda al día, y sin sal . . . Pero fuí ascendiendo, y así alcancé el grado de comandante, no en procesiones como otros, sino en campos de batalla . . . Gané los galones antes que los sueldos . . .

Cuando regresó a Jujuy, se encontró arruinado, perdida su casa de comercio y sin un real. La pobreza no lo desalentó. Púsose a estudiar, rindió examen y obtuvo el título de maestro normal. Con su diploma bajo el brazo marchó a Catamarca, donde regenteó una escuela;

— Pero allí también nos comíamos las uñas de hambre. El cura, don Luis Nieva, me daba casa y comida para que le ayudara a rezar el oficio divino: prima, tercia, sexta y nona, vísperas y completas, maitines y laudes, porque me preciaba de ser rubricista . . .

Un año después, el comandante y maestro normal, desempeñó la cátedra de latinidad en el Colegio Nacional de Jujuy. Era rector el señor Benjamín Villafañe, padre. El ayudó, estimuló al comandante latinero. Así don Eugenio Tello llegó a ocupar otra cátedra — la de literatura, — a desempeñar el vicerrectorado.

y a escribir un libro de texto de literatura, que se aprobó y se usó muchos años.

El 83, fué designado, por vez primera, gobernador de la provincia.

— Mi primer decreto, que siempre llamé úcase, fué el siguiente: queda reducido el sueldo del gobernador a ciento veinte pesos mensuales y el del ministro, que era el señor Domingo T. Pérez, a sesenta pesos. Le suprimí el sueldo al presidente del Superior Tribunal, que era Benjamín Villafañe, y el gran viejo, no obstante su extremada pobreza, sirvió gratuitamente y con gusto su empleo... « Poco después, y a pesar de que por mi pobreza estaba muriéndome de hambre, sin poder comprar una frazada para abrigar mejor a mi primera hija, salí a recorrer todos los departamentos de la provincia... Llegué al pueblo de San Pedro. El señor Aráoz, propietario del ingenio, me hospedó gentilmente. Yo le dije: «Este pueblo es una toldería de indios; no tengo ley ni dinero para expropiarlo y entregarlo a sus ocupantes, pero más que el dinero y la ley, vale su noble corazón. Si Ud. acepta dictaré un decreto de expropiación convencional, sin indemnización...» Me contestó que jamás se suicidaría: que esas gentes vivían subordinadas trabajando en su ingenio y abonando el alquiler

de sus respectivos lotes. Fueron interminables las discusiones que sostuvimos, sin arribar a nada, hasta que por fin le dije: « Bueno, amigo, no me moveré de su casa y desde aquí gobernaré a la provincia . . . » Y a los ocho días me dijo Aráoz: « Vea, gobernador, me ha vencido, dicte el decreto, sin que esto importe despedirlo de mi casa . . . » Mandé medir y amojonar el pueblo, y el 25 de Mayo de 1883 dicté el decreto; se les vendió a los pobladores sus lotes por poco precio, y ahora, San Pedro es una bella ciudad, con muchos buenos edificios y calles anchas . . .

De allí, don Eugenio pasó a Ledesma e hizo igual cosa con aquel pueblo que era propiedad de una sola persona: Sixto Ovejero. Terminada su tarea, no tan fácil como puede parecer, se trasladó al departamento de Valle Grande. Con dinero de sus ocupantes compró a la señora Benita Costa de Valle aquellas tierras, y él mismo en persona, en un segundo viaje, las dividió y distribuyó, « sin que hasta ahora ninguno haya entablado reclamación ».

— En la distribución, destiné cinco partes para cabeceras de distrito que me regalaron sus nuevos dueños, porque todo se hizo así, gratuitamente y a mi costo . . . Me enfermé; un indio, López, me salvó. Pasé a Tumbaya,

Tilcara, Humahuaca para hacer lo mismo que había hecho en Ledesma y Valle Grande. Some-tí luego un proyecto a la legislatura, de redención enfiteútica. Los ocupantes de las tierras, viéndose propietarios, destruían sus pircas y las reconstruían para aprovechar un metro de tierra, y en vez de un peso que pagaban anualmente de canon enfiteútico abonaban con gusto diez pesos de contribución directa... Al año, todo aquello estaba cambiado, mejorado.... Después estuve en Cochinoca, Santa Catalina, Rinconada, Yavi. Fundé el pueblo de Abra Pampa, la Siberia argentina; fundé otro pueblo en la frontera con Bolivia, y cuando regresé a la capital, Jujuy ya no era el estado feudal de unos meses antes... Por eso me llaman por allá « el loco Tello » y algunos, « Doctor »....

Don Eugenio tenía tanto de loco como de doctor. Fué, como hemos dicho, una curiosa y útil mezcla de comerciante, maestro de escuela, comandante, literato, téologo, e inventor, pues deja diez inventos patentados, entre ellos el del humo artificial para evitar las heladas y alejar la langosta voladora, y como de yapa, un texto de enología, pues olvidamos decir, que en Catamarca, entre su escuela y la iglesia aprendió a elaborar mostos y obtuvo el título de enólogo...

¡«El loco Tello»! Con media docena de estos *locos*, Jujuy tendría ahora el triple número de habitantes, por lo menos, y más dinero en sus arcas...

4. — EL VICARIO.

Una de las figuras más populares y simpáticas del Norte es la del vicario foráneo de Jujuy, don José de la Iglesia.

Hombre relativamente joven, activo, inteligente, llena su ministerio sacerdotal cumplidamente y aun se da tiempo para dedicarlo al estudio de las cuestiones históricas, de las que ha hecho una especialidad, dictar su cátedra en el Colegio Nacional o perderse horas enteras revolviendo legajos donde palpita la vieja vida de nuestros pueblos argentinos.

Lleva muchos años al frente de la Iglesia Matriz. Durante su vicaría la antigua iglesia, templo cristiano e histórico, ha sido restaurado sin perder una sola línea de su primitiva arquitectura, y sobre su ala izquierda efectuado trabajos que conservan lo que restaba de la colonia, embelleciéndola. Viejas imágenes con biografía han tornado a ocupar su lugar en los altares intactos, apenas modernizados lo ne-

cesario para que no vengan al suelo. Nuevos altares, como el de la milagrosa Virgen de Paypaya, completan en el templo su indiscutible mérito de archivo de cuanto hay de religioso en toda esta parte del territorio argentino, aliado, como ya se apuntó, a lo que existe de histórico, puesto que la revolución emancipadora hízose, no embargante su profundo espíritu liberal, al arrimo de la fe. El viejo púlpito, cuya historia no ha sido aún averiguada suficientemente, y desde el cual el ilustre jujeño don Juan Ignacio de Gorriti pronunció sus famosas oraciones a la bandera en 1812 y 1813, es la reliquia de mayor mérito que allí se conserva después que se encuadró y trasladó a la Casa de Gobierno — donde debe construirse la sala que será su templo — la primera « bandera de nuestra libertad civil », donada al pueblo de Jujuy el año 13 por Belgrano.

Todo aquello lo cuida con inteligente cariño el vicario don José de la Iglesia, para quien tiene interés cuanto se relacione con su pueblo, y a su estudio se aplica con una dedicación meritoria.

Nadie llega a Jujuy sin oír hablar del « cura ». En los momentos de mayor efervescencia política, cuando no existía en toda la provincia un solo ciudadano que no hubiera definido en

alguna forma su actitud frente a los acontecimientos, el único hombre que se salvaba de dicterios e injurias era el P. de la Iglesia, y no porque para lograrlo hubiérase mantenido al margen de la vida ciudadana, puesto que él no se ha apartado nunca de sus deberes cívicos ni menospreciado sus derechos, sino porque respetaron todos, en aquellos momentos de irrespetuosidad general, al sacerdote patriota y al hombre inteligente que, están seguros, busca siempre entre la confusión inevitable de los grupos partidarios el sendero que pueda conducir a su pueblo con mayor facilidad y premura a la felicidad.

En cuanto pone el pie en la ciudad un forastero que se interese por el pasado glorioso de este pueblo oye la recomendación repetida: « Véase con el vicario ». « El sabe ». « El lo informará perfectamente ». Y en efecto, él sabe todo cuanto se refiere a Jujuy, desde el árbol genealógico de las familias más ilustres afincadas en la provincia, hasta la debatida cuestión de la bandera de Belgrano, desde la historia confusa de un templo en ruinas hasta la leyenda luminosa y sencilla de N. Señora de Paypaya, desde el verdadero recorrido del grupo de patriotas que anduvo la enorme quebrada de Humahuaca con el cuerpo de Lavalle,

hasta la existencia de todos y cada uno de los documentos que componen el archivo capitular de la provincia. En asuntos históricos, no ya de Jujuy, sino de toda la zona Norte, la más rica, sin duda, en recuerdos, puesto que fué principal escenario de la emancipación, no queda ya persona mejor informada, mejor documentada que don José de la Iglesia.

Llegar hasta él es fácil y gratísimo. La puerta de su casa, conforme corresponde, está siempre abierta. La denuncian los grupos de pobres que concurren a todas horas en busca de la moneda que nunca falta en su ancho bolso, o del consejo que, siempre oportuno, está en su corazón. Entráis por el ancho zaguán de mosaicos, y como no siempre se encuentra a mano a alguno de los chiquillos que hacen de monaguillos en la iglesia, podéis meteros en la sacristía o cruzar el cuadrado patio, o ir a parar al depósito de imágenes próximo al altar mayor, sin que nadie os moleste. Cuando encontréis al «chango» que buscabais, preguntaréis como todos:

— ¿Está el vicario?

Y si no es hora de clase en el colegio, si no ha salido don José para atender espiritualmente a un enfermo grave en el hospital o en alguna casa de la ciudad, si no se ha marchado

a decir misa a algún pueblecito cercano o a alguna finca rica con capilla, el muchacho partirá corriendo a anunciaros, y con toda seguridad encontrará al vicario en una de las dos piecitas que están arriba de la sacristía y donde se amontonan viejos libracos y gruesas carpetas de documentos parroquiales, en que yace íntegra la historia « doméstica » de Jujuy. Porque así como en los amarillos papeles del Cabildo — en su mayor parte publicados bajo la dirección de don Ricardo Rojas — hállase la historia pública de la provincia, en estos viejos y apolillados libros de la Iglesia Matriz, encuéntrase pormenorizada la vida cristiana de las familias, marcadas cada una por sus tres fechas capitales: el nacimiento, la boda, la muerte...

Cuando llegue hasta vosotros el vicario, os alargará una mano huesuda y recia, de hombre sano y sincero. Al hablaros lo notaréis franco, inteligente y afectuoso. E inmediatamente se pondrá a vuestras órdenes con una diligencia, con un afán de seros útil, que os « cortará » un poquito.

Su conversación, amenísima, os hará perder toda noción del tiempo. Entraréis en su casa un mediodía y saldréis al oscurecer, casi sin daros cuenta, pero con una visión exacta de lo

que hã sido Jujuy, histórica y oficialmente considerado. A su lado, ni por un solo instante recordáis que vuestro interlocutor es un sacerdote, que ha merecido ya el honor de figurar en la terna para la designación de obispo de Salta, que es la más alta autoridad eclesiástica de la provincia. Sólo encontráis un hombre, simpático, culto, inteligente, de quien os apartáis amigo, con la sensación de que lo habéis conocido y tratado hace ya muchos años. Además, de esa siempre tan grata sensación de amistad, saldréis de su casa con una serie de copias fotográficas, de reproducciones de altares e imágenes, de medallas y estampas. Su afán por haceros amar a Jujuy está visible en cada una de sus frases explicativas, en cada uno de sus obsequios. ¿Os interesa el Jujuy de la época revolucionaria? ¿El Jujuy, fiel depositario de la primera bandera argentina? ¿La escuela que mandó construir Belgrano con una parte de aquellos 40.000 pesos que le obsequió el gobierno central? ¿Queréis averiguar cómo era la ciudad de San Salvador de Velazco hace medio siglo? ¿Tenéis interés por la historia de la Capilla de Santa Bárbara, del púlpito tallado por los indios bajo la dirección de los jesuitas, del legendario marquesado de los Camperos, en Yavi? El vicario os dará

para cada cosa cuanto posee recopilado al respecto, después de una paciente labor de muchos años. Y sonriendo con toda sencillez, os dará una explicación que será imposible hallar más cabal en un libro de texto.

Después, en la plaza, en el hotel, en un intervalo del « biógrafo, » conversaréis con un jujeño, e, imborrable vuestra entrevista con don José, le diréis:

— Estuve hoy con el vicario.

— ¡Ah! — os dirá sobre poco más o menos.
— ¡Ha visto usted qué hombre! Sabe mucho de historia... Es profesor. El le dará datos interesantes.

Y vosotros diréis a todo eso que sí, pero advertiréis que además de todo eso, el vicario es un gran hombre, y que, continuando la brillante tradición de los curas vicarios que ha tenido Jujuy, es honra de la ciudad y de la provincia.

5. — EL HOMBRE QUE NUNCA VIAJÓ EN TREN Y APRENDIÓ A BEBER WHISKY...

Camino del hotel, calle arriba, al llegar a la plaza, nos encontramos con un hombre que, al saludarnos, espatarra en su ancha cara tosta-

da, una risa simpática pero indiscreta, pues está visto que es ella, con su abundancia, que le abre la boca más de la cuenta para enseñar tres dientes y un colmillo huérfanos, « mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros », y unos enormes garabatos en aquella multiplicación de « patas de gallo. »

— Este es Torrico, el gran Antonio Torrico! — dice nuestro camarada de excursión, con sus hiperbólicas frases habituales.

Una mano ancha busca la nuestra con entera franqueza.

— Servidor de usted... — Y de nuevo la risa contagiosa, simpática.

— ¡Recién llega el tren! ¿Es la primera vez que viene a la Quebrada? Qué le parece a Ud. Tilcara?...

Damos nuestras respuestas aprovechando los huecos, no muy hondos, que nos deja entre pregunta y pregunta, y, como está picando el sol, y el apetito, nos despedimos « hasta luego », prometiéndonos volver a conversar con el gran don Antonio.

Reanudada la marcha, nuestro camarada nos narra la biografía de Torrico, con cuatro frases, breves, interesantes.

Don Antonio ha nacido en Tilcara y morirá

en Tilcara. Apenas conoce a Jujuy, donde no debe haber ido más de seis veces en toda su vida, que se calcula ya cercana a los setenta años, aunque no se ha de saber nunca con exactitud. Don Antonio no ha utilizado el ferrocarril para viajar. Don Antonio no ha usado zapatos ni botines. Ha usado y usa siempre botas, de media caña, lo mismo cuando se pasaba los días a caballo como ahora que no monta. Don Antonio se jubiló como comisario de policía, después de más de treinta años de ser el dueño indiscutido de Tilcara y sus alrededores. Don Antonio es la figura más popular en la Quebrada y el más «leído y escrito». Don Antonio cuando habla, es entretenido y hasta ocurrente: usa palabras desusadas en el lugar, cita a sus autores con acierto indudable y es hombre ducho y cabal. Don Antonio tiene unos ojillos de ágata, chiquitos, que miran con socarronería, y es pícaro y enrevesado y franco, todo mezclado, como buen morador de la serranía...

*
**

Ha tenido don Antonio «su pasar». Le queda por ahí, algún retazo de tierra y la casa en

el pueblo, suficiente para su soltería. No lo apuran penas, y todo su tiempo puede emplearlo como mejor le acomode.

Lo que mejor le acomoda a don Antonio, es quedarse horas y horas en el umbral de su casa, esté la puerta asoleada o en sombras. Allí, a pie firme, apoyado el hombro derecho sobre el marco, rumia sus frases, da vueltas a sus recuerdos, destila su inofensiva y amena filosofía, saluda al que pasa o conversa con el que viene hasta él. Y vienen muchos. Ya saben todos que a tal hora está don Antonio afirmado al marco de su puerta, puestas sus botas y desparramada su risa en la cara tostada — cuando refresca lleva sobre los hombros un ponchito de vicuña, — dispuesto siempre a «dar audiencia» al que llegue.

¿Quién, mejor guía? ¿Dónde hallar mejor consejero? ¿Cuál el vecino más dispuesto a oír cuanto se desee contarle y a devolver lata por lata sin perder ni un minuto su amabilidad, ni malgastar su erudición, ni errar con la medicina que se busca?

Llegan hasta su puerta lejanos afincados, arrenderos serranos, peones de fincas distantes leguas de allí. Entre todos, vienen adinerados y charlatanes, pobres diablos sin dinero ni audacia, ladinos que no desembuchan nada de su

« entripao ». Todos lo esperan en la puerta o en la esquina, sin llamar. ¿Para qué llamar, si saben que don Antonio ha de salir a la puerta en cuanto se desocupe? Y, allí, a pie firme, cuéntanle sus cuitas sean ellas capaces de entrar en diez palabras o necesiten para su cabal explicación un par de horas de charla... Don Antonio escucha sin prisa, y luego responde de la misma manera, sin apresuramientos.

Cuando algún amigo — pocos — lo invita a tomar una copa, camina hasta el vecino almacén de Santa Cruz o hasta el hotel que está a la otra cuadra, y allí se bebe su ginebra o su whisky, sin dejar de charlar aunque juegue al « cacho » o al truco.

A nosotros nos dicen que « don Antonio no ha ido nunca en tren », y como no lo creemos, se lo hemos preguntado. Don Antonio arruga la cara más que nunca y abre su boca llena de risa, de una manera que parece que su solitario colmillo va a echar a correr. Luego niega la verdad de aquella información:

— ¡Si he ido, como no, si he ido!...

Y en seguida, para desviar hábilmente la conversación, comienza a hablarnos de cuando se construyó la línea del ferrocarril que va hasta Bolivia, y de lo amigo que se hizo de los « ingenieros ingleses », « unos mocitos muy

simpáticos, muy cultos, » que llegaron entonces y le enseñaron a beber whisky.



Era un invierno de los más fríos. Cumplida su última vuelta de inspección, al obscurecer, el comisario Torrico se juntaba con los « ingleses » cuando terminaban su trabajo, en el almacén improvisado al lado del campamento. El charlaba. Narraba cosas del lugar, fábulas de los cerros, leyendas centenarias de la Quebrada. Enseñábales a pronunciar palabras en español o en la jerga lugareña. A veces, filosofaba. Hízose simpático a los « ingleses » como a todos. Los ingleses, para quitarse el frío, bebían whisky. Don Antonio, ginebra.

— Tome whisky, don Antonio — le decían riendo.

— No, no... Yo tomo, no más, mi ginebrita...

Los buenos muchachos aquellos se reían ante su negativa porque creían que don Antonio tenía miedo al whisky y hasta supusieron que dándole whisky lograrían verlo « machao. » Entonces insistieron, insistieron en tal forma, que don Antonio hubo de ceder. Un día dijo:

— Bueno, hemos de probarlo, pero sin agua.

A mí, no me agrada ninguna bebida con agua
Lo voy a probar purito...

Lo probó puro.

— ¡Jé pucha, que había sido fiero y sin gracia! No, no, prefiero la ginebra...

Con mayor razón creyeron entonces los «ingleses» que a don Antonio le daba miedo el whisky y para obligarlo a beberlo se pusieron de acuerdo con el cantinero, y a éste se le agotó la ginebra.

— Una ginebrita, don...

— No hay más, don Antonio...

— ¡Que no hay más! ¡Caramba!

— No. No hay más que whisky...

— ¡Vea qué broma!... Bueno, amigo. ¡Qué diablo! Tomaremos whisky...

— ¿Con agua?...

— No. Solito no más...

Y así aprendió a tomar whisky. Los ingleses se reían. Cada vuelta de copas de whisky con agua que ellos consumían, don Antonio se echaba al buche una copa llenita de whisky puro. Y se quedaba tan fresco. Todos sus acompañantes comenzaban a brincar cantando viejas canciones de su tierra y don Antonio continuaba lo mismo, charlando, riendo, y tomando copa tras copa, sin pestañear.

— Pero si éste es un licor para señoritas — les decía.

Entonces, los ingleses del ferrocarril comenzaron a quedarse serios. ¡Famoso don Antonio! Ni aunque naciera en Escocia, dentro de un barril de whisky, hubiese sido capaz de aguantar lo que aguantaba.

*
* *

Está ahora muy caro el whisky por allá y una copa cuesta lo que tres de ginebra. Rara vez puede darse el lujo de beber una, pero logramos verlo frente a ella, solitario, contemplándola sonriente antes de beberla, durante buenos minutos. Sin duda, la rubia bebida tráele a la memoria las caras amigas de aquellos mocitos « muy cultos, muy divertidos » que llegaron hasta Tilcara cuando « se tiraba la línea », y no han vuelto nunca más.

*
* *

Don Antonio conoce a Buenos Aires a través de los diarios y revistas, igual que a París y a Londres. Sostiene sin embargo, una conversación con el porteño recién llegado, sin que se note el origen de sus informaciones. El

está al día. No se le escapa noticia. Además de la atenta lectura de periódicos que esa serie de conocimientos significa, frecuenta a sus « clásicos », *Rusoo* y *Corneiye*, según pronuncia. Si averigua que su interlocutor también gusta de vez en cuando a los buenos autores, da en conversar de sus lecturas con una rapidez y un relativo buen gusto que os pasáis una hora oyéndolo, admirando al par que su excelente memoria, la extraña figura que debió ser dentro de aquel marco formidable de montañas, un comisario de policía que bebe whisky puro y lee a Rousseau.

¡ Simpático don Antonio, patriarca de Tilcara, la inolvidable !

6. — LOS ÚLTIMOS GAUCHOS: DON CIRO ANZOÁTEGUI.

Llegué a Jujuy, a principios de 1924, el día que enterraban a don Ciro, uno de los últimos representantes de los gauchos, que, entre aquellas montañas enormes y magníficas, rubricaron a fuerza de heroísmos la larga y penosa revolución republicana comenzada el año diez.

¡ Don Ciro Anzoátegui ! Bastaba nombrarlo en un lugar cualquiera del Norte argentino para traer

a las mientes, en una extensa serie de anécdotas, la gran figura del que, entre el naufragio de una raza, aun tenía personalidad definida suficiente como para llenar una buena página « gauchesca ».

— ¿ Y los gauchos ? ¿ Dónde están los gauchos ? — preguntaban quienes llegaban hasta aquellos valles con la cabeza llena de la legendaria historia de Güemes y sus hombres.

Hacíase difícil complacer a los que formulaban esas preguntas. Los tiempos han cambiado mucho y ya no quedan gauchos en el sentido un poco fantasioso con que se quiso valorar a aquellos hombres hirsutos que defendieron el Norte con sus lanzas y con sus corvos. Ahora, allá como en la Pampa, el gaucho ha sido suplantado por el humilde peón de campo y es porque el gaucho, en realidad, ya no hace falta y sólo va sirviendo para que autores, más bien intencionados que verídicos, poetizen figuras inciertas, personajes que hablan en verso, no se desmontan jamás del *flete* y cargan como mochila ineludible una guitarra que . . . , ¡ ay !, ha convertido « la prosa de la vida » en un acordeón o en un fonógrafo.

— ¿ Dónde están los gauchos ?

— ¡ Ahí está don Círo ! ¿ No le han presentado a don Círo ? — respondía alguien, contento de poder salir del « atoyadero ».

Y se buscaba y presentaba a don Ciro como el raro ejemplar de una raza extinta por la que se siente una simpatía llena de curiosidad y de indulgencia, capaz de perdonarlo todo.

Don Ciro estaba ya viejo y pobre. Setenta y tres años cabales y trabajaba en faenas rurales como hace cincuenta. Cierto que todo — años y pobreza — sabíalo llevar con alegre resignación de criollo que pide poco para vivir y es hombre feliz con sólo ponerse en contacto con la naturaleza. Había perdido ya algo de su « chispa » famosa, apagado un poco su donjuanesco afán por el requiebro, y aflojado sus nervios de mentado domador que transportó hasta Buenos Aires, en los días del Centenario, sus proezas de jinete, caballero que se incrusta en el « recaó » como el mirar de una chiruza en un corazón de veinte años: *¡ pa siempre !* No hay mujer de sus años en Salta y en Jujuy que no le oyera un requiebro; hombre que no le aguantara una *pulla*; chango que no lo buscara para conocerlo y admirarlo; rueda de conversadores en que no reluciera alguna de « sus cosas » ... Porque « las cosas » de este gaucho circulan por todo el país, aunque no siempre se haga la justicia de recordarlo, atribuyéndole a otros, anécdotas que lo pintan de cuerpo entero.

Perteneció a una familia distinguida y de dinero. Primos tuvo, como el difunto don Manuel Anzoátegui, que en Salta dignificó su profesión de médico — mientras otros negociaban con ella como vulgares negreros, — y se hizo querer al punto que sólo la mala hierba de la politiquería ha evitado hasta ahora el homenaje que tiénese merecida su memoria, para ejemplo de quienes quedan y de los que han de venir, homenaje que fuí el primero en proponer, hace años, desde las páginas de un diario salteño y que después he visto reproducido y dado por nuevo por cleptómanos de tres por diez...

El padre de don Ciro fué hombre de campo, enamorado románticamente de sus ríos y de sus cerros. Crió a su vástago para que le sucediera en el dominio de miles de hectáreas. Desde chico, enseñóle a montar, a despreciar el pantalón, saco y sombreros ciudadanos, a reírse de los señoritos que calzan zapatitos de charol, a poner en apuros la suficiencia de los universitarios y a amar la tierra natal con un cariño de entraña... Fué moldeándolo a gusto, sin salir de su finca, con una constancia no aprendida en ningún libro de esos que intentan formar la voluntad con frases lindas. No quiso enseñarle nada que, en su concepto, re-

bajara su condición de gaucho, y le exigió, desde la voz ronca -- de hombre, -- el afán por el caballo, la mujer y la copla, hasta el culto del coraje, sin el cual, huelga decirlo, el gaucho abandona su carácter de tal en la primera encrucijada y se transtorma en un hombrecillo despreciable sobre el que cualquiera es- cupe al pasar.

Cuentan que el padre dió comienzo desde muy temprano a sus enseñanzas. Cuando su « chango » apenas pronunciaba palabras ya se sabía docenas de dicharachos camperos emitidos en forma que arrancaban carcajadas. Con unos palitos lo adiestró en el manejo del cuchillo; ya más crecido, el viejo dábale un cuchillo de verdad y le obligaba a pelearlo. Mocetón, tenía Ciro que sostener, dentro de una apretada rueda de mirones zafados, verdaderos duelos con el autor de sus días y sus locuras y cuando el padre se convenció de que su hijo estaba « hecho al cuchillo, » eran los encuentros mano a mano, en igualdad de condiciones, ambos con cuchillos filudos en la diestra, tirándose « con toda el alma » ...

No fué Ciro discípulo desaprovechado, y un día en que el padre lo apuró demasiado, hizo valer su juventud, y le asentó en la frente, un soberbio planazo. La rueda de peones y de

arrendatarios aplaudió a la par del *viejo* y desde ese momento fué don *Ciro* el patrón. El padre habíale dicho, sobre poco más o menos:

— Bueno: ahora que sabés defenderte, podís hacer mis veces. Desde hoy día vos aministrá la finca . . .

Antes, probólo en circunstancias diversas, valiéndose de cuantas artimañas fuera capaz su socarronería. Así, mandó en dos o tres ocasiones a su hijo, de madrugada, en comisiones lejanas. En el camino, en un « angosto, » salíanle al paso dos peones con orden de traérselo, amarrado, a la finca. *Ciro* no se dejó amarrar jamás, y a los peones obedientes a la orden del *viejo*, les costó cara, casi siempre, la difícil comisión.

Habíase criado así en manos del padre, quien, al morir, lo dejó rico, gaucho y seguro de que su nombre no perderíase en el anónimo ni en el desprecio, pues al heredero sobrábanle virtudes para hacer cabeza donde se encontrara.

Los afanes paternos no resultaron infructuosos. Fué *Ciro* el último gaucho del Norte, difícil, si no imposible, de reproducir en estos menguados días que vivimos.

Cuéntanse de él, como decimos, abundantes anécdotas. De las más jugosas y divulgadas, es esta que sigue y que vimos por ahí reproducida « con el paso cambiado ».

Despoblaba a la ciudad de Salta una peste, hace años, cuando se le ofreció a don Ciro un puesto que no quería aceptar nadie: acarrear muertos al *panteón* para darles cristiana sepultura.

Don Ciro aceptó el puesto peligroso sin preocupaciones de ninguna especie, pues no cabían en su espíritu temores ni por el contagio de la peste, ni por la misma muerte. El día entero pasábalo cargando apestados en su carro, llevándolos al cementerio, y aun, si lo apuraban, ayudando al sepulturero a enterrarlos. Una mañana iba nuestro hombre guiando sus mulas, con el carro colmado, cuando oyó a sus espaldas un ruido extraño. Volvióse desde el pescante y contempló, « muerto de risa » á uno de los *cadáveres* que hâblase incorporado entre el montón y procuraba librarse de sus poco apetecibles compañeros, para salir corriendo, acuciado por el espanto.

Don Ciro, sin abandonar su pachorra, gritó al « cadáver » que se incorporaba:

— Avisá, chéi... esa no es postura e dijunto, pó ...

Y sujetó las mulas para ayudar a salir de aquella cáma de muertos al resucitado, sin dejar de reír...

Cuentan, también, que, estando pala en mano, ayudando a abrir fosas en el camposanto, despertó un «pestoso» que la ciencia había dado por muerto, con su correspondiente certificado y demás requisitos indispensables.

Entre don Ciro y el *muerto* se entabló un dialoguito de esta suerte:

— Qué, ¿ me van a enterrar ?

— Seguramente, pó !

— ¡ Pero si yo no estoy muerto ! ¿ No ve que yo estoy vivo ? ...

— ¡ Bah ! ¡ Bah ! Mejor que te quedés quieto y guardés compostura, que este no es lugar pa chanzas ! ...

— Pero, don Ciro, ¿ no está viendo que yo no estoy muerto ?

— Dejáte de conversârme y no seais opâ, te digo ...

— Pero, ¿ no vê ... ?

— No veo nádá ..., ¿ o vos querís sâber más que el médico, pó ?

Y le puso en las mãos « yertas » su certificado de defunción.

Murió don *Ciro* en *su ley*: trabajando con una tropa de carros, allá por las calientes tierras de San Pedro. De pronto sintióse enfermo. Creyó que aún tenía treinta años y no le hizo caso al dolor, hasta que se le aflojaron las piernas y fué incapáz de mantenerse a caballo. Cayó en cama. Su buena mujer, sin noticias, sospechó su enfermedad y se fué a buscarlo. Volvióse con él a Jujuy donde aún le quedaba su vieja casa. La robusta constitución física del gaucho Anzoátegui le permitió reaccionar y no bien volvió a ponerse de pie, temando siempre con que tenía que «ir a traer sus animales» se volvió en busca de su tropa. Desoyó los consejos de doña Benjamina y del médico, y al regreso, en lugar de utilizar el tren y dejar que se vinieran con los carros los peones solos, volvió don *Ciro* a montar a caballo. ¡Hasta que se cayó! La primera vez que, en su vida, desmontó contra su voluntad!

Traído nuevamente a Jujuy, fueron ya inútiles los esfuerzos hechos para obtener una nueva reacción. La fiebre consumió sus últimas fuerzas. Su espíritu sin embargo no decaía, y a cada rato oíasele decir:

— ¡Me están errando la cura! — sin querer creer que eran sus fuerzas las que lo abandonaban.

Y así se fué, echándole al médico la culpa.

Este triste final del gaucho Anzoátegui nos lo contó su esposa, doña Benjamina, un mes después, fumando a la par nuestra, cigarrillos que le temblaban en la mano y en los labios.

No se resignaba ella a que don Ciro hubiérase ido al panteón, olvidándola. Nos lo dijo varias veces, a cada rato:

— ¡Si se me hace mentira, señor!; ¡si se me hace que es mentira!...

Apagábasele el cigarrillo entre los dedos. Tornaba a encenderlo. Daba dos chupadas y quedaba abstraída, mirando el piso de tierra de la *sala* o contemplando hacia adentro la bizarra figura del desaparecido.

Frente a ella, su hija, sorda, hipaba su llanto...

— ¡Si se me hace mentira, señor!...!

Pocos días después enterrábamos a doña Benjamina, al lado de la tumba de don Ciro...



INDICE

	Pág.
Introducción	7
I. NOTAS DE VIAJE .	
1 Siempre las mismas mujeres.	11
2 Quién será este amigo?	12
3 Al detenerse el tren, en la noche	14
4 Compañero de camarote	15
5 La llegada	16
6 Vida de hotel	21
7 El baño	22
8 ¿Quién se atreverá a discutir?	25
9 Los muñecos automáticos.	25
10 Todo sabe a lo mismo	27
11 El postre nacional.	27
12 Sobran o faltan agujeros :	28
13 No somos usticieros con el dueño del mesón	29
14 Eso quisiéramos, precisamente	30
15 El mudo.	31
16 El mosquitero, la quinina y el chucho.	36
17 Mándeme chirimoyas.	41
18 La chirimoya existe	42
19 No las cosecha quien quiere.	44
20 Un consejo a los que desean comer chirimoyas	46
21 ¿El jardín de la República?	47
22 Un viaje en diligencia	49
23 La extensión de Tucumán	52
24 La abundante bibliografía.	55
II. LA HERMOSA CIUDAD QUE TODOS IMAGINAN POBRE, PALÚDICA Y CALUROSA.	

	Pág.
1 Jujuy	59
2 Calles y callejas.	71
3 El Chañi	76
4 La iglesia y el convento de S. Francisco	80
5 Las rejas	86
7 La bandera de nuestra libertad civil .	97

III. MONTAÑAS Y CERROS.

1 Montañas y cerros	115
2 Tilcara	119
3 La iglesia	124
4 El cementerio	127
5 El Pucará	128
6 La biblioteca.	135
7 Duraznos, manzanas, berros	138
8 Los productos locales	139
9 Humahuaca, la vieja.	143
10 El pueblo	146
11 Las «cuadrillas».	148
12 En la noche	152
13 La plazuela y la iglesia.	154
14 Sólo pasa el viento	156
15 Los artistas y la Quebrada	157
16 El Volcán	163
17 En la aldea. El caballejo del señor cura	164
18 En la aldea Fiestas patrias	168

IV. TIERRA PRIVILEGIADA.

1 Tierra privilegiada	177
2 Los latifundios	189

V. FIGURAS JUJEÑAS

1 El P. Monroi y la fundación de Jujuy	203
--	-----

	Pág.
2 El Licenciado D. Pedro	172
3 Don Eugenio Tello.	112
4 El Vicario.	218
5 El hombre que nunca viajó en tren. .	224
6 Los últimos gauchos; don Ciro Anzoátegui.	232

ESTE LIBRO,
EL PRIMERO QUE SE EDITA EN JUJUY
POR LOS TALLERES DE BUTTAZZONI,
ACABÓ DE IMPRIMIRSE
EL DIA XXXI DE ENERO DEL
AÑO DE MCMXXVI
